

Rafael Reig

AMOR INTEMPESTIVO



se

Andrés Cabanillas quiere escribir en una universidad americana una tesis doctoral sobre un autor olvidado de finales de los ochenta, como un pretexto para relatar en realidad la devastada generación de la que formó parte su padre. Uno de esos autores que aporta su testimonio personal a la investigación es el propio Rafael Reig, del que descubrimos historias sinceras y emocionantes. Y de ese modo, lo que se nos presenta como tres líneas narrativas, la del estudiante, la del autor maldito, la de Rafael Reig, forma un tríptico irónico y fastuoso, que tal vez tiene mucho de las tres versiones de lo que es un escritor: lo que él mismo oculta y revela, lo que queda de él, y la confesión desolada de su verdad más profunda.



Rafael Reig

Amor intempestivo

ePub r1.0

Titivillus 21-12-2020

Título original: *Amor intempestivo*

Rafael Reig, 2020

Fotografía de cubierta: Ouka Lele

Esta obra ha merecido la VI Beca del Fondo Antonio López Lamadrid de apoyo a la Creación Literaria 2020

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Para los QSQ. Para Anusca. Para Violeta

El presente estudio no es teórico como los otros (pues investigamos no para saber qué es la virtud, sino para ser buenos, ya que de otro modo ningún beneficio sacaríamos de ella).

ARISTÓTELES, *Ética nicomáquea*, Libro II

Y es el fin de la vida hacerse un alma.

MIGUEL DE UNAMUNO, *Rosario de sonetos líricos*,
VIII

Con más de cincuenta años, seguía echándome de menos a mí mismo, y empecé a escribir en un cuaderno de doscientas cuarenta páginas tamaño cuartilla, de pie, en un barril del bar de Lucía, con un *whisky* y frente a la piedra de La Maliciosa coronada de nieve. Tardé meses en llenarlo y cuatro años en llegar hasta el final, desde el que ahora escribo. Las novelas —como la vida— se leen desde el primer capítulo hasta al último, pero se escriben siempre desde el final —también como la vida, que solo adquiere sentido una vez vivida—. Intenté apartarlo de mí, escribí otras cosas (las novelas *Señales de humo* y *Para morir iguales*), pero el cuaderno de tapas negras seguía esperándome sobre la mesa con sus ciento veinte páginas escritas a lápiz por una sola cara; y otras tantas en blanco, al dorso. Quedaba una cara de mí que no me atrevía a descubrir. Como si hubiera hecho la cama al contrario, con la almohada a los pies, oía el ruido amenazador de mis pasos acercándose. Por eso decidí terminar la otra cara de las páginas: para salir a mi encuentro.

Todo empezó con una reunión de viejos amigos, fantasmas del pasado. El Festival Eñe se celebra en el Círculo de Bellas Artes de Madrid y cada año lo organiza una persona distinta, a la que llaman comisario. En 2016 la comisaria fue Marta Sanz y —como es costumbre— lo llenó todo de amigos de su edad, escritores nacidos en los años sesenta. Marta me invitó a lo que la prensa llama «la gran fiesta de las letras» —como llama a las elecciones «la gran fiesta de la democracia»— para que participara en una mesa redonda. Acepté por ver a los amigos y porque no puedo resistirme a nada que me proponga Marta, menos aún con su placa de *sheriff*.

También necesitaba que me diera el aire. Llevaba más de un año sin escribir, porque me había convencido de que mis novelas eran como los inventos del profesor Bacterio: o no funcionaban o, si lo hacían, era siempre en contra del lector.

La mesa redonda, que tuvo lugar el viernes 4 de noviembre a las 21:30, se titulaba «Que veinte —o treinta— años no son nada», y el programa (que conservo) la presentaba así:

Hace veinte o treinta años coincidieron en las aulas y en el bar de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid cuatro muchachos que se han convertido en figuras centrales de las letras españolas por su labor docente y literaria. Javier Azpeitia, Eduardo Bécerra, Antonio Orejudo y Rafael Reig revivirán viejas conversaciones y sus temas de interés de ayer y de hoy.

Me recordó a los dibujos de mi infancia, las *Merrie Melodies*, que se anunciaban como «Fantasías animadas de ayer y de hoy». Quizá fuera intencionado y Marta Sanz quería insinuar que nuestros «temas de interés de ayer y de hoy» son propios de los dibujos animados.

Bajé temprano a Madrid en el autobús de línea, el 684 de Larrea, decidido a administrarme en el oportuno bar la anestesia necesaria para afrontar la intervención. Contra todo pronóstico, la

charla sobre el éxito y el fracaso, sobre la lealtad y la traición, no solo me pareció entretenida, sino que me devolvió las ganas de escribir.

Esa noche dormí en Madrid y volví a casa a mediodía, y al día siguiente me levanté, como siempre, a las cinco de la mañana. Desayuné y me di una ducha que terminé con agua fría, hasta que empezó a salir el agua de «la tubería profunda», como se dice en el pueblo con tono solemne e intimidatorio. Aquí el agua siempre sale del grifo muy fría, te deja los dedos morados, pero llega un momento en el que aparece de pronto un agua heladora que viene de la remota tubería profunda, soterrada bajo el nevero perpetuo de la montaña, y que puede hacer que se te pare el corazón de golpe. Eso dicen en Cercedilla.

Llevaba tanto tiempo resistiéndome a escribir, que el ordenador se negó a arrancar. Por eso me fui a escribir a mano en el barril. David, el amigo informático que todos tenemos, probó el «modo seguro», que no funcionó, y me dijo que iba a buscar un «punto de restauración en el pasado». Según me explicó, el ordenador almacenaba el estado del sistema en varias fechas a las que podía retroceder para ponerse en marcha tal y como se encontraba entonces. Lo que hubiera sucedido a partir de ese momento, desaparecería —programas, archivos, documentos— y volveríamos atrás (sin memoria ni deseo) para empezar de nuevo. La idea me pareció sugerente. Igual que los ordenadores, quizá nosotros también establezcamos hitos en el tiempo, a los que volver cuando ya no seamos capaces de seguir adelante: antes de la primera novia, de la primera claudicación, del nacimiento de un hijo, de la muerte de un ser querido.

Como era previsible, la mesa redonda me transportó a uno de esos instantes: antes de terminar la carrera, cuando todos éramos genios y todavía inmortales. En mi caso, ese estado se prolongó un año más, porque obtuve una beca como lector en la Tufts University, en Boston, donde pude seguir siendo inmortal y un genio, mientras mis compañeros preparaban la oposición a secundaria y daban clases particulares o repartían *pizzas* en motocicleta para poder hacer el doctorado.

Treinta años después, ya calvos, mediocres y mortales, con barrigas, canas y ojeras, arrastrando los pies y llevando a cuestras divorcios, hipotecas, deudas y sinsabores, nos fuimos encontrando en la famosa Pecera del Círculo, junto a la mujer desnuda esculpida por Moisés Huerta y bajo los lienzos del techo pintados por José Ramón Zaragoza.

Era difícil no mirar aquel cuerpo de mármol, tendido a nuestros pies en una postura muy poco natural, y con los ojos cerrados. No está dormida, nos dijo Chavi Azpeitia: está muerta.

En mi familia todos tenemos dibujos de Zaragoza, que era de Cangas de Onís y debió de ser buen amigo de mi abuelo Benito. Sus pinturas, demasiado clásicas, sin duda se parecen al modelo y son —como tantos matrimonios— fieles pero aburridas. De los dibujos lo que llama la atención es que todos los que tenemos son de hombres desnudos.

Allí, mirando con timidez el hermoso cadáver y las acartonadas pinturas, estábamos la presunta generación de los sesenta, que casi nunca íbamos al Círculo de jóvenes. En los ochenta aquello era poco más que un casino de provincias, cuando decidieron resucitarlo con una primera medida decisiva: cobrar la entrada. A veinte duros. Y por supuesto funcionó, aunque nosotros siguiéramos yendo al Deportes (que estaba al lado de la editorial Cambalache), al Casa Riera, al Galdós o a tabernas como La Dolores.

Si existiera una «generación de novelistas de los sesenta» (pero no es más que una conjetura), su característica más sobresaliente tendría que ser nuestra inoportunidad. ¿Qué clase de jóvenes

soñarían con ser novelistas cuando la literatura ya había perdido toda relevancia social? Los últimos que llegaron a tiempo fueron los que tenían diez o quince años más que nosotros: Javier Marías, Muñoz Molina, Millás, Mendoza, Llamazares... Con veinte años, en los ochenta, les vimos triunfar, pero no nos dimos cuenta de que eso nunca iba a volver a suceder. Debíamos de ser los tontos de la clase, el pelotón de los torpes, porque el resto de los jóvenes de nuestra edad no querían ser escritores, sino cantantes, directores de cine, arquitectos o simplemente ricos. Si existiera esa generación (pero insisto, se trata de una idea de bombero), habría que llamarla «generación intempestiva», siempre estuvimos, como dice el diccionario, «fuera de tiempo y sazón». Así nos va. Nuestros predecesores aguantan el tipo como pueden, a sabiendas de que son un anacronismo. Míralos: uno escribe a máquina y se comunica por fax, otro se hace pasar por neoyorquino de Brooklyn con acento andaluz, otro se mete en armarios empotrados que dan a su otro yo... En fin, se comportan como cuñados con una copa de más en la boda de su hermana, o como filatélicos obsesos y empecinados.

¿Y nosotros? No somos más que un hatajo de acreedores, se nos debe la gloria y vamos reclamándola por los rincones. Nuestras novelas pertenecen todas al mismo género literario que los cartones que ponen los mendigos al lado de su manta: pedimos una limosna de gloria contando nuestra triste vida, y lo llamamos autoficción. Eso somos las «figuras centrales de las letras españolas» que escupíamos en corro «en las aulas o en el bar de la Facultad».

Salvo por la ausencia de torres de vigilancia, aquella Universidad Autónoma de Madrid era idéntica a una prisión provincial de grises muros de hormigón, aislada y laberíntica, con patios interiores y escaleras supernumerarias que dificultaban la huida. La blanda hierba que decoraba el campus también le daba —combinada con la arquitectura penitenciaria— ese aspecto de inocencia simulada que caracteriza a los laboratorios farmacéuticos y a los emplazamientos militares secretos. Lo más acogedor era el bar de la Facultad.

¡El inolvidable bar de Juanjo! Con la no menos inolvidable tortilla de patatas en olla que hacía Mercedes, la mujer de Juanjo. Aquellos eran los tiempos, primera mitad de los ochenta, y en el bar de Juanjo había parejas de literatos discutidores: Gerena y Echevarría, al que llamábamos Echabarriga, Chavi Azpeitia y Eduardo Becerra, Pepe Ridao y Juan Blázquez, y Orejudo y yo. Ninguno esperábamos cumplir los treinta: moriríamos jóvenes, como los héroes, fulminados por nuestro propio talento, igual que el olmo viejo hendido por el rayo (y en su mitad podrido). Juan era el más ambicioso de todos: bebía ginebra por las mañanas y ni siquiera confiaba en cumplir los veinticinco. El bar tenía una barra en forma de ele; el lado corto acababa junto a una ventana que daba a la entrada principal; el largo recorría la sala hasta una pared, tras la que estaba la estación de tren. En las otras dos paredes había repisas para dejar las copas, los cafés o los botellines, y para apoyar el codo con displicencia y la cadera dibujando esa curva característica de Praxíteles. El pequeño espacio de barra junto a la ventana era el lugar privilegiado, que ocupaban siempre los modernos, pálidos, ojerosos, recién exhumados de sus tenebrosas sepulturas en el Penta, la Morasol, el Morgenstern o el Rock-Ola. Los plumíferos nos repartíamos el resto: Chavi Azpeitia y Eduardo Becerra en el otro extremo de la barra, Echabarriga y Gerena en la repisa más cercana a la puerta; Orejudo y yo en el ángulo de la ele; Blázquez y Ridao, al lado de la entrada: todos incansables en nuestra liturgia de bendiciones y maldiciones. ¡Tolstói es Dios! Mejor Dostoievski: ¡es el Demonio! ¡Clarín es un estreñido! ¡Las novelas de Galdós huelen a repollo, como un descansillo de escalera! ¡Neruda es más plomo que

el catastro! ¡Pues anda que Vallejo: un indio deslumbrado por las baratijas del simbolismo francés! Y así cada mañana.

¿De qué hablábamos? De nosotros mismos, todo el tiempo, de la identidad que intentábamos construirnos. Por eso éramos tan categóricos —estábamos dando palos de ciego— y por eso estábamos tan impacientes: ¡teníamos los días contados!

Y sin embargo Azpeitia y Becerra siguen vivos (uno es un escritor bastante reconocido y el otro es catedrático), y viven también Echabarriga (alto cargo en una multinacional de fabricación y distribución textil) y Gerena (que fue actor y periodista, y ahora arregla el país en las tertulias de la tele); y vive y publica libros Pepe Ridaó (aunque ahora se llame José María y sea embajador, además de un ensayista importante), por no hablar de Orejudo y de mí, que insistimos en publicar novelas, pero cada vez más cansados, porque ya solo hablamos de nosotros mismos, incapaces de encontrar nada de mayor interés. El único que murió —pero no antes de los veinticinco— fue Juan Blázquez, que tantas ambiciones tenía, el primero que publicó una novela, aunque ya no volvió a escribir jamás hasta su muerte, de una cirrosis devastadora, a la edad de Garcilaso y sin ninguna gloria, salvo la de ser recordado por sus amigos treinta años después en la barra de un bar, a partir de la tercera copa.

Allí los que queríamos ser escritores nos vigilábamos unos a otros. ¿Y si alguno de pronto iba y escribía la gran novela de nuestro siglo? Esa era la amenaza, y a mí entonces lo que más me aterrorizaba era que la escribiera Antonio Orejudo. Durante varios años fuimos inseparables. Más que amistad, se trataba de una *folie à deux* que ambos alimentamos, no tanto por espíritu de cooperación, sino sobre todo porque ninguno estábamos lo bastante locos como para mantener el delirio por nuestra cuenta. Convertirse en novelista es como atracar un banco o cometer un crimen: se necesitan cómplices. Así sucedía con Gerena y Echabarriga, con Chavi y Eduardo, con Ridaó y Juan, y con Orejudo y conmigo.

Solo he conocido a alguien lo bastante chiflado y con tanto ego como para intentarlo en solitario: Benavides. Una vez, sería por el 86, tras el referéndum de la OTAN, en el semáforo de la calle Sagasta, a punto de cruzar hacia la taberna de Araceli, José Carlos Benavides nos reveló a Orejudo y a mí que él iba a ser «el recambio de Felipe González». Tal cual. Casi nos atropellan, porque nos quedamos paralizados, mudos de admiración, e intercambiamos esas miradas que indican que uno se halla por fin en presencia de un auténtico orate. Benavides compaginaba Derecho y Filología, así que poco después afirmó que Tomás y Valiente quería que, en su momento, le sustituyera en el Tribunal Constitucional, y luego que Lázaro Carreter le estaba tanteando para la Academia Española. Todo lo decía con el aplomo de los lunáticos: era fascinante. Y siempre actuaba solo, como un agente secreto o un francotirador. Durante un tiempo fue secretario de Estado de Cultura y ya no sé por dónde estará ahora: quizá haya remplazado a Lola Flores, a Tina Turner o a la madre Teresa de Calcuta —nada estaba fuera de su alcance— o quizá esté dando alaridos encerrado en una gavia.

Orejudo y yo colaboramos para convencernos el uno al otro de algo no menos disparatado que las salidas de pata de banco de Benavides: que ambos íbamos a cambiar el curso de la literatura universal.

Juan Blázquez en cambio no representaba una amenaza para nadie por una razón obvia: follaba demasiado. Gustaba a las chicas, las volvía locas, como si acabara de despertarlas de un profundo sueño en pleno día, o tal vez de rescatarlas de una pesadilla. Tenía ojos azules, labios

grandes y abultados, un flequillo rebelde que atravesaba la frente buscando un atajo, y cara de niño bueno, interrumpida de pronto por una sonrisa esquinada y provocativa que parecía decir: sé lo que quieres, aunque tú todavía no lo sepas, y te lo voy a dar. Esa sensación de peligro inminente —¿quién no prefiere seguir ignorando su deseo oculto?— debía de ser lo que les gustaba de él: el fondo pantanoso de sus labios bajo el agua diáfana de su mirada. ¿Qué necesidad tenía de escribir novelas, si ya era tan atractivo? Además, para tener éxito en los ochenta, bastaba con declararse cantante, actor, pintor o diseñador; ya no era necesario ni aconsejable encerrarse a escribir cientos de folios que nadie iba a leer de todas formas. Los plumíferos nos habíamos convertido en mamarrachos, nos dábamos mucha importancia, pero actuábamos como exploradores polares cuando los polos —y la misma Antártida— ya estaban repletos de McDonald's y cajeros automáticos.

Mis únicos amigos no plumíferos eran los del club de ajedrez que formamos algunos de la Facultad, el club Al Paso, con el gran Ostolaza de presidente, el gordo Tomás, Macarena, Escalona y Carmen Avellán (a la que quise tanto y me dejó sin más por Jaime Escalona). A Juan Blázquez mis amigos ajedrecistas le causaban bastante asombro: se negaba a creer que quisieran —tal y como afirmaban— llevar vidas normales y corrientes. Estaba convencido de que esas vidas siempre desembocan en divertículos en el colon, en la ominosa tos improductiva o en una inflamación crónica de los tobillos. No eran más que una pérdida de tiempo, del buen humor y de la circulación de retorno, eso decía, con su vaso de ginebra en la mano.

Nosotros creíamos que solo se hacía escritor el que no tenía más remedio. Si no tienes cuentas pendientes con el mundo, no te pones a escribir novelas. Eso es lo que les faltaba tanto a Juan como a Benavides: la inagotable energía del rencor.

A final de cuarto Blázquez ya empezó a dejar de tener encanto. Cuando volvía del baño no era raro que trajera el pantalón manchado de pis, vomitaba en las fiestas o se quedaba dormido; y sus comentarios puede que siguieran siendo agudos, pero apenas se entendían tras la segunda ginebra. Nada más terminar la carrera, se casó con Inés Baraona, una chica de provincias bastante pavisosa, y dejó de escribir.

¿Por qué dejó de escribir? Frente a una pregunta como esa hay varias respuestas posibles. La más natural y razonable es otra pregunta: eso depende de para qué escribiera. Otras opciones son: porque tenía otras cosas que hacer. Porque se aburría. Porque no recibió la recompensa que esperaba. Porque le parecía un esfuerzo excesivo. Porque prefirió la ginebra. Porque no se le ocurría nada.

Además, ¿qué tiene de misterioso que alguien deje de escribir? Escribir no es tan importante. Todo el mundo deja muchas cosas: una carrera universitaria, a su pareja, de comer carne, una ciudad, de fumar, de llevar corbata o de ponerse vaqueros; pero nadie se preocupa, intrigado, de por qué Fulano habrá dejado de jugar al parchís, a las damas o a la petanca.

En la Pecera le preguntamos a Azpeitia cómo sabía que la mujer de la escultura estaba muerta. Lo sé, aseguró: y todos la conocéis.

Creo que no fui el único que se sintió acusado, también quizá culpable.

¿Quién es?, preguntó Becerra, y en ese momento la comisaria Sanz nos avisó de que teníamos que empezar la tertulia. Al salir de allí ninguno pudo evitar mirar hacia el suelo, a la mujer desnuda, pero a mí me dio vergüenza o quizá preferí despedirme, mirando al techo, de los tres tristes lienzos del amigo de mi abuelo: *El Amanecer*, *El Día* y *La Noche*.

Costaba creerlo: la sala estaba casi llena, y no solo de amigos de entonces (vi a Gerena, al secretario de Estado Benavides, a Echabarriga y a otros), sino que había jóvenes dispuestos a escuchar nuestras batallitas. Contamos lo de siempre: la revista que hicimos, la hamburguesa vegetal y la cultura católica, que desconfía del humor. El público no debía de haberlo oído nunca, o ya lo había olvidado, puesto que nos aplaudieron.

Al terminar, en lugar de volver a la Pecera, decidimos ir al Deportes. Era inevitable: como una sombra en la pared, el fantasma de Juan se nos apareció (a la tercera copa), veinte —¿o eran ya treinta?— años después. Estábamos Orejudo, Azpeitia, Becerra, Alicia Garay, Belén Gopegui, la comisaria Sanz, Gerena y alguno más, la mayoría «figuras centrales de las letras españolas».

Hablamos de Juan, fingimos asombrarnos de que él hubiera muerto y nosotros siguiéramos con vida, y recordamos una antología que pretendió hacer visible por primera vez a la presunta generación literaria de los nacidos en los sesenta, *Nueve narradores nuevos*, publicada en 1998.

Hoy nadie recuerda esa antología, pero en aquel momento fue algo muy importante para nosotros, todos queríamos aparecer en ella.

A mí me dejaron fuera, puesto que para entonces ya no era un genio y había elegido, como el centauro Quirón, convertirme en mortal (quizá para poner término al dolor). Si hubiera formado parte de ella, nada habría cambiado ni se habría convertido en uno de esos puntos de restauración a los que podría regresar para empezar de nuevo: antes de abandonar a Lorena, por ejemplo. Antes de volver a España. Antes de casarme por primera vez. Antes de la muerte de mis padres.

En 1998 Orejudo y yo habíamos vuelto ya de Estados Unidos; él para tomar posesión de una plaza de profesor titular en la Universidad de Almería, por la puerta grande; yo había salido a hurtadillas, por el patio trasero. Me habían quitado el carnet por conducir «bajo la influencia», había terminado —sin renovación— mi contrato en Colby College, Maine, y no conseguí otro trabajo, así que me fui a pasar el verano en Miami, donde enseñaba en la universidad mi novia, Natalia, que me dejó durante el trayecto, a bordo de un camión de mudanzas alquilado en U-Haul. Volví a España a vivir con mis padres en un pueblo de Valencia. Mi padre se había quedado inválido a causa de una hemiplejía, y la enfermedad había recaído sobre mi madre, mis hermanas (Columna, Maite y Helena) y mi hermano Benito, mientras yo escribía alegres y elegantes cartas desde el extranjero. Pensé que era lo mínimo que podía hacer: acompañarles.

Era un pequeño pueblo de playa y, en invierno, no había ningún comercio abierto, con excepción de un bar, el Palmeras, durante unas pocas horas al día. Para todo lo demás tenía que desplazarme en bicicleta a Gandía o a Oliva. Desde allí envié mi relato para la antología de la editorial Cambalache: cinco páginas escritas en mi Olympia Traveller de Luxe (que antes fue de Chavi Azpeitia) y metidas en un sobre acolchado. El editor, Tote Fuentes, me aseguró que el cuento era «excepcional, de verdad, excepcional», aunque lamentablemente no había llegado a tiempo de incluirlo. Para protegerme, decidí creerle a pies juntillas: en aquel momento la sombra de una duda me habría derrumbado. Más tarde Tote llamó para invitarme a la presentación. No podía faltar, quería darme a conocer; Enrique Vila-Matas estaba deseando hablar conmigo, Jesús Ferrero tenía ganas de saludarme, Muñoz Molina no paraba de hablar de mí, en fin: aquel acto de presentación era en realidad una excusa para presentarme a mí al mundo de las letras, que me esperaba con tanta impaciencia (según Tote), que cogí un autobús y seis horas después tomé tierra en una dársena de la Estación Sur. Dormí en casa de mis padres, donde entonces vivían mi hermana Helena y mi hermano Benito, que había dejado su apartamento alquilado en la calle Luchana para cuidar a Helena (que siempre será la hermana pequeña para nosotros). Al día siguiente llamé a Orejudo para quedar después de comer, pero me dijo que tenía «un día muy complicado», con entrevistas en un par de radios. Llamé a Tote, pero también iba «con el tiempo justo». Al final quedé con Chavi Azpeitia para tomar algo en la taberna de Araceli, en el 2 de Sagasta. Fueron tres *whiskies* y echamos a andar hacia la editorial, en la calle Víctor Hugo. Llegamos con tiempo de sobra y nos metimos en el Deportes, en la calle de la Reina, donde encontramos acodados a Eduardo Bécerra y a Juan Blázquez, con su ginebra en la mano. Bécerra dijo que había venido para ver a los amigos, porque había retirado su cuento de la antología. Tote Fuentes le había dicho que era excepcional (dos veces se lo dijo), pero él había decidido no publicarlo: «Vosotros me habéis disuadido a tiempo de hacerme novelista», nos reveló, no sé si con agradecimiento o con malicia. Blázquez repitió que había dejado atrás lo de escribir, aunque

Tote se había empeñado en incluir un cuento que le había dado hacía años. Él se negó: «Ahora es un cuento póstumo». Luego añadió: «El autor murió hace tiempo, un malogrado». Aquella fue la última vez que le vimos. Por entonces ya estaba muy deteriorado, apenas podía andar, tenía los ojos amarillentos, estaba hinchado y daba mucha pena oírle balbucear sin ninguna coherencia. Brindamos con un alegre, sonoro y saludable *Merde pour la littérature!* Luego, cuando fueron llegando los demás rechazados, todos dijeron cosas parecidas y a todos les había dicho Tote que su cuento era «excepcional, de verdad, excepcional», pero ellos, en el último momento, habían decidido retirarlo por las razones más peregrinas. A Becerra y a Juan Blázquez, sin embargo, les creí. No había más que verles: habían dejado de escribir, uno (Becerra) para ser mucho más feliz y otro (Juan) para echarse a perder lo antes posible. Admiré en ambos su serenidad y su reconciliación con la vida real, con la que yo —tantos años después— continúo sin hacer las paces. Ellos habían seguido el consejo de Kafka: en la lucha entre el mundo y tú, ponte siempre de parte del mundo. Entonces no lo vi así, por supuesto. Me pareció que se habían rendido, que habían claudicado, que les faltaba fuerza y determinación, sin duda porque nunca se habían tomado a sí mismos en serio: lo suyo no era más que una pose de la que ya debían de estar cansados hacía tiempo. Me sentí superior a ellos, más auténtico, y pensé que, frente a su debilidad, mi obstinación probaba que yo sí merecía la gloria literaria.

Desde que me recuerdo, estaba escribiendo. Nunca «descubrí mi vocación» ni «elegí» ser escritor, no hizo falta: jamás concebí otra posibilidad. De joven me preocupaba ser de buena familia, sacar buenas notas y no tener demasiados problemas: no me parecía apropiado para la contraportada de mis libros. Necesitaba «acumular experiencias». Así las cosas, tuve que infligirme un cierto número de amores punitivos: ¡Oh, Mayte Mendizábal, de duros pezones bajo el jersey de lana! ¡Ah, Verónica Ramos, de sonrisa maliciosa y culo rebosante! ¡Ay, Almudena Díaz, de carne trémula y algodonsa, de sonrisa intrigante y ojos navegables! Gracias por tantos desdenes y pesares, gracias por las cuitas y calamidades que pusisteis a mi alcance. No era tan fácil, sin embargo, sentirse desdichado, puesto que en mi familia vivíamos con mucha comodidad, y además eso no estaba permitido. Cumplíamos con nuestro deber (ser felices) y no estábamos autorizados a mencionar una aflicción. Se hablaba de todo, siempre que no tuviera importancia. Poco después, en un golpe de suerte, descubrí el alcohol, que resultó ser lo que, sin saberlo, había estado buscando para procurarme un sufrimiento presentable. Ya podía forjarme una azarosa biografía de novelista, convertirme en un *maudit*, un bohemio, un autodestructivo y, en resumidas cuentas, un escritor de los que entran muy pocos en docena. También pude así dejar atrás los enamoramientos y dedicarme a perseguir chicas por todas partes, por los pasillos y las fiestas, bibliotecas y cinestudios, puentes y conferencias, escaleras y conciertos. Me gustaba la cerveza, la ginebra, el coñac, cualquier cosa, hasta que a los dieciséis me encontré con el *whisky*: lo nuestro fue un amor a primera vista, y así hemos seguido durante más de cuarenta años. Con altibajos, con el mismo y renovado placer, pero cada vez a mayor precio: síncope, olvidos, problemas vasculares, ataques de gota, azúcar en sangre, neuropatías...: como dos viejos amantes empeñados, cargados de goteras y de cariño, de malhumor y de buena voluntad.

Cuando apareció la antología, había publicado ya dos novelas, que nadie había leído y que a nadie le habían interesado, pero mi confianza en mí mismo siempre ha sido de granito, más aún desde que abandoné el amor no correspondido para entregarme al sexo. En aquella época me acostaba en Valencia con Luisa, una peluquera de Gandía (adonde iba en bicicleta), y con Maritere, que era veterinaria; en Madrid visitaba a una azafata de Iberia que se llamaba Montse y a una estudiante, Silvia, que escribía poemas y tenía pecas en las mejillas y en los pechos. No le gustaba que la llamaran poetisa, así que la llamaba Poesita.

En la presentación en la editorial, los nueve de la fama ocupaban un semicírculo iluminado, mientras que el resto nos apretábamos de pie en el otro extremo de la habitación. Orejudo, sobrio como una acelga, se había dejado una barba bien recortada, y llevaba una americana negra y el botón del cuello de la camisa abrochado. Hacía más de diez años que nadie se abrochaba ya ese botón, desde mediados de los ochenta, y Orejudo lo sabía de sobra, pero no venía del Hotel Victoria, donde estaba alojado, sino de mucho más lejos, más atrás, catapultado desde sus

dieciocho años; y para cumplir su ilusión juvenil se había vestido tal y como se había soñado entonces. ¿Por qué él estaba allí, bajo los focos, y yo de pie en la penumbra, apretado contra el resto de los perdedores, aunque rozando con la mano el muslo de Alicia Garay? Nadie habría podido, en mi lugar, dejar de hacerse esa pregunta.

Había sido un estudiante modélico, con lecturas asombrosas para mi edad y una inteligencia tan seductora como despiadada, y con el firme propósito de echarme a perder, revolcarme en *la boue* y entregarme a *la débauche* con ayuda del benemérito abuso del alcohol. Quería ser un maldito, pero no de inmediato, ya que me resultaba incómodo irme de casa (y tampoco quería darles ese disgusto a mis padres). Para ser un maldito me parecía aconsejable escribir primero una novela inmortal, pues si no, solo llegaría a simple perdulario, capigorrón azotacalles o vagabundo, e incluso si me hiciera llamar *clochard*, la perspectiva no ofrecía demasiados encantos. Más que dormir debajo de un puente (¿el de los Franceses?, ¿el de Juan Bravo sobre la Castellana?), deambular aturdido, rebuscar en papeleras y cubos de basura, y consumir vino en tetrabrik, mi objetivo era convertirme en una leyenda (tampoco con demasiada prisa). La obra maestra (O.M.) llegaría a su debido tiempo de forma natural. Tal y como yo lo veía, y en contra de la opinión más extendida, primero había que «ser» escritor, y luego, una vez escritor, nada más sencillo que permitir a tus glándulas secretar una O.M. Hacerlo al revés sería un despropósito: ¿qué O.M. podría escribir alguien que ni siquiera era todavía escritor? De momento tenía que limitarme a aprender a escribir a máquina con el infalible y acreditado *Método Caballero de mecanografía al tacto*, a leer sin parar y a llenar carpetas de gomas con hojas sueltas, sin relación unas con otras; actividad esta última a la que denominaba «acumular material». Para «ser» escritor contaba con el auxilio de los espirituosos y la unidad móvil (U.M.). Conmigo se desplazaba siempre, sobre raíles, en grúas, en un trípode con ruedas, una U.M. que no me perdía de vista y registraba cada uno de mis movimientos, para que yo pudiera verme desde fuera, y para beneficio de la posteridad. El objetivo de la cámara lo transformaba todo: mis tardes aburridas de domingo, grabadas por la U.M., adquirirían el brillo de una «obsesión existencial», aquellos enamoramientos punitivos se convertían en una «oscura pulsión», y mis primeras borracheras (a menudo apoyando la mano en la pared para vomitar) aparecían caracterizadas como una prestigiosa «desesperación autodestructiva». Me movía con cuidado para no salirme de plano cuando un lento *travelling* seguía mi camino hacia la puerta del Café Comercial, donde quedé por primera vez con Lorena; o cuando desde una grúa elevada filmaba en picado mi andar tambaleante, atravesando la plaza del 2 de Mayo, y mi entrada en el kiosco de Antonia para tomar el tercer *whisky*; o en un contrapicado, bajando las escaleras del metro, con *The Waste Land* en la mano y un dedo metido en el libro, para marcar la página y reanudar la lectura en cuanto entrara en el vagón. La U.M. daba testimonio de que en aquel entonces yo ya «era» un novelista inmortal y maldito, nunca sereno, siempre con *whisky* encima. Vivía pendiente del objetivo de la cámara, al que sin embargo evitaba mirar; y aunque hablaba con mis amigos y mi familia, y también con Lorena —demasiado, más de lo que habría querido, puesto que no era hablar lo que prefería hacer con ella—, siempre levantaba la voz para que también me oyeran esos desconocidos en la penumbra remota de la sala de proyección. Y bebía sin parar, con la esperanza de acostarme un día, como una cuba, con la ropa puesta, y tras un sueño intranquilo, despertar en mi cama convertido en un monstruoso insecto: ¡el auténtico artista con caparazón duro y patas innumerables!

Orejudo habló en aquella presentación de lo que seguimos hablando todavía. Explicó «la paradoja del éxito: en este país no hay más de diez mil personas a las que les guste leer; por lo tanto, si quieres que tu libro tenga éxito, y que venda más de diez mil ejemplares, necesitas escribir la clase de novela que les guste a quienes no les gusta leer». Ahora bien, ¿qué narices querrán leer aquellos a quienes no les gusta leer? La respuesta, dijo, podría estar en esas «hamburguesas vegetales» que entonces empezaban a ponerse de moda entre los vegetarianos a quienes no les gusta la verdura. ¿Alguien querría comerse un solomillo con aspecto de coliflor? Por supuesto que no. No hay «coliflores cárnicas» por la sencilla razón de que a la mayoría le gusta de verdad la carne; en cambio la hamburguesa vegetal cada vez tiene más público, porque a la mayoría no le gustan las verduras, pero se niega a admitirlo y desearía que le gustaran, como les sucede con la literatura. En esa categoría de «novela vegetal» enmarcó Orejudo el éxito de la llamada «nueva narrativa española», nuestros predecesores: tenían apariencia de literatura, pero no eran más que tebeos dirigidos a quienes se aburren con la literatura. Tebeos novelados semejantes a las hamburguesas vegetales.

Cuando terminó la presentación, Vila-Matas estaba bebiendo *whisky* y me saludó, desde su bruma insensata, con mirada borrosa. No tenía ni idea de quién era yo, lo mismo que Ferrero, que me ofreció un pellizco de rapé, y Muñoz Molina, que convirtió el saludo en una despedida inmediata mediante una maniobra que debía de haber aprendido de algún alcalde en campaña electoral. El mundo literario no estaba tan dispuesto a rendirse a mis pies como aseguraba Tote Fuentes, en cambio Alicia Garay se mostró más hospitalaria y me llevó a su apartamento. Allí fue donde me habló de Juan Blázquez. Es impotente, me dijo. Ha bebido tanto que ya no se le levanta, añadió. Aunque debí haberlo imaginado —no había más que verle—, me entristeció la indiscreción de Alicia tanto como la situación de Juan.

A veces me pregunto cuánto debió de despreciarse a sí mismo, qué poco logró quererse, para infligirse semejante castigo.

Antes de abandonar el cóctel con Alicia, me acerqué a felicitar a Orejudo. «Enhorabuena», le dije: «Cuando yo hablé de eso por primera vez, nadie me aplaudió». «Lo lamento, Reig», me respondió. «No recordaba que lo hubieras dicho tú».

Cómo se iba a acordar Orejudo, si yo tampoco me acordaba. Durante casi diez años, habíamos hablado a diario (a menudo por correspondencia, que llegamos a mantener durante una temporada en latín: así de pedantes éramos): no había forma de distinguir lo que dijo él y lo que dije yo, por lo que me inclino a pensar que fue idea de ambos y, como con los chistes, solo se trataba de «cuéntalo tú, que lo haces con más gracia».

Durante los años de universidad fui un escritor bajo palabra —la mía: porque lo decía yo— que iba almacenando en carpetas material para esa inminente O.M. de la que lo ignoraba todo. Para mí una novela era cualquier cosa que, con unos mismos personajes y una ligera coherencia, sobrepasara los doscientos folios a máquina. Pero de eso se iba a encargar alguna glándula: por mi parte lo único que tendría que hacer sería pasarlo a limpio en la Underwood de mi padre (que ya había trasladado a la habitación que compartía con mi hermano Benito).

Mis padres eran diferentes de sus amigos y de los padres de mis amigos. Diferentes de los padres de Orejudo (brigada del ejército y ama de casa), pero también diferentes de los padres de Juan Blázquez (arquitecto y licenciada en Historia del Arte). Mi madre era licenciada en Derecho y mi padre ingeniero de caminos (y de canales y de puertos), pero se habían vuelto diferentes de sus amigos, los Navascués (ingeniero), los Laverón (abogado) o los Ferrán (químico), sin duda por haber vivido fuera de España. Si se hubieran pasado unos años en un país europeo, o en Estados Unidos, o si se hubieran quedado aquí, habrían llegado al mismo sitio que los padres de Blázquez o que sus propios amigos. Sin embargo, a finales de los sesenta, nos fuimos a vivir a Colombia, donde mi padre no sé qué le haría al indefenso río Cauca (puede que lo trasvasara o lo embalsara, o puede que construyera una estación de tratamiento de agua), y aquello les cambió la vida, y les separó de sus semejantes, la burguesía del desarrollismo franquista. En aquel país sin clase media, vivieron como aristócratas, en un entorno culto y cosmopolita, en las antípodas de la España de mesa camilla y brasero. El coche que recuerdo de mi infancia no era un 600, sino un Pontiac. Tras esos años en Cali, imagino la ingravidez que sentirían al ver, desde la ventanilla del avión, con ojos nuevos, cómo se aproximaba aquel panorama familiar: el árido suelo de Barajas, esos cerros pedregosos y desalentadores, los pegujales baldíos, el campanario y el perro apaleado, temblando de miedo, sin encontrar sombra que le proteja del inclemente sol manchego. Sabían que iban a sentirse extranjeros en el lugar que les estaba destinado, entre aquellos que fueron sus compañeros y les estaban esperando; y debieron de creer que el horizonte se había desplazado durante el vuelo transatlántico hasta situarse a sus espaldas. Cuando llegué al inevitable colegio de pago en Madrid, tenía un acento tan colombiano que los profesores no me entendían si me quejaba de que alguien me había botado la chuspa. Los alumnos, mis futuros amigos, me pedían que repitiera «sapo» o «el ciprés de Silos» para reírse de mi ceceo y de mi seseo, que todavía regresan cuando me encuentro más de dos ces o eses cerca unas de otras —soy incapaz de decir «vida licenciada»— o a partir del tercer *whisky*. Ceceante y seseante, inteligente y demasiado culto, no tuve más remedio que ser gracioso y contundente. Allí había hijos de condes y marqueses, de millonarios, de magistrados y arquitectos, y querían ser de mayores (y lo fueron) campeones de golf o notarios, *jockeys* o consejeros delegados, regatistas o diplomáticos, propietarios de una bodega en Álava o abogados del Estado; mientras que yo ya solo era, desde siempre, escritor. Ya había escrito (y dibujado) una novela por entregas titulada *Por las horrendas calles*. Mi hermana Maite conserva un ejemplar —manuscrito con bolígrafo Bic, encuadernado a mano con grapa al lomo e ilustrado con lápices Alpino—, que relata los amores crónicos de un capitán de barco y una huérfana que vende claveles por esas calles (horrendas). Como era de esperar, en mi ópera prima, la sencilla huérfana fue convertida en una «censilla huérfana» y el lobo de mar de oscuro pasado se mantenía durante varios capítulos en un

«misteriozo silencio». ¿Qué tenía yo que ver con mis compañeros de clase, que me miraban —no sin razón— como se mira al turbio extranjero del que nada bueno puede esperarse?

En esas condiciones, ser escritor se convirtió para mí en una forma de decir, como el buen Cid: «Tú me destierras por uno, yo me destierro por cuatro». Mis padres, tras su estancia en la clase alta de Cali, al volver del valle del Cauca a la capital mesetaria, quizá tampoco tuvieron más opción que desterrarse por cuatro. Eran de provincias, como los Navascués, los Laverón o los Ferrán, y habían venido a estudiar a Madrid (en modestas pensiones, en casa de parientes o en colegios mayores) para formar parte de esa burguesía ilustrada que cree que todo se lo debe a su propio esfuerzo, y habían prosperado en la medida en que dejaron de ser técnicos (o profesionales, según decían ellos) para convertirse en propietarios (mientras mis padres estaban en Colombia de parranda): Navascués ya no hacía cálculos, sino que ocupaba un puesto en el consejo de Hidroeléctrica; Laverón seguía con su cátedra, pero ya era socio del despacho de Cuatrecasas; y Ferrán ya no se ponía bata blanca, era vicepresidente de una farmacéutica. Mi padre en cambio durante toda su vida fue un empleado. Ganaba mucho dinero, pero lo gastaba con tanta alegría que a menudo estábamos sin blanca. Varias veces le acompañé al Monte de Piedad, a empeñar y desempeñar esmeraldas colombianas, gemelos de oro y collares de perlas; y conservo algunos de aquellos lotes en las bolsas de plástico en las que los entregaban al rescatarlos. Vivíamos sin preocuparnos del dinero y siempre había visitas en casa, con copas y risas, música y conversación, hasta el amanecer. En casa de los Navascués, el tío Toni (así le llamábamos, aunque no era más que un amigo de mis padres) llevaba un batín de seda y la corbata puesta. Allí todo estaba en su sitio y los libros reposaban, solemnes, intimidatorios, en sus estantes, como si fueran cuberterías de plata relucientes; bien colocados y a la espera de una ocasión señalada. En nuestra primera casa de Madrid, en Viriato 52, a la que los amigos de mis padres llamaban «el club 52», no cabían los libros, aparecían en la cocina, en el brazo de un sillón o sobre cualquier superficie plana, en posturas incómodas, en equilibrio inestable, con lápices dentro y notas en los márgenes, y siempre al alcance de la mano, como los vasos de Duralux que utilizábamos a diario. ¿Qué tenían que ver ya mis padres con los Navascués, los Laverón o los Ferrán?

También había en casa muchos objetos traídos de Colombia. Siempre me ha llamado la atención lo que consideran indispensable llevar consigo quienes emprenden el camino del exilio o los desplazados por guerras o catástrofes naturales. Nunca falta el colchón a la espalda, casi siempre hay máquinas de coser, maletas de cartón y carritos de niño en los que transportan lámparas, tazas de peltre, botas atadas una a la otra por los cordones o un reloj de pared. ¿Qué podrá haberles impulsado a reunir ese equipaje incomprensible? A nuestra casa también llegaron, imagino que en barco, unos sesenta sombreros tradicionales colombianos —entre los que yo tenía en la más alta estima uno hecho con hojas de tabaco—, una extensa colección de guacas, otra de ruanas y machetes, otra de discos de vallenatos y rancheras (mi madre coleccionaba colecciones), y por supuesto otra de libros, la mayoría o prohibidos o desconocidos en España. Tampoco sé para qué trajeron consigo todo aquello, aunque si lo pienso un poco, tiendo a creer que se trata de objetos testigos, como los de las leyendas populares: alguien vive una aventura — un viaje, un combate o un amor—, y en algún momento se le entrega una rosa, un anillo o una piedra. Al despertar comprende que ha sido un sueño, hasta que encuentra la flor en la almohada, el anillo en su dedo o la piedra apretada en su puño. ¡Era verdad! ¡Todo era verdad! Ha vivido el

viaje, el combate o el amor: tiene un testigo, una prueba, un objeto que traspasa la frontera entre ficción y realidad. Esa es la necesidad del equipaje incomprensible. Un día, al despertar en tierra extraña, en otra vida, alguien podrá decir: todo fue verdad, yo defendí a la República española contra el fascismo y luché por la libertad de todos, ¡el colchón lo prueba! Al ver discos de vallenatos de Bovea, mi madre podía decir: fue verdad, yo fui feliz en Cali, ¡estos discos lo demuestran! Para eso están las cosas que llevamos con nosotros: la lámpara, el sombrero de hojas de tabaco, los machetes, la taza de peltre, las guacas... Y también sin duda la bolsa de plástico con esmeraldas que hasta hoy conservo.

Coleridge se hacía una pregunta que Borges recuerda en uno de sus cuentos: «Si un hombre atravesara el paraíso en un sueño, y le dieran una flor como prueba de que había estado allí, y si al despertar encontrara esa flor en su mano... ¿entonces qué?». A veces también me pregunto y le pregunto a Coleridge: ¿y si ese hombre, o esa mujer, juntos o por separado, hubieran atravesado el infierno? ¿Y si encontraran al despertar dos machetes o un disco de vallenatos? ¿Qué pasa entonces, amigo Samuel Taylor Coleridge?

A lo largo de nuestras muchas vidas, trasladamos de una a otra objetos arbitrarios, para que den testimonio, para que nos garanticen que entonces fue verdad y que ahora también lo es. Recuerdo a mi madre feliz cantando *La brasilera*, rodeada de amigos, con una ginebra en la mano; pero han sido tan pocas las veces que la he visto feliz que son muchas, demasiadas, las que me quedo de pronto pensando en ella.

Por eso me sobresaltó la pregunta de Eduardo Becerra en el Deportes:

—¿Quién era ella?

Los riojanos —Becerra es de Haro— son así, nunca sueltan la presa: se refería a la mujer de la escultura. Es Safo, respondió Azpeitia. La escultura se llama *El salto de Léucade*, explicó. Léucade, Léucate o Leocadia es una isla griega al norte de Ítaca y Cefalonia. Dicen que Safo murió allí tirándose al mar. Quienes sufrían de amores contrariados solían hacerlo desde ese promontorio, explicó Chavi, que siempre lo ha sabido todo.

Volvimos a hablar de la muerte de Juan Blázquez, y fue entonces cuando me di cuenta de que una de mis vidas también se había acabado cuando murió Juan. Un par de meses antes.

Cogí mi sombrero y mi bastón de madera de avellano con empuñadura de oro y marcas de mordiscos en la parte inferior. En la acera se acercó a saludarme una joven muy atractiva que se presentó como Beatriz y me dijo que era hija de Jaime Escalona. Tendría la edad de mi hija. Charlamos un momento.

—Por cierto —pregunté, como si una idea voladora se hubiera posado de pronto sobre mi cabeza—. ¿Quién es tu madre?

Había intentado que no sonara a novela por entregas o a tragedia griega, pero ella se sobresaltó.

—Se llama Carmen Avellán.

No pude evitarlo, me sentí avergonzado. No sé si enrojecí.

—Dale recuerdos a tu padre —le dije.

Me alejé hacia mi antiguo barrio —iba a dormir en casa de mi hermana Maite— y mientras la contera de mi bastón resonaba al golpear la acera, pensé si mi pregunta se debía al deseo de saber quién era su madre, a la que tanto había conocido, o al de saber quién había sido la mía, a la que no sé si llegué a conocer lo suficiente.

Con frecuencia me acuerdo de lo que nunca he visto. A mi madre andando en camisón, perseguida por las llamas. A un bombero subiéndose a la mesa del despacho con un hacha en la mano. A mi padre inmóvil mirando el fuego y el humo. En cambio, lo que sí he visto tiene menos nitidez en mi recuerdo, como si solo lo hubiera soñado. El cadáver de mi padre. Mi madre muerta. Los dos en el Anatómico Forense. Son imágenes borrosas, vistas a través del agua o detrás de una cortina. Mi padre estaba tiznado de hollín, pero tenía los párpados muy blancos; por eso supe que estaba despierto y que murió en la cama, tumbado boca arriba, mirando arder su casa y su vida entera. Alguien debió de cerrarle después los ojos. Más que nunca, entonces parecía por fin Abenámbar, Abenámbar, moro de la morería, o el Otelo de una representación teatral en un colegio mayor. Mi madre murió boca abajo, tendida en el suelo, con la cara contra las baldosas del baño. Más que nunca, en aquella camilla, tapada con una sábana hasta los hombros, por fin parecía una heroína de tragedia griega, como en las fotos en las que posaba, muy joven, haciendo de Antígona en una función universitaria. La huella negra de la bota del bombero sobre el tapete de piel verde de la mesa fue lo que más impresión me causó, porque transmitía toda la violencia y la fatalidad —y también la fealdad, si es que no son lo mismo— que visitó aquella noche la casa de mis padres, mi casa, pues aunque entonces ya no viviera allí, era la misma dirección que figuraba en mi carnet de identidad: Nicasio Gallego, 9. Nunca me había molestado en poner otra, quizá porque había cambiado más de una docena de veces de domicilio o porque era la única a la que consideraba mi casa y de donde nunca he salido por completo. En aquel momento vivía con mi mujer, Elvira, en un pequeño apartamento de la calle Madera. Me había casado hacía pocos meses y ya no podíamos soportarnos el uno al otro. Estaba embarazada y nuestra hija nació menos de un mes más tarde: me convertí en huérfano y en padre con pocas semanas de diferencia.

Sucedió tras la cena de Nochevieja de 1998, el 1 de enero de 1999, poco después del amanecer. Cuando, ya de día, por fin nos reunimos los hermanos a la puerta de casa, lo primero que hicimos fue buscar un escondite. Al final nos apiñamos todos, casi abrazados, en una esquina frente al ascensor del fondo, como si nos diera vergüenza haber sufrido una desgracia y no quisiéramos ser vistos: habíamos sido educados para ser felices. Mientras tanto, por el garaje, sacaron los cuerpos en camillas y se los llevaron en el furgón, lo recuerdo bien porque no lo vi; recuerdo incluso los gestos graves de los empleados de la funeraria, que no podían estar seguros de si estaban siendo contemplados por algún familiar.

Subimos al piso acompañados por la policía, a la que poco después se unieron especialistas de los bomberos. Solo más tarde me di cuenta de que se trataba de una investigación y de que estaban intentando descartar que nosotros fuéramos sospechosos de parricidio. Ninguno estábamos dispuestos a declararnos inocentes: ¿y si nos habíamos dejado un cigarrillo

encendido? ¿Y si no habíamos apagado una vela del belén? ¿Y si nos hubiéramos quedado allí hasta que se acostaran, en lugar de salir corriendo nada más tomar las uvas? Como decía Freud, es indiferente que uno mate a sus padres o se abstenga de hacerlo: se va a sentir culpable en ambos casos. Recorrí con las autoridades la casa deshecha. El fuego había comenzado en el salón, debajo de la mesita donde había un belén con velas, y se había extendido a través del conducto del aire acondicionado. El daño era catastrófico, los discos de vinilo se habían derretido, igual que el teléfono de baquelita; los libros y la colección de sombreros estaban reducidos a cenizas, apenas se podían reconocer los muebles y no había superficie que no estuviera cubierta de hollín, incluido el interior de los cajones, según comprobé luego. Solo las esmeraldas verdes de Colombia permanecieron intactas dentro de su bolsa de plástico del Monte de Piedad. Al pie de la cama, en el lado en que dormía mi madre, estaba el cuerpo muerto de Trasgu, el perro labrador, como en una estatua funeraria. Al otro lado, sobre el galán de noche, estaban el cabestrillo y el bastón de mi padre. En el suelo del cuarto de baño ennegrecido por el hollín, se recortaba la silueta blanca del cuerpo de mi madre. No se nos acusó de nada, a los investigadores les pareció evidente que el perro había tirado por accidente alguna de las velas navideñas, que se habían quedado encendidas, y con ayuda del conducto del aire acondicionado, el incendio se propagó de inmediato y el humo invadió la habitación de mis padres, que murieron intoxicados por el monóxido de carbono. Las llamas no llegaron a alcanzar a ninguno de los dos.

—Lo llaman «la muerte dulce» —consideró necesario explicar el bombero—. No sufren, no se enteran de nada, se atontan. A tu padre no le dio tiempo a levantarse o ni siquiera se despertó.

Le expliqué que mi padre era hemipléjico y tenía medio cuerpo paralizado. No dijo nada ni yo tampoco, pero creo que los dos pensamos lo mismo: mi padre consideró que era un esfuerzo inútil. Luego, en el baño, el bombero se refirió a mi madre:

—Siempre hacen lo mismo —pareció reprocharle—: se alejan de las llamas. Si las hubiera atravesado..., pero ya no pueden razonar bien.

Pregunté si podía llevarme el bastón de mi padre y, tras consultarse el uno al otro con la mirada, el jefe de bomberos y el de la policía me autorizaron. Lo sigo teniendo y no quiero imaginar lo que diría Freud de este asunto del bastón paterno.

Nosotros tampoco podíamos razonar demasiado bien. Nos acompañó la policía hasta la puerta de la calle y alguno de nosotros dijo que deberíamos llamar a la abuela, que vivía dos calles más arriba. En un intervalo de lucidez, otro sugirió que tal vez sería mejor ir a verla, en lugar de decírselo por teléfono. Todos estuvimos de acuerdo: al fin y al cabo, también había muerto su hija.

A los abuelos maternos siempre les habíamos llamado Lito y Lita, imagino que como abreviatura de abuelito y abuelita. Lita abrió la puerta en bata y le dijimos que había ocurrido una desgracia.

—¡Vuestra madre se ha matado! —afirmó en el acto, como si hubiera estado esperando esa noticia durante mucho tiempo.

Aunque la posibilidad de que mamá se suicidara había sobrevolado desde hacía años a la familia, solo la abuela había decidido creer en ella.

—No es eso, Lita, ha sido un incendio. Han muerto papá y mamá.

—¡Vuestra madre ha quemado la casa con vuestro padre dentro! —se entusiasmó, como si, tras la decepción de que no se hubiera matado, ahora acabara de obtener no solo el suicidio, sino

también la inesperada recompensa de un homicidio adicional. Una bola extra, como si dijéramos.

—No, tampoco es eso, ha sido un accidente.

Negó con la cabeza: ella tenía constancia de que no era tan sencillo, éramos demasiado ingenuos.

Quizá fue entonces cuando empezamos a considerar todos los hermanos la tentadora Hipótesis de la Filiación Falsa, según la cual, mamá no era hija de Lita, sino de la tata Carmen, que nos cuidó a todos de niños (menos a Helena, que nació en 1975) y vino con nosotros a Colombia. Lito había dejado embarazada a la tata Carmen, que era criada en su casa, y Lita había decidido quedarse con la hija, mi madre, utilizando la autoridad de Lito, que era alcalde. Así podía amargarle más aún la existencia tanto a su marido como a la criada y a la hija de la criada, nuestra madre. Con esta hipótesis tranquilizadora, nosotros dejaríamos de ser nietos de Lita, cuya única descendencia sería el malogrado Benitín, muerto en la carretera a los veinte años.

Lita se tranquilizó y entró en su fase pronosticadora, que era incómoda, pero menos malévol: esto ya sabía ella que iba a pasar cualquier día, su propio corazón se lo había anunciado, lo veía venir, desde hacía mucho tiempo lo veía ella venir, y las calamidades no habían hecho más que empezar, ella nos lo garantizaba.

Encontré una botella de *whisky* en el comedor y me serví un vaso casi entero. Sin hielo, para no perder más tiempo. En cuanto tenemos oportunidad, a los Reig nos encanta organizar despliegues operativos, para que cada uno se ocupe de una cosa, así que en un par de horas ya estaban resueltos los primeros trámites gracias al método habitual en la familia: movilizar a quienes podían hacerse cargo (y a menudo disfrutaban haciéndolo). El tío Toni Navascués (que no era tío, sino amigo de mi padre) me pidió que le acompañara al Anatómico Forense. Mis padres eran (en el tablón de anuncios de la entrada y en las etiquetas de los dedos gordos de los pies) el «Desconocido n.º 2» y la «Desconocida n.º 3». Los cuerpos estaban en una sala, cada uno en una camilla, y un funcionario retiró hasta los hombros la sábana que los cubría. El tío Toni puso la mano en el hombro de mi padre y dijo con aplomo, sin dejar de mirarme, como si esperara respuesta: «Este es Rafael». Aunque ya lo había visto en las películas, hasta ese momento no fui consciente de que había ido para reconocer los cadáveres: «Sí, es papá», admití. Repetimos la misma operación con el cuerpo de mi madre y después le proporcioné al funcionario los nombres y apellidos, con los que rellenó nuevas etiquetas y reemplazó las que tenían en el dedo del pie: de forma oficial, habían dejado de ser desconocidos. Para mí en cambio empezaron a serlo cada vez más a partir de ese momento. Ahora no hago otra cosa que preguntarme quiénes habían sido.

De vuelta en casa de Lita, empezamos los hermanos a ir al baño cada poco tiempo. Había en el pasillo dos lavabos contiguos y, cada vez que entraba en uno de ellos para llorar a solas, oía el llanto de otro de mis hermanos a través de la pared. Diría que somos poco dados a la exhibición de los sentimientos, aunque sería más cierto afirmar que somos firmes partidarios de su ocultación sistemática. A veces pienso si no será que creemos que el secreto es la argamasa de toda vida familiar. Cada vez que sonaba el timbre, a quien abría la puerta le daba un vuelco el corazón al ver al recién llegado y sentía necesidad de ir de inmediato al baño. No sé cuántas veces fui ni cuántos *whiskies* bebí. Cuando llegué a casa me serví otro, cogí un cuaderno y una pluma y me puse a escribir lo que había pasado, quizá para intentar entenderlo, tal vez para

alejarme de mí. El cuaderno está en una de las cajas de mudanza en un armario de mi casa de Cercedilla, pero he preferido no volver a leer esas páginas.

Esto, el incendio y la muerte de mis padres, sucedió el 1 de enero de 1999. Lo que ha venido después ya fue otra vida, y nos sucedió a otros, porque ya no fuimos los mismos. Como Garcilaso, y como Juan Blázquez, también morí a los treinta y cinco, quizá intentando tomar al asalto un torreón, de una pedrada en la cabeza o herido por el rayo.

Mi abuelo Lito era farmacéutico, pintor aficionado (y amigo de Zaragoza, el pintor de alegorías y dibujante de hombres desnudos), jugador de ajedrez, pescador de río, buen lector y una persona cordial y bondadosa. Tenía en la farmacia un tablero, muchos libros, su pipa y un tocadiscos en el que escuchaba sinfonías de Beethoven.

Mi abuelo don Benito fue alcalde franquista de Cangas de Onís, alférez provisional en el ejército de Franco, encargado y supervisor de algunas obras públicas, racista, clasista, y una persona taciturna y severa. Tuvo siempre una pistola en casa (y a menudo fuera de casa, en el bolsillo), un odio encarnizado a los negros y a los moros, el orgullo de ser «un señor» y una adhesión al Régimen tan sincera como inquebrantable.

Que Dios y todos los paladines de la autoficción y la memoria histórica me perdonen, pero yo quería a mi abuelo y el hecho de que fuera dos personas tan distintas, Lito y don Benito, nunca me ha preocupado ni me ha hecho sentirme avergonzado o culpable. Ni me ha parecido un enigma, por supuesto, no faltaba más: también yo soy más de uno.

De Lito he oído que regalaba los medicamentos a quien no podía pagarlos y que de joven iba andando varios kilómetros para llevarles el almuerzo a los que estaban trabajando en el campo: así de buen tipo era. De don Benito he oído —relatado con orgullo por Lita— que en Estados Unidos, nada más entrar en una habitación de hotel, bajó de nuevo a recepción para exigir que le trasladaran en el acto a otra en la que no hubiera dormido nunca un negro, porque él —aseguró— los detectaba por el olor, y esa habitación olía a negro: así de cabronazo era. Ignoro dónde sucedió el indecoroso incidente (me inclino a pensar que en Alabama o en Mississippi) y tampoco sé si el cambio de habitación fue exigido a punta de pistola (su Astra 400), pero no me sorprendería. No me consta en cambio que haya formado parte de ningún pelotón de fusilamiento, pero quién sabe.

La primera vez que mi abuelo vio el Mediterráneo fue un Viernes Santo, en Vinaroz, con la IV División del coronel Camilo (o *Camulo*, como fue conocido por su brutalidad de mulo) Alonso Vega, cuando las tropas franquistas partieron en dos el territorio de la República. A un lado, Cataluña, aislada; al otro, lo poco que aún se mantenía en pie en Valencia del sueño rojo. De uniforme y armados, se metieron en el agua hasta la cintura, felices como niños, chapoteando y haciéndose ahogadillas. Requetés y falangistas criados a orillas del Cantábrico no pudieron dejar de bromear acerca de la temperatura del agua de «aquel mar recién meado», según decía mi abuelo. Fue el 15 de abril de 1938 y aquel día ya dieron la guerra por ganada: nadie pensaba entonces que pudiera durar ni siquiera hasta el verano. Sin embargo, la ofensiva del Ebro permitió a la República resistir un año más (con la vana esperanza de que las potencias europeas se decidieran a intervenir).

Poco después que las tropas llegó a la playa Alonso Vega, se mojó los dedos en el mar de Homero, hizo la señal de la cruz y tomó posesión en nombre del Generalísimo. Es curioso que este militar diera nombre al manicomio que había a tiro de piedra de la Universidad Autónoma, donde yo estudié Filosofía y Letras, y donde estuvo internada una novia mía, Lorena. Puede que siga allí, por lo que sé ha salido y vuelto a entrar varias veces.

Tras romper filas, los soldados se desnudaron y volvieron al mar con el jabón verde de Intendencia, que no fue capaz de hacer espuma con el agua salada.

Cuando tomaron Madrid, mi abuelo volvió a Cangas de Onís y abrió la farmacia, y en 1941 nació mi madre, y unos años más tarde su hermano Benitín, el niño mimado. A mi madre la mandaron interna a las ursulinas desde los ocho años hasta que fue a la Universidad de Oviedo, donde estudió Derecho en un colegio mayor. Benitín en cambio nunca salió de su casa hasta que fue a Valladolid, con un apartamento alquilado por sus padres, a estudiar Medicina. Aunque solo pude entrar con Lita un par de veces, recuerdo la habitación de Benitín en la casa de Cangas, conservada intacta desde su muerte, un santuario con reliquias venerables: sus veinte pares de zapatos, sus trofeos de caza y tiro al plato, sus trajes a medida, sus cien corbatas. Tenía un 600 con el que se mató hacia 1965. Desde entonces y hasta su muerte, mi abuelo siempre fue de luto riguroso, con traje y corbata negros. El día que Lito murió de cáncer de pulmón, en Madrid, en 1971, yo estaba en su casa —en Viriato 54, la finca al lado de la nuestra—, y Lito acababa de apuntar en su agenda Luxindex una fecha para ir conmigo a pescar truchas en el Sella, cuando le dio un ataque de tos. Empezó a empeorar y el tío Ricardo Cabut —que sigue siendo nuestro hermano mayor— me llevó a la cocina y me enseñó a dibujar un ojo de perfil, tal y como lo sigo haciendo todavía. Desde allí oíamos los estertores de la agonía de Lito. Mi abuela nunca volvió a Cangas, sino que se instaló en Madrid con un único propósito: amargarle la existencia a nuestra madre. Puso tanta energía y tenacidad en este empeño, que a todos nos asombra la resistencia de mamá, a la que solo el fuego logró destruir, pero no vencer. De nosotros «podedes oír de muertos, ca de vencidos no», como decía el mejor de los hombres del Cid, Martín Antolínez, el burgalés cumplido.

Mi abuelo paterno, Elías, también engrosó las filas del mal: fue procurador por el tercio familiar y era de conocida familia en Játiva (o Xátiva). Se casó con Teresa Armero, una belleza local, musa temprana —e imagino que sin discusión platónica— del poeta Juan Gil-Albert (que incluyó una foto de ella en sus memorias, donde la llama «T. A.»). Era hija de don Ramiro Armero, médico acaudalado, que construyó a finales del XIX el palacete de El Puig con su capilla, su mirador con vidriera de colores y sus jardines con cenador de piedra, estanque y pista de tenis. Allí pasábamos los veranos y las semanas santas, entre los restos de un antiguo esplendor. El bisabuelo Ramiro, según dicen, edificó aquella fantasía entre naranjos para impedir que sus hermanas entregaran más dinero a la Iglesia. Era un *bon vivant* bigotudo, presumido y librepensador, con bastón de empuñadura de oro; y en la única juerga canalla de su vida, al terminar la carrera, se infectó de sífilis con una prostituta de la plaza Mayor de Madrid, según me contó su nieto, el tío José Ramiro. A veces pienso en el encuentro de esa Fortunata galdosiana (otras veces la imagino como Mauricia la Dura) con mi bisabuelo, el señorito de provincias que pagaría cuatro cuartos y recibió a cambio la espiroqueta pálida. En aquella época previa a los antibióticos, acabaría con la lengua negra por el tratamiento con mercurio —una noche con Venus y una vida con Mercurio, se solía decir—, aunque en las fotos aparece con una sonrisa

resignada y apacible, y en las numerosas cartas de 1902 y 1903 dirigidas a «mi idolatrada Mercedes», su futura esposa, muestra inteligencia, bondad y sentido del humor. Mi abuela Teresa, su hija y musa de homosexuales, murió poco antes de la guerra, de tuberculosis, dejando a Elías con dos hijos muy pequeños, mi padre y el tío Ramiro, que luego se hizo jesuita y comunista, uno de aquellos curas obreros que trabajaban en fábricas, y que siempre fue un maestro para mí. Hasta su muerte iba cada poco tiempo a comer con él en la Malvarrosa, frente al chalet de Blasco Ibáñez, de quien el tío Ramiret —así le llamaba mi padre— escribió la mejor de las biografías que conozco.

El abuelo Elías ni era valiente ni tenía ideales, salvo el de vivir bien, así que, cuando comenzó la guerra, se fue a Madrid, donde esperaba que su cuñado José Armero, destacado comunista, le consiguiera un destino sin peligro en el ejército de la República. Sin embargo, como el tío Pepe Armero era comunista y sí tenía ideales, le envió al único lugar de la capital donde había tiros, el frente de la universitaria. Mi padre decía recordar un bombardeo que le sorprendió cogido de la mano del tío Pepe Armero, junto a las tapias del Retiro. Como en toda familia valenciana, en la mía había varios tíos Pepe, a los que siempre llamábamos añadiendo el apellido, para distinguirlos: el tío Pepe Armero, el tío Pepe Martínez y el tío Pepe Alfaro, también conocido como «el tío rico». El abuelo Elías sobrevivió, según creo también sin fusilar a nadie, y volvió a Játiva, donde se casó de nuevo, con María Monzó, con quien tuvo otros tres hijos. Había sido un próspero comerciante, pero iba a menos, igual que había sido un noctámbulo de la posguerra, asiduo a coristas, vicetiples y cantoras de tablao, pero cuando yo le conocí, tras una inesperada conversión paulina, ya solo se interesaba por el cultivo del mal genio —con gran despliegue de *collons* y *recollons*— y la lectura en mesa camilla de la *Biblia de Jerusalén* y del prestigioso semanario hortofrutícola *Valencia-Fruits*. Mi padre estudió, cubierto de medallas, en el colegio San José de los jesuitas, en Valencia, y después se fue a Madrid, a casa del tío Pepe Martínez, para hacerse ingeniero de caminos, como el tío Pepe Armero. En esos años el tío Pepe Armero ya había salido de la cárcel y regresado de su pintoresco exilio en Angola, y —depurado por las autoridades— daba clase de preparación para el ingreso en la Escuela de Caminos en una célebre academia de la calle Desengaño. Juan Benet recuerda a los «maestros monstruos», pertenecientes según el hidráulico novelista al «hampa republicana», y asegura que mi tío, «el viejo Armero», «acababa de salir de la cárcel» y vivía entonces en la calle del Prado. No lo dudo, aunque yo siempre le conocí en la casa de la calle Gabriel Lobo, donde tuvo por vecino a Ramón Pérez de Ayala y más tarde a Michi Panero, ninguno de los cuales gozó de sus simpatías (ni de las mías). Yo adoraba a mi tío Pepe, que me llevó a Torreldones a la primera fiesta del Partido Comunista legalizado tras la dictadura. Había sido ingeniero, compañero de clase de Aguirre Gonzalo y otros semejantes, y se fue a construir presas a Estados Unidos en los años veinte (y allí contrajo la exótica costumbre de comer helados en invierno). Cuando volvió a España era millonario y tenía un apartamento en la calle Alcalá y un coche con chófer. Entonces se enamoró de María, una sirvienta que ya tenía una hija, y se hizo comunista, y en la guerra luchó con Líster (a quien conocí en la casa de Gabriel Lobo), y le arrestaron cuando el golpe de Casado, y le retuvieron en Cibeles, para entregarle a las tropas de Franco que tomaron la ciudad. Le conmutaron la pena de muerte por la larga condena que sufrió, en compañía de reclusos tan conocidos como Miguel Hernández, al que el tío Pepe Armero le enseñó matemáticas en Ocaña. Cuando salió de la cárcel, el gran Aguirre Gonzalo le ayudó mucho: tú eres tan ingeniero como

yo, le dijo, y le regaló una regla de cálculo, el muy cabrón. Al comprobar cuál era la catadura ética de los españoles de bien, se fue a Angola con María y su hijo recién nacido, José Ramiro. El primer trabajo de mi padre como ingeniero fue la Jocica, una hermosa presa de bóveda sobre el río Dobra, en Amieva, cerca de Cangas. Por razones que solo puedo atribuir a la corrupción generalizada de las corporaciones municipales de la época —tan semejante a la de nuestros días—, mi abuelo don Benito se encargaba de la dirección de ciertas obras públicas de su particular interés, como por ejemplo pantanos. Mi padre hablaba de Lito como el jefe que un día por semana acudía a pagar a los barreneros como solía hacerse con gente traída de la mina: con la pistola a la vista, encima de la mesa en la que estaba la caja del dinero. Mis padres, aunque ambos ya mantenían noviazgos formales (con una señorita de Segovia y con un señorito de San Sebastián), se deshicieron sin dificultad de ellos y se casaron en Covadonga en diciembre de 1962, nueve meses y unos pocos días antes de mi nacimiento.

Ese mismo verano se produjo el primer encontronazo entre los Reig y los Carriedo. Sucedió en El Puig, donde habían ido Lito y Lita a pasar unos días. Siempre resulta antipática —además de farisea— la vanagloria por omisión o la virtud de quien se abstiene, pero así eran los abuelos Carriedo, que presumían de lo que no habían hecho, es decir, un buen número de disparates, pues se jactaban de no entrar en bares (salvo en viajes por carretera), de no salir a la calle sin chaqueta y corbata —en mangas de camisa, así se decía—, de no aprender más lengua extranjera que el francés, de no bailar, de no hacer apuestas y muy en particular del abrumador mérito de no haber probado una gota de alcohol en toda su vida; comían con agua y he sido testigo de que incluso llegaron a hacerlo con Coca-Cola y, para mayor descrédito, en vasos de aluminio de distintos colores. La primera cena en El Puig debió de ser incómoda para ambas familias, los virtuosos Carriedo y los siempre hedonistas Reig. Los Carriedo, si es que tomaron postre, se retiraron a dormir nada más hacerlo. Los Reig (mis abuelos, mis padres y algún tío Pepe o tío Rafael) se sirvieron licores en la galería. Varias veces volvieron a llenar las copas, porque pasaba de la medianoche cuando, al oír un ruido, uno de los Reig (¿el tío Rafael, el empresario taurino?) abrió de golpe la puerta que daba al comedor. Allí estaban Lita y Lito en pijama. Lito permanecía de pie, pero Lita fue sorprendida agachada para mirar por el ojo de la cerradura. Ambos estaban escuchando detrás de la puerta por si se producían comentarios lesivos para su honor —y por supuesto que se produjeron, ítem más considerando la fragilidad de un honor tan de alfeñique— para poder llamarse a agravio, una de sus actividades favoritas. Todavía me hace reír el recuerdo de esta escena tragicómica que jamás presencié, pero que atribuyo sin ninguna duda a la iniciativa de Lita, a la que Lito siempre se plegaba con la docilidad de quien expía algo imperdonable —la célebre Filiación Falsa, sin duda—. Ella siempre fue, hasta su reciente muerte, malvada, implacable y despiadada, siempre encontró existencias para amargar y culpables a los que castigar. A la mañana siguiente, sin mediar palabra, los Carriedo hicieron las maletas y se marcharon en su contundente Dodge Dart de vencedores de la guerra.

Un par de años después, volviendo a Cangas en su 600, Benitín se salió de la carretera en una curva y se despeñó por el desfiladero de Los Beyos. Lita adjudicó la culpa, de manera tan inmediata como arbitraria, a su compañero de viaje, un muchacho vasco que pesaba más de cien kilos y se llamaba Basterrechea o algo así. Al volcar el coche hacia la izquierda, el gordo empujó a Benitín y consiguió que la puerta se abriera lanzando a este al vacío. Habida cuenta de que el coche acabó en las aguas del Sella, y de que el vasco también murió, es una teoría sin sentido,

aunque demostrativa de la afición vocacional de su creadora: designar culpables. Benitín llegó vivo al hospital, aunque no sin haber entregado a la pared de piedra la mayor parte de su masa cerebral, convirtiéndose en lo que entonces se llamaba «un vegetal». El niño mimado, el de los veinte pares de zapatos y los trofeos de tiro al plato, la gran esperanza de la familia se había hecho puré, según sentencia de Lita por culpa de un vasco glotón, incapaz de contenerse y no repetir de merluza. Que el reino que estaba destinado para Benitín acabara siendo el vegetal, devastó a los abuelos, que se declararon incapaces y delegaron en mi padre la toma de cualquier decisión, de acuerdo con los médicos. Y decidieron «desenchufarlo», como también se decía entonces. Lito tiñó de negro los trajes y perdió interés por las cosas de este mundo. Lita en cambio parecía satisfecha, porque había aumentado el número de culpables: al gordo Basterrechea añadió a mi padre, que había desenchufado al vegetal principito. Y también a mi madre —o a nuestra madre, a la que nunca oímos a Lita llamar «mi hija»—, que fue declarada culpable por omisión: tenía que haber muerto ella, en lugar de Benitín. La obstinación de mi madre en vivir a pesar de todo hizo que Lita no la absolviera nunca ni dejara de mortificarla a diario.

La siguiente obra hidráulica que recuerdo nos alejó de los abuelos y los ya cuatro hijos (luego seríamos cinco, cuando naciera Helena, la pequeña) nos instalamos en Beteta, Cuenca, donde mi padre construyó otra presa de bóveda, La Tosca, sobre el río Cuervo. No era lo bastante lejos de Lita, así que en 1967 nos trasladamos todos a Cali, en Colombia, donde mi padre estuvo unos años construyendo depuradoras de agua. Al volver nos fuimos a Madrid, a la calle Viriato 52, pero muy pronto la enfermedad de Lito trajo a los abuelos a la casa de al lado, en Viriato 54. Tras la muerte de Lito nos mudamos a Nicasio Gallego 9, cerca de la glorieta de Bilbao, y Lita entonces compró una casa lo más cerca posible, en García Morato (hoy Santa Engracia de nuevo), siempre con el mismo y único propósito de amargarle la existencia a mi madre.

Sabemos tan poco de nosotros mismos (por más que juzguemos tanto a los otros) que a menudo, sin poder identificar nuestras emociones, las trasladamos a un objeto, a un acontecimiento o a otra persona; no para intentar entenderlas, sino para apartarlas y protegernos de ellas. Así nacieron, según creo, la Hipótesis de la Filiación Falsa y la del Trauma de la Mudanza. «A mamá nunca le gustó la casa nueva», ese era el resumen que daba todo por explicado. Era un hecho, ella misma lo decía, pero creo que mi madre trasladó a la casa las emociones que no comprendía y quería alejar de sí misma. Entre ellas: sus sentimientos hacia su (presunta) madre, Lita, la infatigable amargadora de existencias ajenas, que pasaba todo el día en casa.

Mi madre no era feliz sin motivo reconocible. No sé por qué, quizá ella tampoco lo sabía, pero su infelicidad era visible, irrespirable para todos, constante y sin arreglo. Mi padre era feliz, también sin motivo. Mi padre fumaba tabaco negro y mi madre rubio, mi padre bebía *whisky* y mi madre ginebra, a mi padre le gustaba estar cómodo, con los pies encima de la mesa, y mi madre prefería siempre el asiento más incómodo. Como tantos jóvenes, yo simplificaba: intenté creer que mi padre y mi madre eran cada uno lo contrario del otro. Era como si tuvieran glándulas opuestas: mi madre se sentía invadida por la desdicha, mientras que mi padre, en las mayores penalidades, era capaz de arrancar con las uñas unos gramos de felicidad. Yo creo que tengo las dos glándulas, alterno entre el asombro frente a la inesperada desgracia que es mi vida —como mi madre— y la alegría que me ofrece el simple hecho de estar vivo —como mi padre

—. Pero sigo sin entender ni a mi madre, ni la parte de mí que procede de ella. La infelicidad de mi madre era un asunto del que, por supuesto, nunca hablamos. Todos lo sabíamos y sabíamos que los demás también, pero nunca hablábamos de ello. Veíamos a mi madre sentada en un sillón, cariacontecida, fumando sin parar mirando al techo, o leyendo novelas policíacas para que nadie le preguntara nada, o escuchando treinta veces la misma canción, o bebiendo un *gin-tonic* detrás de otro, incapaz de disfrutar de nada ni de recuperar la alegría, y no sabíamos qué hacer. Ella acometía esfuerzos heroicos —artificiales, voluntariosos, casi histriónicos—, pero tengo que decir que esos intentos por ser feliz a mí me resultaban tan penosos como su infelicidad. No había remedio y siempre supimos que, por debajo de todo, estaba Lita, que no dejaba ni un solo día de hacerle la vida imposible.

Tras la muerte de mis padres, solo quedábamos nosotros para hacernos cargo de Lita, y estábamos decididos a que no nos amargara la existencia ni nos declarara culpables de nada. Antes de eso, sin embargo, había cosas que hacer. La primera, recibir a mi hermana Columna, que cada primero de enero emprendía por la mañana el viaje hacia Miranda de Ebro, con su marido y sus hijos. Del engorroso trámite de localizarla se encargó Helena, la pequeña. En aquella época sin apenas móviles, tuvo que acabar llamando al Consejo de Seguridad Nuclear para que se pusieran en contacto con el busca que siempre llevaba José Manuel, ingeniero en la central de Garoña. Dieron la vuelta sin saber ningún detalle, salvo que tenían que regresar de inmediato. A menudo recuerdo aquel silencioso viaje (que no hice) por Castilla cubierta de escarcha, de vuelta hacia una fatalidad anunciada pero aún desconocida. La segunda, dos autopsias. Volví al Anatómico Forense, esta vez con mi tía Teresa, que ya entonces era persona muy importante (más tarde sería vicepresidenta del Gobierno) y que consiguió agilizar el proceso. Allí me entregaron dos bolsas amarillas con los efectos personales que acompañaban a los cuerpos: una alianza de oro en cada bolsa, la camisa verde que mi padre no se quitó para irse a la cama (le costaba demasiado trabajo desvestirse), el camisón de mi madre, dos relojes, una pulsera, esos tristes y testarudos objetos que nos sobrevivirán a todos.

Años más tarde, cuando murió el tío José Ramiro, nosotros nos fuimos antes que la tía Marisa y, al llegar al aparcamiento, el tío Ricardo Cabut nos enseñó una bolsa que no nos habíamos dado cuenta de que llevaba.

—¿Os parece bien que tiremos esto y así no lo encuentra Marisa cuando recoja la habitación?

Eran las zapatillas que José Ramiro había desgastado en su largo periplo por hospitales. Nos pareció estupendo que Marisa no tuviera que encontrar aquello. Como siempre, Cabut sabía más que nosotros.

A mí, más que las alianzas o los relojes, lo que me aturdió y habría preferido no ver fueron la camisa de mi padre y el camisón blanco de mi madre. Los objetos son peligrosos: duran más que las personas, acumulan tiempo encima que se adhiere a quien los toca.

La de José Ramiro ha sido la única agonía que he presenciado (la de Lito solo la oí al otro lado de la pared). Fue prolongada y violenta, intentaba con todas sus fuerzas quitarse la sábana de encima y se agitaba como si quisiera salir del agua. En cierto momento se le quebraron los ojos y la respiración se convirtió en un estertor. Fue un combate, como indica la etimología de la palabra, pero entonces me di cuenta de que mi tío luchaba no por su vida, sino por morirse, para alcanzar por fin la muerte: era un enfrentamiento entre la tenacidad ciega de la carne, que quiere vivir a toda costa, y el agotamiento del espíritu, que ya solo quiere dejar de sufrir y morir en paz.

En el Anatómico Forense también me entregaron los informes forenses, el de la policía y el de los bomberos, que no indicaban nada fuera de lo habitual: incluso el estado del hígado de mi

madre era normal, lo que me llamó la atención, hasta que recordé que no había vuelto a beber desde que dejaron Nicasio Gallego 9. Mi madre fue feliz en Cali y también en el club 52, pero fue infeliz en Nicasio Gallego 9, donde solo fumaba, bebía y leía novelas. Lo de beber lo dejó poco antes de su última mudanza a Piles, como si se hubiera propuesto demostrar así la Hipótesis del Trauma de la Mudanza. Quizá fuera feliz en Piles. No lo sé, como he dicho, en cuanto su cuerpo fue identificado por las autoridades, se convirtió para mí en la Desconocida n.º 3, que murió en compañía de mi padre, el Desconocido n.º 2. Con esos informes, se procedió a la cremación y al traslado de las cenizas a un columbario del cementerio de la Almudena, donde hasta que murió Lita nunca habíamos vuelto ninguno. ¿Para qué, si ellos, nuestros padres, no están allí? No están en ninguna parte, aunque desde entonces no hay un solo día en el que un gesto, un recuerdo inesperado, una palabra, un objeto, un lugar, una canción, un libro o hasta una forma de sentarse o de sonreír no resucite su muerte y nos haga volver a sentir el frío, la espesa sombra y la ausencia de sentido de su aniquilación. «Siguen vivos en el recuerdo», suele decir cierta gente —ellos sabrán por qué—, pero a mí, al recordar, cuando regresan a mi corazón (eso es recordar, del latín *cor*, *cordis*, volver a atravesar el corazón) mueren allí de nuevo, todos los días, y aumenta a mi alrededor la oscuridad, y regresa también el deseo de encontrar un sitio donde esconderme.

Estas páginas, tal vez. Un escondite perfecto. No hay mejor sitio para ocultarse que una confesión, a Agustín de Hipona y a Juan Jacobo pongo por testigos. Una confesión no solicitada.

En aquel momento, cuando acabó aquella vida, había publicado tres novelas: *Esa oscura gente*, en 1990; *Autobiografía de Marilyn Monroe*, en 1992, y *La fórmula Omega*, en 1998. Como siempre había confiado a ciegas en mi O.M., no había elaborado ningún otro proyecto y había ido dando tumbos —o quizá bandazos— sin preocuparme de nada: un buen día —secretada espontáneamente por una glándula— aparecería mi O.M. y todo quedaría resuelto. Sin embargo, tras la publicación de *La fórmula Omega* la posibilidad de ese final feliz desapareció del horizonte, y hasta yo empecé a darme cuenta de ello: iba a ser (con suerte) un autor menor y, por tanto, necesitaba un empleo. En la universidad española —esa institución que es objeto de estudio tanto por parte de la teología como de la teratología—, no tenía la más mínima posibilidad de entrar, puesto que había enseñado en otro país. Cuando consulté sobre la forma de convalidar mi título de doctorado, me pusieron una objeción demasiado chiripitifláutica como para no mandarlos a freír espárragos: mi tesis utilizaba novelas del XIX «que no fueron escritas en español», sino en francés, inglés, portugués o italiano. «Eso tendría que ser, si acaso, en el departamento de Literatura Comparada», me sugirió un catedrático. Tratar de entender la novela española del XIX sin leer otra cosa que lo escrito en español a mí me parecía un disparate que solo podía concebirse en el endogámico seno de una universidad tan echada a perder como la nuestra, así que tenía que buscar otro acomodo laboral o lugar donde se me hiciera merced, y tras dar clase en Gandía, en una academia de secundaria para repetidores, volví a Madrid y me puse a hacer informes de lectura para dos editoriales, y trabajé de conserje en la empresa de mi hermano, hasta que un pariente de Elvira, entonces mi mujer, me ofreció un puesto en el proyecto de un nuevo operador de telefonía móvil. Tote Fuentes, el editor de Cambalache, había leído mi manuscrito y acabó publicándolo, pero no me incluyó en la antología, por más que me invitara a la presentación. *La fórmula Omega* tampoco gustó a nadie, y sin duda no era esa O.M. que yo había estado esperando. Se conoce que la glándula correspondiente no había entrado en actividad. Mi padre me dijo:

—En lo que has escrito hay una novela buena... que tú no has conseguido escribir.

Siempre me ha parecido un juicio acertado y generoso. Fue la última novela mía que pudo leer. Mi madre me dijo que era una gran novela, pero siempre decía lo mismo, así que, aunque nunca tuve ninguna duda sobre sus sentimientos, tampoco supe jamás lo que pensaba, no solo de mí, sino de todo —ni siquiera lo que pensaba de sí misma—. En ese momento no había llegado ni a la categoría de autor menor. Era como mucho un escritor desleído. En ambos sentidos —desleer y desleír—: al que nadie lee y que por tanto se va disolviendo y haciendo pedazos. Además iba a ser padre y era ya esposo, si bien entre Elvira y yo las cosas también habían empezado a desleírse, si no a derrumbarse. En cuanto al trabajo, no conseguimos la última licencia que se ofreció para otro operador móvil, pero me uní al equipo directivo en su nuevo

proyecto, la fundación de una compañía telefónica. Empecé a ganar —otra vez— bastante dinero, después de haber sido —otra vez— francamente pobre.

Aquella Nochevieja me puse un traje gris marengo, corbata azulada y unos gemelos de plata rectangulares. Desde que mi padre enfermó, ya no venían los Navascués, pero el embarazo de Elvira añadió alegría a la cena: empezar el año con una niña a punto de nacer provoca ese entusiasmo inevitable. Mis padres pronunciaron la frase sacramental que usaban siempre —¿Me invitas una copa o te la invito?— y se pusieron un aperitivo. Mi padre estaba en su sillón con un *whisky* en una mano y el bastón en la otra. A sus pies, Trasgu mordía el bastón de madera de avellano, como solía hacer. A mi padre le había gustado siempre tomar un *whisky* o dos antes de comer y de cenar, y ahora que apenas le apetecía beber, también se servía cada noche uno al que solo daba un sorbito y con el que parecía decir: sigo siendo el mismo. Mi madre se había preparado un *gin-tonic*. Aunque ya no bebía, siempre daba un sorbito y no volvía a tocarlo; así era su carácter, quería dejar claro que, si no bebía, era por su propia voluntad, y que podía beber un sorbo y dejarlo ahí sin ningún esfuerzo. Yo, que nunca he sido capaz de dejar de beber, me sentía —y todavía me siento— muy orgulloso de ella. Nos sentamos a la mesa y cenamos lo que cenábamos hacía años (y nosotros seguimos cenando todas las Nocheviejas): almejas a la marinera y lasaña, un menú preventivo diseñado por mi madre cuando nosotros empezamos a salir en fin de año, a beber como cosacos. Cuando se acercaban las doce, nos trasladamos al cuarto de estar, donde había una televisión, para ver las legítimas doce campanadas de la Puerta del Sol, tras lo cual brindamos con cava, nos abrazamos y besamos, y nos sentamos para tomar la primera copa del año 1999. Mi madre y mi padre repitieron la ya clásica y siempre aplaudida «escena del sorbito», uno para indicar que seguía siendo el mismo; otra para mostrar la firmeza de su carácter. La mayoría fumábamos y hasta hoy me persiguen recuerdos de cigarrillos dejados encendidos al borde de un cenicero. Algunos tenían que ir a abrir el bar, otros a una fiesta y, aunque yo insistí en tomar otro Johnnie Walker, Elvira afirmó que estaba agotada, así que nos fuimos todos. Nuestros padres se levantaron para despedirnos en el vestíbulo; papá con el brazo en cabestrillo y la camisa verde; mamá con el último cigarrillo en la mano. Allí les dejamos, salimos todos y cerramos la puerta tras nosotros.

Elvira se fue a la cama con su agotamiento y yo me quedé en el salón con mi tristeza a tomar el *whisky* que no había podido tomarme con mis padres. Colgué la chaqueta en el respaldo de una silla. No veía solución para mi «carrera de escritor», que entonces solía describir así: de joven promesa a malogrado sin parada en estaciones intermedias. Tampoco veía solución para mi matrimonio. Ni para mi vida laboral. Las empresas son divertidas, lo admito, y por eso mismo más peligrosas: se conoce gente, se folla con facilidad con mujeres elegantes y discretas, se viaja en primera a buenos hoteles, se bebe en abundancia y el trabajo en sí no requiere el menor esfuerzo intelectual; y por supuesto se gana dinero. A cambio exige demasiado tiempo, por más que la mayoría se dedique a cócteles, viajes, restaurantes y esa forma de ocio que llaman «reuniones»; conoces a gente muy parecida unos a otros; sin ropa, las ejecutivas y hasta la morena de contabilidad son menos atractivas que las camareras (y a veces también acaban hablando de lo mal que las tratan sus hijas adolescentes); los viajes aburren muy pronto; los *whiskies* sientan peor que en el bar de la esquina; y a los pocos meses uno acaba convencido de que el sacrificio de la inteligencia le está convirtiendo en un alcornoque. Eso sí, se sigue ganando dinero; pero el dinero, se paga. Recordé que Rafael Sánchez Ferlosio decía: el hecho de que, si la

buscas, siempre se encuentre una solución, convierte en sospechosas a todas las soluciones. Entonces, razoné yo, para que haya soluciones legítimas, tendrá que haber problemas que no tengan solución. Eso pensaba, recordando que, de niño, en Coria, donde pasé muchos veranos con mi amigo de la infancia, López, me habían preguntado si era pariente de Rafael Sánchez Ferlosio. En la habitación, me desabroché los gemelos para quitarme la camisa, pero los dejé puestos en los ojales. Me quité los zapatos y los calcetines, luego el pantalón, que colgué en una percha en el armario. Elvira dormía de medio lado y pensé que a lo mejor todo tenía arreglo, por qué no. Me acosté en calzoncillos, hasta que me despertó aquella llamada al primer móvil que tuve (me lo había facilitado la empresa, por lo que no podía ser nada de utilidad). Eran poco más de las siete de la mañana y era mi hermano Benito. Solo me dijo que fuera a casa de inmediato. Me puse la camisa con los gemelos en los puños y unos vaqueros que había en la silla, que tenían abrochados unos tirantes azules, y los mismos calcetines y zapatos de la noche, y salí de casa poniéndome la chaqueta del traje. No guardo ningún recuerdo de lo que imaginé que había pasado; o si lo guardo, estará bien escondido en un cajón o en el altillo de un armario, para que no pueda encontrarlo. En la calle Nicasio Gallego había dos o tres coches de bomberos y una furgoneta de televisión. Orejudo me contó, tiempo después, que se quedó de piedra al ver en la tele a Benito, durante un segundo, alejándose de las cámaras. Cuando llegué al portal nos encontramos los hermanos y alguien me explicó lo que había pasado. Ninguno llorábamos, todos queríamos encontrar un lugar donde nadie nos viera: solo nos habían enseñado a ser felices.

Dos o tres horas después ya estábamos en casa de Lita, incluida Columna. Teníamos un aspecto ridículo: yo con los gemelos sin abrochar, chaqueta de traje, vaqueros y tirantes, y el bastón de mi padre siempre en la mano; los demás venían directamente de la fiesta de Nochevieja o de un aterrador viaje de vuelta. Organizamos turnos para ir a casa a cambiarnos de ropa, aunque Helena y Benito no tenían ya ninguna casa a la que volver. Los demás tampoco, de eso nos dimos cuenta más tarde.

Cuando terminamos cuarto de carrera, todos los literatos nos propusimos acabar una novela, sin duda alentados por esa fe en la duración de los veranos que procede de la infancia, cuando no tenían fin las siestas para hacer la digestión ni las excursiones en bici ni las lagartijas a las que cortarles el rabo. A mediados de junio parecía cosa fácil, solo se trataba de doscientas páginas. Si escribíamos cinco al día, en dos meses tendríamos trescientas y aún nos sobrarían treinta días para pasarlo a limpio, encuadernarlo en canutillo y enviarlo a mediados de septiembre a las editoriales más importantes, que responderían a vuelta de correo para que nuestras obras maestras pudieran estar para Navidades en el escaparate de todas las librerías, al alcance de las hambrientas e impacientes masas lectoras.

En septiembre Juan Blázquez fue el único que volvió con su novela completa, doscientos veinte folios a máquina, que fotocopió y envió a tres editoriales. Los demás nos comportábamos como deudores, con furtivos movimientos de morosos, afligidos por el apremio con que las impacientes masas lectoras estarían reclamando esas obras maestras que no habíamos logrado terminar.

Orejudo y yo nos habíamos quedado en Madrid, cada uno en nuestra casa vacía, mientras nuestras familias estaban de vacaciones. El primer día cada uno escribimos nuestras diez páginas sin esfuerzo. El segundo día solo fueron cinco y, dos días después, apenas completamos dos párrafos. Nos sorprendió que resultara más difícil —y no más sencillo, como pensábamos— cuanto más llevábamos escrito. Hablar de la novela que no escribíamos, en cambio, nos parecía de gran utilidad, porque cuanto menos escribíamos y más charlábamos, con más claridad sabíamos lo que íbamos a escribir; con tanta claridad, que nos convencimos de que solo nos quedaba pasarlo a limpio, de que ya estaba escrito y listo para ser publicado, en cuanto cada uno decidiera la ilustración de la portada, asunto al que dedicamos largas conversaciones. Pronto comprendimos que aquel proyecto de «encerrarse a escribir» era inútil y acaso hasta contraproducente. Por un lado resultaba más provechoso hablar de las novelas como si ya estuvieran terminadas; por otra parte, un verdadero novelista no podía evitar el contacto con el tiempo que le había tocado vivir, que en nuestro caso fueron los amenes de la movida madrileña. Nos levantábamos a mediodía, con resacas como catedrales —la mayoría más góticas que románicas, con dolorosas agujas y cimborrios exhaustos, arbotantes, bóvedas de crucería, arcadas violentas y pasadizos tenebrosos, grumos en los pináculos, pérdidas de memoria y trifolios incómodos, gárgolas amenazadoras y gárgaras grotescas, y las inevitables, terribles harpías con cuerpo de pájaro y rostro de mujer— y dedicábamos la mañana a leer (de algún lado había que copiar), comíamos latas de fabada, arroz o filetes a la plancha y, después de la siesta, nos poníamos a escribir (o cada día más a menudo a no escribir) hasta las nueve de la noche, hora a la que quedábamos para aplaudirnos el uno al otro. Satisfechos tras la ovación, salíamos a

recorrer la movida madrileña, siempre con un objetivo literario: «acumular experiencias», así lo llamábamos.

En aquellos veranos aún no había casi turistas en Madrid y los madrileños se trasladaban a playas, montañas o remotos pueblos; de día las calles estaban vacías, pero por la noche había veinte o treinta locales abarrotados de jóvenes de la movida, en los que logramos entrar en contacto con el tiempo que nos había tocado vivir: las segovianas y las chicas de Ávila.

Entonces no se elegía universidad, ibas a la que te tocaba por distrito, así que a la Autónoma venían muchachas de las provincias al norte de Madrid —sobre todo de Ávila y Segovia—, y esas fueron las primeras modernas, unas pueblerinas que, en sus pequeños lugares (de cuyos nombres solo se acordarían años después, cuando ya fuera demasiado tarde), se habían hecho una idea disparatada de la capital, algo entre Babilonia y Hollywood, adonde llegaban dispuestas a darlo todo, a no quedarse ni un paso por detrás de lo que habían soñado. Para nosotros ellas fueron un regalo que ni siquiera nos merecíamos: Mariló, Julita, Belén y sobre todo Paca, la incomparable y desdichada Paca.

En pisos compartidos, en pensiones de la Gran Vía o de la calle San Mateo, fueron esas chicas de provincias las que inventaron aquella otra ciudad oculta en la capital de España. Casi de la nada, a partir de un puñado de barro, las provincianas, las pardalas, las isidras, las paletas construyeron una ciudad incandescente escondida en aquel poblachón manchego, un amanecer insomne y fulgurante, invisible para todos los demás. Venían a la capital con un sueño, un mapa dibujado a mano alzada en patios de recreo, en los lavabos de los bares —a los que iban de dos en dos para conspirar—, en la oscuridad del cine o en los bancos de los parques; y la ciudad no tuvo más remedio que ceder ante el empuje de su testaruda fantasía pueblerina, hasta convertirse en lo que ellas esperaban, lo que habían soñado, ese Madrid nocturno y febril en el que iban a ser pintoras, fotógrafas, poetas, cantantes o directoras de cine. Sus padres eran agricultores acomodados, tenderos ricos, médicos, directores de banco o veterinarios; personas principales en sus provincias, pero en Madrid no eran nadie. De los chicos de pueblo como ellas no podían esperar gran cosa, estudiaban Agrónomos o se hacían veterinarios para volver a hacerse cargo del negocio familiar, o necesitaban un título de médico o de abogado para colgarlo enmarcado en la pared del despacho o de la consulta. A las chicas solo se les pedía que volvieran con más mundo, mejores modales y el brillo de haber estado allí, y por lo tanto con valor añadido en el mercado matrimonial de sus provincias agropecuarias. Ellas nunca volvieron. O volvieron demasiado tarde, deshechas por la lluvia o por un viento desbocado; borradas por la niebla; muñecas de trapo descosidas, pero con el orgullo intacto; y también con el consuelo de haber inventado una ciudad. La fabricaron en un abrir y cerrar de ojos, como las chabolas de los sesenta, poniendo el tejado antes del amanecer para que no la derribaran las autoridades, y con los mismos materiales de construcción o de desecho: cascotes, ladrillos robados, ropa del Rastro arreglada en casa, escombros, películas de súper 8, cartones, fanzines en ciclostil, chapas de uralita, macetas de marihuana o bandas de *rock* que ensayaban en una nave industrial o en un garaje. Los que vivíamos en la capital éramos hijos de familia, con hora de llegada y dinero de bolsillo, niños pijos, chicas cursis, zampatortas que nunca estaban a la altura de su impaciente deseo provinciano, universitarios zurumbáticos que metíamos mano en los cines de sesión continua. Sus únicos aliados fueron los chavales de la periferia, los macarras de barriada y billares, los de Carabanchel o La Elipa, que daban botes con Rosendo, locos por incordiar,

disparando pan de higo. Juntos, los pandilleros y las paletas, los quinquis y las churris, los jivis y las poligoneras, un domingo a mediodía, en un bar del Rastro que se llamaba La Bobia, hasta el culo de sol y sombras, se disfrazaron de punkis ingleses —según aparecían en las revistas— y así inventaron lo que luego se convirtió en una marca registrada: la movida madrileña, de la que —nada más cubrir aguas— se apropiaron los chicos de buena familia, las almidonadas niñas pijas, los políticos, los periodistas y el respetable público.

Nosotros «acumulamos experiencias» —poco más de una docena— en un piso de la calle de la Madera que compartían cuatro estudiantes segovianas, donde me tocó entrar en contacto con la realidad de Paca, una leyenda universitaria con falda corta y ojos verdosos, que era tres o cuatro años mayor que yo y conducía descalza un Dos Caballos rojo. Paca me enseñó a utilizar mi cuerpo para dar y recibir placer, cariño y compañía, pero también me ofreció la experiencia orteguiana de la deshumanización del sexo —como la de la poesía de vanguardia— y que respondía al deseo de tratar a la otra persona como un objeto sobre el que ejercer poder; y de ser tratado de la misma manera. Aprendí de mí mismo cosas que preferiría haber ignorado. También reconocí, con desilusión, que mis necesidades sexuales eran insaciables en cuanto a cantidad —me proponía acostarme con la mayoría de las mujeres que iba conociendo—, pero bastante limitadas en cuanto a variedad: me aburrían las acrobacias, el virtuosismo y la extravagancia.

Escribir, lo que se dice escribir, no escribí gran cosa durante aquel verano en el que Orejudo y yo solo conseguimos inflamar nuestra vanidad hasta un extremo mucho más insufrible (para los demás y para nosotros mismos) que cualquier dolor de muelas.

Al final del curso siguiente, el último de la carrera, había acumulado más «material» y más «experiencias», entre otras con Carmen (cuánto besé sus labios húmedos), y estaba escribiendo una tesina sobre Juan Valera, pero la interrumpí porque me dieron una beca para trabajar y estudiar un año en Boston, en la Tufts University. Había dos puestos y el otro lo obtuvo una chica de filología árabe amiga de Chavi Azpeitia, a la que solo conocía de vista. Se llamaba Marta.

Entonces nos enteramos de que Juan Blázquez iba a publicar en otoño su novela en la editorial Cambalache. Eso fue un golpe a traición, una puñalada traperera o una sucia jugarreta que dio de lleno en la muela inflamada y dolorida de mi vanidad; pero en seguida llegó algo peor, mucho más ofensivo: en el bar de Juanjo nos anunció que había dejado de escribir. ¿Qué se había creído? ¿Un genio? ¿Estaba jugando a ser Rimbaud o algo así? Por si fuera poco, se iba a casar, pero no con alguna mujer bella y misteriosa, y a ser posible inmensamente rica, sino con aquella mojígata de Ávila, Inés Baraona, que ni siquiera era moderna de la movida. Parecía que estuviera reclamando una humillación o un castigo.

A la boda de Juan asistimos media universidad, incluida Paca, a la que vi marcharse de la fiesta con su último novio, un tal Enrique, al que arrastraba, bella y sonriente, como un espumoso oleaje, a un hotel cercano. En aquel instante, al verlos alejarse, percibí el mar de fondo que la empujaba hacia su porvenir trivial y atroz de mujer maltratada, demandas, hospitales, órdenes de alejamiento y un programa de protección de víctimas. Fue como si supiera, solo con verla andar, adónde la llevaban sus pasos y por qué tortuosos caminos; y tuve por primera vez la sensación de que el tiempo podía girar sobre sí mismo, igual que el macareo provoca, en la desembocadura del río, esa ola que avanza aguas arriba, hacia atrás, remontando su curso, atravesando puentes cada vez más estrechos y poblaciones más pequeñas, en busca de su fuente en la solitaria cima de una

montaña, donde recibirá el mensaje inútil que el futuro dirige al pasado inalterable e incapaz de descifrarlo.

Después de aquel verano se produjo la desbandada. Los recién casados acabaron instalándose en Ávila. Yo me fui a Boston con un contrato como *lecturer*. Azpeitia hizo lo mismo en Atenas. Ambos nos escribíamos cartas dirigidas a la posteridad, cuya grave presencia sentíamos a nuestras espaldas, leyendo por encima del hombro cada vez que nos sentábamos ante la Smith Corona (yo) o la Olympia Traveller de Luxe (Azpeitia). Orejudo fingía preparar oposiciones a Bibliotecas en casa de sus padres, en Cuatro Vientos, mientras conspiraba en la Autónoma, en Cantoblanco, con ciertos profesores, para conseguir una beca en Estados Unidos, y también se hacía cargo en colegios privados de las frecuentes bajas maternales y psiquiátricas, pues en aquella época las profesoras eran tan propensas a sufrir depresiones como a quedarse embarazadas (quizá lo uno conducía a lo otro y viceversa). Becerra intentaba terminar su doctorado y conseguir una plaza en la universidad. Todos constatamos algo que ya sospechábamos: ninguno teníamos la menor preparación para una vida adulta. En mi caso, la beca en Boston me daba una prórroga de al menos un año, pero ya notaba, recién licenciado, que cuando decía «soy filólogo», no sonaba como una profesión, sino como si confesara algo vergonzoso o como si hablara en broma. Unos me miraban con tristeza y otros a los ojos, como si quisieran garantizar que serían discretos y que, a través de ellos, nadie se enteraría de mi sucio secreto profesional.

Esa noche de la boda, en un hotel que se llamaba Encanto o algo así (el mismo al que Paca había llevado al desconocido Enrique), me fui a la cama con una antigua profesora del colegio de Inés que se llamaba Carolina. Era una cincuentona con cuerpo atlético y un alma hostil y afligida, que intentaba redimir mediante una incansable actividad de plusmarquista sexual, en la que participé con renuente resignación. Al terminar, oímos al otro lado de la pared llorar a Paca, la hermosa Paca, mientras el tal Enrique la insultaba a gritos. A mí me dio miedo, y Carolina, acunada en mis brazos, me relató cuánto daño le habían hecho tanto los hombres como las mujeres, y lloró hasta quedarse dormida. No he vuelto a verla nunca, me dijo que iba a casarse con un notario viudo de Ávila (y es probable que lo hiciera), pero la recuerdo bien porque fue la primera vez que me pregunté por qué saltaba de cama en cama como un monstruo de retablo medieval, como si creyera que la única finalidad de mi existencia fuera introducir mi pene en el mayor número posible de vaginas, actuando igual que un microbio o una hormiga, en beneficio de la especie, sin obtener ninguna satisfacción personal. Una vida sexual —y una vida en su conjunto— fraudulenta, en la que apostaba en qué cubilete estaba oculto mi deseo, y el trilerero lo levantaba y no había nada, y apostaba por otro cubilete distinto, y así una y otra vez; aunque ya sospechaba que el trilerero siempre era yo: era el que hacía la apuesta y era también el que, después de haber escondido la bolita en mi bolsillo, movía a gran velocidad los tres cubiletos vacíos; el perdedor y el ganador, el vencido y el vencedor éramos la misma persona. Como a Paca, el río del tiempo me hacía llegar aguas arriba, remontando su curso, esa pregunta para la que aún sigo sin tener respuesta. ¿Qué buscaba? O quizá: ¿de qué tenía miedo? Es la misma pregunta que me hago al escribir: ¿busco algo o huyo de algo? Quizá se escribe siempre un palimpsesto, para borrar otra escritura anterior, las huellas del pasado, aquello que nos persigue en la oscuridad y de lo que intentamos alejarnos. Quizá la respuesta solo se encuentre al

desembocar en el silencio del mar oscuro y profundo, donde ya no la podré oír por debajo del agua.

Mi primera novela la escribí bajo coacción. Al llegar a Boston no aparecieron en la cinta de equipajes mis dos maletas, en una de las cuales llevaba el borrador de algo que se titulaba *La oscura gente*. Desesperado, me tomé con Marta dos *whiskies* en el aeropuerto Logan y, sin mi equipaje, nos fuimos en taxi a Somerville, donde viviríamos todo el año ella y yo a cargo de la Spanish House, en el 125 de Powder House Blvd., cerca de la estación de metro de Davis. Era una casa de madera de tres plantas, con porche y jardín, y yo ocupaba una habitación en la planta baja, y Marta otra en la segunda; las demás habitaciones eran de estudiantes, todas chicas, que querían «vivir en un ambiente español», que era lo que debíamos proporcionarles nosotros, con obligaciones tan pintorescas como organizar cada jueves una *Spanish Tertulia* con su correspondiente tortilla de patatas y sus garrafas de vino Gallo californiano. Los primeros días no pude escribir por la ausencia de las maletas, y cuando llegaron tampoco, debido a la abundancia de mujeres jóvenes dispuestas a vivir experiencias españolas auténticas, así que tuve que recurrir al uso de la fuerza: me prohibí cada día tomar el primer *whisky* hasta que no hubiera acabado cinco folios. Me agencí en una *yard-sale* una Smith Corona (tuve que comprar por correo una tecla de la eñe) y me puse manos a la obra.

Quería resolver una duda: ¿me gustaba solo ser escritor o en realidad también me gustaba escribir? Para decidirlo, tenía que acabar la novela. Mientras tanto me matriculé en un curso de cine y en dos de literatura norteamericana, uno sobre el siglo XIX y otro sobre el siglo XX. Además cumplía con mis escasas obligaciones docentes los martes y jueves, enseñando el subjuntivo a estudiantes que seguían diciendo «me llamo es Charles» y «soy dieciocho años». Era la primera vez que vivía solo y además rodeado de chicas jóvenes y norteamericanas, así que me entregué a una actividad sexual variada y constante. Recuerdo a Eleanor, a Alice y a Mandy, entre otras, pero sobre todo a Marie Matin, la francesa que ocupaba el mismo puesto que yo en la *French House*.

En cuanto llegué empecé a salir con ella una o dos veces por semana, cuando no estaba con su novio. Nuestra relación era semejante a la que se mantiene con las zapatillas de andar por casa: era cómoda para los dos, abrigada, vacía de pasión o sobresaltos, y algo que con toda probabilidad ninguno prolongaríamos fuera de Boston. Marie estaba terminando una tesis sobre Boris Vian y tenía una engañosa apariencia de fragilidad. Era muy francesa, con pechos pequeños que cabrían en copas de *champagne* y el tan celebrado *cul rebondi* parisino. Le gustaba meterse en la bañera rodeada de velas encendidas, leer poesía (francesa) en voz alta y escuchar cuartetos de cuerda (por lo general de Mozart). Era rubia y pecosa, pedante y traviesa, y tenía treinta años, unos siete más que yo. Era la clase de mujer que podía presentarse en mi casa con solo las medias y un liguero bajo la gabardina, y tampoco era infrecuente que quisiera hacer algo en lugares públicos (una *petite branlette* en un ascensor, *des gâteries* en los columpios de los

parques o un polvo de pie contra el estante PQ^[1] de la Wessell Library), aunque descubrí pronto que estas travesuras voluntariosas guardaban más relación con la imagen que se había propuesto exhibir (tal vez por cierto patriotismo *chauviniste*) que con sus deseos, que eran tan moderados como los míos o, como ya he dicho, igual de cómodos y razonables que las zapatillas viejas. Quizá por eso nos llevamos bien, aunque solo hasta que abandonamos el medio que había creado a nuestra pareja como mecanismo de adaptación.

Mis dos descubrimientos en Boston fueron las mujeres mayores y las bibliotecas. Cada día me llevaba diez o doce libros a casa y leía uno de ellos. Para un joven que había pasado veranos enteros en la Biblioteca Nacional de Madrid, enfrentándose a esos temibles conserjes que siempre llevaban un puro apagado entre los dientes, rellenando papeletas rosas o verdes con la signatura de lo que querías y teniendo que leerlo en un pupitre de la Sala General, llegar a una biblioteca universitaria americana era como ser trasladado en una alfombra voladora una noche de sábado de Puerto Hurraco a Las Vegas. Leí de todo, clásicos y contemporáneos norteamericanos para mis cursos, poesía inglesa, una gran parte de la ilustración francesa y —no recuerdo por qué motivo, pero sí el inmenso placer— todo el *Teatro Crítico Universal* de Feijoo.

Con las chicas me sucedió algo semejante. La cultura juvenil norteamericana, desde los años cincuenta, promociona el sexo recreativo en los adolescentes, quizá con propósitos higiénicos o de adoctrinamiento, no lo sé, pero el caso es que todo el mundo se acuesta con naturalidad y alegría con todo el mundo. Yo venía en cambio de una cultura taurina y trágica, en la que el sexo es aflictivo, oscuro y violento, difícil de practicar y de consecuencias casi siempre irreparables; venía de forcejeos y regateos en el asiento de atrás de un coche, de inacabables magreos en cines o bancos del parque —con dolorosas erecciones mantenidas durante horas sin desenlace o con uno imprevisto y espontáneo, bastante triste—; de apresurados polvos con la ropa puesta, en casas prestadas, en matorrales del Retiro o en escaleras de viviendas. Me acosté con la mayor cantidad posible de chicas, pero como en la biblioteca, me interesó algo parecido al benedictino fray Benito Jerónimo: una parisina mayor, chiflada, culta y muy promiscua. Con Marie Marin aprendí que el sexo no tenía por qué ser un saludable pasatiempo juvenil ni tampoco un drama clandestino, lleno de sufrimiento y rimbombancia lúgubre. Para Marie el sexo era parte del patrimonio cultural francés y merecía dedicación y aprendizaje; y exigía imaginación, inteligencia y curiosidad. El objetivo era por supuesto el placer, pero ¿qué placer? ¿El de quien asiste a una ejecución pública o al lanzamiento de una cabra desde un campanario, como en España? ¿O el de quien hace gimnasia por las mañanas y forma parte del equipo de *cheerleaders* de la universidad, como en Estados Unidos? Lo que me enseñó Marie es que el placer aumenta con el esfuerzo. Uno puede conformarse con escuchar a una charanga interpretando *Paquito el chocolatero*, sin duda; pero valen la pena el tiempo y el trabajo empleado en poder disfrutar mucho más con Mozart. Los meses empleados en leer a Proust ponen a tu alcance un placer desconocido e inalcanzable para el lector de Pérez-Reverte. Pero hubo más cosas que me enseñó Marie: el placer da forma a la identidad. Descubrir qué es lo que te provoca placer, inventarlo juntos la mayoría de las veces, es construir una identidad propia. Por eso el sexo es quizá la gran contribución francesa a la cultura europea (de la cultura sexual japonesa o india, por entonces, yo no sabía gran cosa): descubrir una forma de placer que has creado a tu medida y ser capaz de compartirla con otra persona, crear una intimidad, es una de las aventuras más valiosas de una vida que merezca ser vivida.

Marie tenía un novio inglés, Ian Michaels, con el que yo jugaba casi todas las semanas al ajedrez, y sin duda se acostaba con otros y con otras, cosa que nunca me importó y por la que no sentía ninguna curiosidad. Íbamos juntos a un *pub* de Harvard Square, a pasear, a la cama, siempre con música si era en su casa, y en las vacaciones de verano, para llevar el Cadillac de una familia que se mudaba a la costa oeste, hicimos un viaje por todo el país, de Boston a San Francisco, durmiendo en moteles y pasando por Nueva Orleans, Graceland (Memphis, Tennessee), Texas, Arizona, el cañón del Colorado y Las Vegas. La impresión general que recibí fue que en Estados Unidos había un exceso de naturaleza y de paisajes pintorescos. En San Francisco entregamos el vehículo y nos quedamos diez días en un hotel pequeño de Hyde Street. Volvimos en avión a Logan y a la semana siguiente nos despedimos en la ribera del río Charles, alegres y con los ojos encharcados por las lágrimas. Marie me regaló *Je voudrais pas crever*, de Boris Vian, y yo le regalé las *Elegies*, de John Donne. Ambos habíamos escrito algo muy íntimo en cada libro, pero el mío lo perdí en una mudanza y ya no recuerdo lo que me decía. No he vuelto a verla nunca, pero no olvido que aprendí a su lado a construir una vida privada, propia y compartida con otra persona.

Gracias a la coacción, a la amistad con Marie y a las estudiantes de español, mi novela avanzaba con más facilidad de la que había esperado. En Navidades unos amigos que volvían a España de vacaciones (Esther y Antonio Romero) me mandaron por correo, en un sobre acolchado, las llaves de su casa de Long Island, en Port Jefferson Station, una barriada ferroviaria que nada tenía que ver con el cercano y lujoso Port Jefferson. La posibilidad de volver a casa en Navidades ni se me había pasado por la cabeza y Marie se fue a París con su novio Ian. Estuve un mes solo en aquel apartamento y decidí ser metódico: compré treinta sobres, en cada uno puse la fecha y metí diez dólares. Me levantaba a las cinco de la mañana, leía una hora (Mark Twain y Dickens), escribía hasta la una y luego bajaba al puerto con el sobre del día a tomarme un *whisky* en el club náutico. Me alimentaba de espaguetis y arroz. Por la tarde escribía un par de horas y paseaba, con una parada siempre en Tara's Inn. Era ese bar oscuro y maleante que todos conocíamos de las películas, con una mesa de billar siempre ocupada por tipos patibularios en camiseta de tirantes, unas pocas mesas en la penumbra donde camioneros con gorra de béisbol y camisa a cuadros engullían hamburguesas y botellines, y una barra regentada por camareras pechugonas y autoritarias (a veces con chalecos de cuero con flecos), en la que se sentaban esos bebedores recalcitrantes que dejaban veinte dólares en el mostrador para que les fueran sirviendo un *whisky* detrás de otro. Allí estaba mi puesto, como es natural, en esa barra. En Nochevieja me fui al Tara's con varios sobres. Salí a comprar tabaco en un Seven Eleven, con una ligera tajada que me hizo tropezar en el hielo: me rompí el brazo derecho.

No podía escribir y fue una gran suerte, porque eso me obligó a reflexionar y a que la novela tuviera un mínimo de estructura y coherencia.

De vuelta en Boston, conseguí terminar a finales de febrero un manuscrito: trescientas sesenta y cinco páginas a máquina. Aún las conservo en una carpeta de anillas. Lo leí todo seguido en un bar de Davis Square, en Somerville, bebiendo *whisky* durante cuatro o cinco horas, tomando notas y tachando adjetivos. Fuera nevaba y pasé tanto tiempo allí que la camarera, cuando se vació el local, se sentó a charlar un rato conmigo. Fue la primera persona a la que le dije que ya era novelista. Me confesó, con alegría y admiración, que era el primer novelista al

que conocía en persona. Era guapa y rubia, llevaba los labios pintados de rojo pasión, y el uniforme con delantal y gorrita le sentaba muy bien. Tenía una chapa con su nombre: Dolly.

Cuando volví a España me enteré de que Carmen, mi Carmen, aquella Carmen a la que tanto quise, había aprovechado mi ausencia del territorio nacional para casarse con Jaime Escalona. Pensé que se merecían el uno al otro, aunque también tuve la sensación de que ella estaba en deuda conmigo.

Les di a leer *La oscura gente* a Antonio Orejudo y Chavi Azpeitia, que no compartieron ni la admiración ni la alegría de Dolly, mi pizpireta primera admiradora. La falta de entusiasmo de mis amigos me ayudó a volver a corregirlo. Después intenté publicarlo. Recibí de todas las editoriales (Tusquets, Anagrama, Seix Barral, etc.) amables cartas en las que aseguraban que no les interesaba, «independientemente de su calidad literaria». ¿De qué narices dependía entonces? Aún no lo sé. La presenté al primer premio de la Feria del Libro de Madrid: ganó otro. Al día siguiente me llamó Rafael Borrás, de Planeta. Casi me desmayo. Me citó en el bar del Palace a las doce de la mañana. Un camarero me dijo que el señor Borrás estaba ocupado y me indicó una mesa en la que me propuso que tuviera la bondad de esperar. Me tomé un *whisky* hasta que el camarero-secretario me condujo a la mesa-despacho de Borrás, que bebía *gin-tonic*. Dos miembros del jurado le habían hablado del libro: Jesús Torbado y Víctor Márquez Reviriego. Él no lo había leído, por supuesto, ni pensaba hacerlo, pero eso daba igual: se fiaba de ambos. Fue muy simpático, me ofreció una cifra alarmante, me advirtió que no hablara con ninguna editorial hasta que recibiera su llamada en uno o dos días. A la semana le llamé y su secretaria me informó de que estaba ausente debido al fallecimiento de su madre. Volví a llamar, pero no logré hablar con él y luego nunca más se supo. De Víctor Márquez Reviriego me hice muy amigo y tanto me ayudó que en casa aún le llamamos san Víctor.

Dos años después Javier Azpeitia trabajaba en una editorial llamada Exadra. Con una generosidad y una obstinación asombrosas, consiguió convencer a Mara y Paco, los editores, de que publicaran mi libro. El proceso duró un año, porque Mara ponía objeciones a todo y debía de aburrirse mucho, ya que teníamos reuniones hasta la madrugada, siempre con bebidas espirituosas, en su chalet de las afueras. Al final, también por aburrimiento, le di la razón en casi todo, incluido el cambio de título, y *Esa oscura gente* apareció, por fin, en 1990, y dejó de llamarse *La oscura gente*. El protagonista, Javier Bloque, es un tarado terminal, por lo que los (escasos) lectores pensaban (quizá no sin razón) que era muy autobiográfica. El tipo es un chaval de veinte años, virgen, pijo, de derechas, católico y miope (le llaman Cuatro Ojos), que quiere hacerse adulto y, para ello, decide saltarse los Diez Mandamientos por su orden. Los apunta en una pizarra y va tachando. En el sexto se atasca un poco: necesita cómplices. Mereció dos críticas: una en *La Vanguardia* (en catalán, hecha por un amigo diplomático que hoy es embajador de España, a pesar de ese oscuro pasado de gacetillero con el agravante de hablar catalán) y otra en la revista de la Asociación de Enfermos del Riñón (escrita por mi amigo Mauri

de Miguel, que luego se dedicó a la crítica musical y que me aseguraba que los pacientes sometidos a diálisis no hacían otra cosa que leer novelas «independientemente de su calidad literaria»). Más tarde la editorial quebró y la mitad de la tirada acabó en un depósito judicial. Eso fue todo. O no tenía la glándula correspondiente o, de momento, no había secretado ninguna O.M. que fuera a cambiar de la noche a la mañana el curso de la literatura universal.

Sin embargo, yo había resuelto mi duda: me gustaba escribir. Incluso bajo coacción. Incluso sin éxito. Incluso sin ser escritor. Cuando estaba solo, lleno de dudas, escribiendo sin esperanza de publicar, inseguro: entonces era feliz. Lo sigo siendo: es solo en esos momentos cuando me siento escritor. Lo demás son paparruchas, en cuanto me levanto de la mesa dejo de ser escritor y mi vida se vuelve mucho más tenue. Cuando doy una conferencia, recibo un premio o respondo a una entrevista en la televisión, me siento un impostor que echa de menos al que estaba en casa escribiendo, inseguro, haciendo esfuerzos para encontrar el camino, temeroso de estar equivocado. Ese es el escritor y no yo.

De aquellas trescientas sesenta y cinco páginas a máquina aprendí muchas cosas. La más importante: que nunca tengo nada que decir. Por eso escribo: para saber qué es lo que quería decir. Escribir es para mí la mejor y más afilada manera de pensar. Desde aquella novela, siempre intento llegar al final a la mayor velocidad posible, para saber qué quería decir, y entonces vuelvo a empezar. Y así una y otra vez: todas mis novelas están escritas de principio a fin cuatro o cinco veces (y a veces, como ahora, más todavía).

A semejanza de mi personaje, Javier Bloque, el Cuatro Ojos, tampoco acababa de hacerme adulto, por muchos pecados mortales que cometiera. Al regresar de Estados Unidos me puse a preparar unas oposiciones. Volví a casa de mis padres, a la habitación que compartía con mi hermano Benito. Empecé a salir con Lorena, que era una mujer tan guapa que cortaba la respiración, de verdad bella y misteriosa, como la que todos esperábamos de Juan Blázquez. Lorena era morena y muy alta (me sacaba una cabeza), delgada, como pintada por Julio Romero de Torres, con piernas interminables y un cuerpo de modelo de ropa interior, parecido al de la escultura de Safo del Círculo de Bellas Artes. Quedábamos a menudo, pero no sabía cómo llevármela a la cama. Ni dónde, porque ella no quería follar en un parque. Lo que quieras, me decía, menos follarme en la calle. ¡En la calle! ¡Como una cualquiera! ¡Eso jamás!, insistía con una gravedad que me llamó la atención. Un día me cansé de aquellos besuqueos y toqueteos, y de que me hiciera pajas en bancos de los parques y descansillos de escaleras, y me fui a un hotel donde pedí una habitación. Era un hotel modesto en una perpendicular de la Gran Vía, el hotel La Perla, donde me entregaron la llave en un llavero de madera en el que venía el número de la habitación. A las ocho, desde el hotel, fui con la llave en el bolsillo a nuestra cita, en el kiosco de Alonso Martínez. ¿Adónde vamos?, preguntó ella. A la cama, dije, y le di la llave. Me miró con una cara inexpresiva y seria, y cuando empecé a temer que preguntara por quién la había tomado o algo semejante, susurró: venga, vamos. Y fuimos, y al día siguiente, cuando nos despertamos follamos otra vez, lo que hacía un total de cuatro desde la noche anterior. Tanto me gustaba Lorena.

Como *Esa oscura gente* todavía no había sido publicada, había empezado a escribir otra novela, que tenía el título de *Autobiografía de Marilyn Monroe*. Fue un encargo. La editorial Exadra, antes de la quiebra, pretendía crear una colección de vidas de personajes célebres contadas en primera persona. La idea era que la mayoría fueran mujeres. Hubo una reunión —en

un bar, como es lógico— en la que se repartieron figuras de leyenda entre los autores presentes: Azpeitia se pidió Mesalina (luego haría también un Quevedo); Andrés Sorel, *La Pasionaria*; Agustín Cereales Laforet, *Lucrecia Borja*; Diana Raznovich, *Golda Meir*; y así uno detrás de otro, hasta que el editor, Paco, el marido de Mara, preguntó si nadie iba a hacer Marilyn.

—Vale, me quedo con la rubia —dije yo, que no me había interesado jamás por esa actriz de la que no sabía casi nada.

Así empecé a dedicar tiempo a Marilyn, mientras esperaba la aparición de *Esa oscura gente*.

Un día quedé con Lorena y se encaprichó con que fuéramos al *pub* Santa Bárbara, donde un camarero se acercó y me preguntó si era Rafael Reig. Admití que sí, y entonces me preguntó si me importaría dedicarle la novela. ¿Qué novela?, pregunté. Esta, dijo, y me puso en la mesa el primer ejemplar que vi de mi primera novela. Escribí la primera dedicatoria de mi vida literaria para Antonio, aquel simpático camarero de chaquetilla blanca con botones dorados y galones rojos. Imagino que no hace falta aclarar que lo habían preparado todo entre el editor y Lorena. Hubo una presentación conjunta de los cuatro primeros títulos de la editorial, en el Ateneo, y *El País* publicó una reseña en la que hablaba de los otros tres libros: mi nombre no aparecía. Al final de la reseña, en la última frase, decía: «También se ha presentado una colección de literatura humorística». Contra mi criterio, habían decidido que la mía era una novela de humor. Esa fue la recepción crítica de mi primera novela en el periódico más leído de España. Durante décadas la prensa se acostumbró a hablar a menudo de mí, aunque siempre con el desconcertante seudónimo de: «y otros escritores».

Pasé meses leyendo todo lo que encontré sobre Marilyn Monroe. No era poco, fue agotador, y mientras yo leía tumbado en el sofá junto a mis padres y hermanos, la editorial que me había hecho el encargo se fue a pique (y los ejemplares de mi novela a un depósito, del que debieron de salir en algún momento hacia una trituradora o a precio de saldo).

Ya tenía un borrador y había encontrado una solución al problema más difícil: por qué Marilyn cuenta su historia, a quién, en qué tono. Me inventé unas grabaciones de las sesiones de psicoanálisis de la actriz, que situé en los últimos meses de su vida, lo que me permitía mostrar su derrumbamiento y recordar su pasado.

Años después esas grabaciones inventadas aparecieron. Existían, la noticia salió en los periódicos de todo el mundo. Leí los extractos que se publicaron y me quedé de piedra: parecían sacados de mi libro. Como dijo Machado, también la verdad se inventa. Pero eso pertenece a otra vida y debe ser contado en otro momento.

Como en un trance hipnótico o en una sesión de espiritismo, escribí los dos primeros capítulos seguidos, sin parar, sin volver atrás ni corregir nada. Los metí en una carpeta de gomas y me fui a tomar unas copas con Lorena, al bar donde solíamos quedar, en la calle Cardenal Cisneros. Así sobrevivíamos, tomando un par de copas y luego en pensiones y hoteles baratos, en casas prestadas, o en chalets de la sierra que nos dejaba algún amigo, y una vez en la calle del Oso, tan estrecha que desde el balcón casi se tocaba la pared de los edificios de la acera de enfrente; y otra vez en un apartamento en Princesa, del que me dio la llave uno de mis profesores, Julio Vélez, que fue uno de mis grandes amigos. Pedí *whisky* y ella una cerveza, y le di la carpeta. Échale un vistazo, a ver qué te parece, le dije.

Nunca en mi vida he visto a nadie leer con tanto ahínco, tan absorta, sin apartar la vista del papel y con gesto de vértigo, como resbalando por la ladera de un monte o llevada por la

corriente del río en el fondo del valle. No cambió de postura en ningún momento, aunque de vez en cuando le temblaba la mano que sujetaba la página. No me miró ni apartó la vista del folio, parecía que el mundo a su alrededor se hubiera cancelado, como un corazón en vilo, inmóvil entre dos latidos. Cuando llevaba unas cinco páginas, se encharcaron sus bellos ojos oscuros. Siguió llorando hasta el final, sin moverse, sin restañarse las lágrimas, como si no se diera cuenta de que lloraba; sus pupilas iban de un lado a otro siguiendo cada línea y las lágrimas (saladas, las besé cuando terminó la lectura) se deslizaban una a una por sus mejillas. Me asusté un poco y también me sentí agradecido. Dejé los folios en la carpeta y me miró a los ojos.

—¿Cómo lo ves?

—Es maravilloso... y terrible. No puedo creer que tú hayas escrito esto.

—Voy a pedirte otro botellín, ese ya no está frío —dije, para descargar la tensión y porque había algo amenazador en su tono.

Cuando tiempo después se publicó la novela no mereció ni una sola crítica ni me dieron premio alguno. ¿Qué más quería? Ver leer a Lorena aquellos dos capítulos ya me había convertido en el escritor más aplaudido y galardonado del planeta.

Tuve la impresión de que había leído la voz de Marilyn como si fuera la suya, convencida de que esas páginas trataban de ella. Eso me halagaba como novelista, pero me hacía sentir incómodo como novio. Marilyn, mi Marilyn, nada tenía que ver con Lorena; que se sintiera identificada era señal de que había escrito algo de cierto interés, aunque una identificación tan dramática parecía un nublado en el horizonte. Poco después me relató un «pasado borrascoso», como suele decirse, que a mí me sonó a confusa invención, en la que había elementos inspirados en Marilyn y otros precedentes de películas: recuerdo unas fotos pornográficas que se dejó hacer y por las que ahora iba a ser objeto de extorsión, un periodo de consumo de opiáceos y otras cosas de ese estilo.

La tormenta estalló en pocas semanas, aunque solo en mi interior. Un día, en una parada de autobús, esperaba a Lorena, que se retrasó diez o quince minutos, y en cuanto la vi, sin saber por qué, de buenas a primeras le dije que se había acabado, que no quería volver a verla. Ella estaba asombrada, preguntó qué había sucedido, se disculpó por activa y por pasiva, pero no di ninguna explicación, me subí a un autobús y la dejé allí plantada. Admito avergonzado que no me subí al primer autobús que pasó, sino que esperé, en silencio, impasible, al único que me llevaba a casa. No volví a verla hasta muchos años más tarde, cuando ella acababa de salir de un psiquiátrico.

Tardé un par de años en darme cuenta de lo que había pasado, porque no quería admitirlo. Preferí creer que, sin más motivo que unos cuantos retrasos, había perdido los estribos y el malhumor me había hecho abandonar a Lorena. La frialdad con la que esperé el autobús correcto sin decir palabra me convenció de que me había portado como un cabrón, y si no le había dado ninguna explicación era porque no quería dármela a mí mismo. Por la ventanilla del autobús en marcha la miré de pie en la parada, con lágrimas en los ojos y las manos en los bolsillos de aquel abrigo negro. Volví la cabeza, como si no quisiera oír a través del agua la voz que me llamaba desde el interior de ese pozo sin cubo ni cuerda donde estaba mi alma.

No me había creído lo que me contó, estaba convencido de que era una invención o por lo menos una deformación casi novelesca. Eso me eximía, según pensaba entonces, de haber sido cobarde; podía afirmar que no la había dejado por miedo a su pasado.

Sigo pensando lo mismo, pero ahora sé, desde hace años, que la dejé por miedo; pero miedo a su fabulación, a su alteración mental, a su triste padecimiento. Siempre me he avergonzado y me avergüenzo de mi conducta, y no voy a alegar que actué en defensa propia, para protegerme, porque eso es precisamente lo que me avergüenza. Ahora también sé que ese acto (entre otros) decidió la clase de novelista (y de persona) que iba a poder ser: uno sin grandeza, un cobarde, alguien que intenta protegerse. Fui yo el que marcó los límites de mi talento. Carecía de la glándula capaz de producir una O.M.

Tras aquella ruptura me surgió —a través de mi amigo del colegio, López— la oportunidad de trabajar en una empresa de asesoría. Acepté de inmediato y desistí de oponerme, en bien del país entero y de la paz mundial, que no se merecían un diplomático tan insensato como yo, y empecé a ganar bastante dinero, escribiendo discursos para políticos y analizando estudios cuantitativos y cualitativos para orientar campañas electorales de candidatos que a menudo eran tan cabezas de chorlito como yo. A uno le explicamos que había «un importante segmento de voto movilizable» entre las mujeres de cuarenta y cinco a cincuenta años, y no tardó ni una semana en aparecer su cara en la portada de una revista con el titular: «Lo que de verdad me pone son las cuarentonas». Alquilamos López y yo un piso grande en la calle Claudio Coello, esquina con Jorge Juan, al lado del Retiro, y allí vivimos hasta que las novias de ambos se instalaron también y ya no resultaba tan grande ni tan acogedor.

En la oficina, López gozaba de privanza con el jefe, don Estanislao, conocido como Estanis, hijo del millonario panameño dueño de la empresa, y yo acabé liándome con la analista más destacada, Natalia, morena y atlética, que tenía ocho años más que yo y estaba casada con el íntimo amigo de Estanis, un tipo que se llamaba Federico y era el hombre del tiempo en el telediario regional. Estanis y Fede, a espaldas de sus mujeres, se pasaban las noches alternando con esas chicas que anunciaban yogures desnatados en la tele o con aspirantes a actrices. Natalia debía de estar hasta la coronilla de aquello, porque en cuanto aparecí por aquella oficina de la calle Almagro, se vino conmigo y un día se presentó en Claudio Coello con una maleta.

En aquella época también tuve que hacer la mili o, mejor dicho, la «prestación social sustitutoria», como objetor de conciencia. Me correspondió cuidar de un niño con parálisis cerebral en un orfanato en la calle Fernández de los Ríos, donde años más tarde pusieron el Teatro de la Abadía. En mis tiempos, la abadía aquella era la capilla del orfanato. Allí pasé todos los fines de semana con Juan Carlos, mi chico, y aquellas monjas que llevaban los hogares de huérfanos, como Sorpi y otras. Fue una experiencia insólita que, treinta años después, todavía me daba vueltas en la cabeza y me proporcionó el impulso para escribir *Para morir iguales*. Pero eso fue en otra vida y debe ser contado en otro momento.

Natalia y yo habíamos caído uno en los brazos del otro como despeñados desde lo alto de una montaña, y Estanis me echó sin contemplaciones, escandalizado de que me liara con la mujer de su amigo y compañero de juergas. Supongo que quizá habría preferido que me liara con la suya. A López tampoco le gustó demasiado aquel asunto, de manera que abandonamos la casa de Claudio Coello y Natalia se instaló en un piso de su familia, en doctor Esquerdo, y yo en un apartamento alquilado en la avenida del Mediterráneo, en el paro, sin perspectivas laborales y con una complicada relación con aquella maravillosa mujer casada madre de un hijo. Gracias a mi amiga Mavi, conseguí un trabajo en una revista femenina llamada *Dunia*, donde fui corrector.

Mi especialidad se convirtió en seguida en los titulares y los pies de foto, en los que conseguía decir lo mismo en el número de matrices exacto. Fue un aprendizaje literario tan provechoso como hacer sonetos, aunque apenas me daba para vivir, y tuve que dejar el piso alquilado y mudarme al Puente de Vallecas, a una casa compartida con dos chicos, uno que quería ser actor y otro que trabajaba de informático. El informático tenía una novia que era hija de un frutero y que, cuando venía a comer, siempre traía kilos de fruta, toda en mal estado. Al parecer su padre solo le hacía generosa entrega de la fruta que ya no podía vender en la tienda. Allí acabé de escribir la novela de Marilyn, que había comenzado como un encargo y se había convertido en uno de mis libros más íntimos y confesionales, aunque ya no hubiera nadie a quien entregarle el encargo cumplido. Ni siquiera a Lorena, que se lo merecía.

Seguía haciendo fotocopias y encuadernaciones en canutillo, y enviando paquetes a editoriales, de las que recibía el acostumbrado rechazo, «independientemente de su calidad literaria». Un día iba con uno de esos ejemplares, en los que siempre escribía en la portada, además del título y mi nombre, mi teléfono, y me fui a tomar algo con Chavi Azpeitia, que se encontró con un conocido suyo, un hombre de cierta edad, pelo blanco, hablador y simpático. Bebimos con él y de pronto dijo que tenía que ir a la Estación Sur de Autobuses, a coger el Alsa a Gijón, y como no teníamos nada mejor que hacer, nos ofrecimos a acompañarle, y él a invitarnos a otra copa en la estación. Al llegar, como de costumbre, el kiosco de prensa estaba cerrado y el caballero de cierta edad se quejó de tener que afrontar un viaje de más de seis horas sin nada para leer. Le dije que tenía un manuscrito, por si quería llevárselo, y aceptó encantado. Al día siguiente, bastante temprano, sonó el teléfono:

—Soy Silverio, he pasado un viaje estupendo, el libro me encanta. ¿Quién lo va a editar?

—Todavía no he encontrado ningún editor —le dije al tipo del que ni siquiera recordaba el nombre.

—Pues ya lo tienes, soy Silverio Cañada, el dueño de la editorial Júcar.

Así conseguí publicar mi segunda novela, gracias a mi disposición a tomar copas y a perder el tiempo. Silverio, como al parecer era costumbre entre los editores, decidió cambiar el título. *Autobiografía de Marilyn Monroe*, decía, no se entiende, no tiene ni pies ni cabeza, porque debajo vamos a poner el nombre del autor, que eres tú. Es un fraude, argumentaba, y exigió que se publicara con el antipático título de *Autobiografía apócrifa de Marilyn Monroe*. Así fue como entendí mejor al anónimo autor de *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*: había tenido que renunciar a la inmortalidad literaria por la incomprensión de algún impresor o editor semejante a Silverio, que también suprimió —quizá para ahorrar papel— la dedicatoria a Lorena (que restituí en la siguiente edición en otra editorial).

No hubo ni una sola crítica, solo apareció en un recuadro de dos centímetros cuadrados entre las sugerencias de la revista *Dunia*, donde la metió un amigo mío de la redacción.

Tenía tan poco dinero que, de nuevo a través de Julio Vélez, que movilizó a su amigo Anthony L. Geist, solicité una beca para hacer el doctorado en Estados Unidos. Me la dieron y volví a cruzar el Atlántico, en 1992, con dos novelas publicadas, que nadie había leído, sin un duro y dejando atrás a Natalia, que se había convertido en la mujer de mis sueños. Era atractiva, irónica, divertida —a veces pasábamos horas en la cama leyendo en voz alta entre carcajadas—, mucho más culta que yo y con una inteligencia más certera; pero (o por consiguiente) decidió quedarse en España con su hijo.

Antes de irme, guardé todas mis cosas en cajas, para dejarlas almacenadas en casa de mis padres. Escondidas en uno de mis cuadernos encontré cinco fotos Polaroid de las que no tenía recuerdo y en las que aparecía Lorena desnuda, en posturas bastante pornográficas. Me quedé de piedra: todo era verdad, ¿se había dejado fotografiar por algún desaprensivo!

Sí, pero resulta que ese monstruo también era yo. Las fotos estaban tomadas en la habitación que compartía con Benito en casa de mis padres. Solo entonces el recuerdo borroso de aquella tarde hizo acto de presencia en mi interior. Me entró una sensación de vértigo y volví a esconder las fotos en el cuaderno y el cuaderno en la caja de cartón. No he vuelto a verlas nunca: seguirán en la misma caja en el altillo de casa, en Cercedilla.

Así llegué a la State University of New York at Stony Brook, SUNY en Stony Brook, en Long Island, donde alquilé una habitación, la misma que había ocupado hasta ese momento Antonio Orejudo. Trabajaba como T.A., *teaching assistant*, y tenía lo justo para sobrevivir en esa casa que compartía con tres mujeres, una china, una india y una norteamericana. Compré por cuatrocientos dólares un coche, un destartado Volkswagen Rabbit con el que sembré el espanto por las carreteras de la isla. Me reencontré con las acogedoras bibliotecas universitarias americanas, con las chicas dispuestas a irse a la cama con alegría, y con el día entero para estudiar, leer, escribir, beber *whisky* y follar sin parar. No paré, en efecto. En Navidades vino a verme Natalia. Fui a recogerla en el Rabbit al JFK. Se quedó un mes allí, compartiendo mi futón, al que llamábamos futón verbenero, y que era una colchoneta plegable sobre unos listones de madera y al parecer algo oriental, aunque incómodo y muy ruidoso. Leíamos durante horas, bebíamos *whisky* desde por la mañana y hablábamos de historia medieval y de psicoanálisis. Se hizo amiga de mis novias de allí, Suzanne Kubik, la colombiana Rosarito y la ondulante argentina Águeda; de mi directora de tesis, Lou Charon-Deutsch, de la mosquita muerta de Vicky, de todos mis profesores, y hasta del librero de viejo del pueblo. También yo aprendí a llevarme bien con sus novios, en cuanto empezó a tenerlos. Solo una vez la he visto un poco celosa, y ni siquiera estoy seguro de si lo hacía en serio, cuando Águeda, frágil, solitaria y sinuosa, me regaló una lata de jabón de afeitar y me dio un beso en los labios. Natalia era encantadora y a mí me enseñó a ser libre, a vivir mi propia vida, incluso de manera más independiente de lo que había aprendido con Marie Marin. Ella también era libre: cuando la llevé al aeropuerto para su vuelta a Madrid, me dijo que quería volver y hacer un doctorado, y vivir conmigo, y que estaba dispuesta a dejar a su hijo con su padre, el famoso y juerguista hombre del tiempo.

Durante los años que viví por segunda vez en Estados Unidos sí volvía en verano a España y siempre me encontraba con los antiguos amigos del ajedrez, entre los que me sentía un extraño extranjero. Solíamos quedar en una terraza de Olavide. Escalona, el gordo Tomás, Macarena, Carmen (sus pechos saltaban como relámpagos bajo la sábana) y el gran Ostolaza, el más brillante de todos nosotros. Ostolaza se había casado con una chica alta y torpe que se llamaba Nati. Tuvieron dos hijos y él abandonó su tesis sobre el uso (impreciso y peculiar, como el de los atestados de la Guardia Civil) del gerundio en el Inca Garcilaso, para ponerse a trabajar en un concesionario de automóviles. Me dijo que algún día tendría que madurar y que lo de Estados Unidos era como vivir en una burbuja. Aquello es una vida a todo color —me aseguró el gran Ostolaza—, pero tan poco auténtica como una película de Walt Disney. Escalona, tal y como me habían dicho, se había casado con Carmen (cuyas pecas besé tanto, cuando ella estaba desnuda boca abajo) y vivían en una ciudad dormitorio. Él trabajaba en una editorial, donde se ocupaba

del almacén y de preparar las cajas para la distribución. Me aseguró que en Estados Unidos «la robotización ha revolucionado la logística», así lo dijo y no lo puse en duda, aunque no estaba al corriente; pero Jaime Escalona seguía siendo el mismo de siempre, mi amigo, aunque hubiera renunciado a su sueño de ser profesor, pero no a casarse con Carmen (¡cómo brillaban en la oscuridad sus pupilas!). La única que continuaba en el mundo universitario era Macarena, que se había casado con Leandro Hogazo, su director de tesis. El gordo Tomás ya no era gordo ni tampoco leía. Se había quedado leve, diáfano y ojeroso, y aunque no le pregunté, acabó contándome una enfermedad de esas que siempre golpean a los estratos más humildes y desprotegidos de la sociedad, no recuerdo si era una intoxicación alimentaria o un virus en el duodeno, algo que en cualquier caso no le impidió intentar venderme una colección de sellos. Me aseguró que perdía dinero al hacerlo, pero como viejo amigo quería darme la oportunidad de participar en la inversión más segura y con mayor beneficio de la historia financiera. Pensé que o se había vuelto tonto o estaba desesperado. Quizá ambas cosas. Más tarde me confesó que era un rehén de su propia tontería. Al terminar la carrera, el entonces gordo Tomás se puso a buscar alguna forma de salir de casa de sus padres: intentó dar clases particulares, trabajar como crupier en el casino, de repartidor de *pizzas* y de camarero o barquero^[2] en una discoteca. Todo en vano, jamás cobraba lo suficiente, hasta que un día apareció, trajeado y con ademanes de triunfador, un compañero de colegio, un tal Mateo Menéndez, que le invitó a comer y le ofreció una colección de sellos de Gold Stamp, una sólida empresa que patrocinaba un equipo de baloncesto y garantizaba, sin riesgo alguno, el doble de rentabilidad que cualquier banco. El anzuelo se clavó en la garganta del gordo Tomás, Marcelino (¿o era Manuel?) Menéndez solo tuvo que tirar del sedal y el gordo se gastó sus últimos quinientos euros en los sellos que, según le aseguró el zalamero Menéndez, estaban valorados en más de cinco mil euros. Así acabó también el gordo con su propio traje, su maletín, su corbata amarilla y su gomina en el pelo, y convertido en «ingeniero comercial» de Gold Stamp. Al poco tiempo Menéndez le propuso pagarle parte de las comisiones en cocaína. Te dará más naturalidad, más energía y más aplomo, le prometió. Y perderás peso, añadió. Así fue: el gordo Tomás dejó de serlo, perdió veinte kilos, mucho dinero y casi del todo la razón. Le pregunté si no se había dado cuenta de que se trataba de una estafa piramidal. Claro que sí —me respondió con aplomo—, pero creí que estaría en el vértice de la pirámide, pensé que era un triunfador y tendría tiempo de saltar en marcha, antes de que aquello se desmoronara. Le pregunté si no fue así. Claro que no —me respondió con energía—, con el peso de la farlopa nadie puede verlas venir ni dar un salto. Le pregunté si quería convertirme en víctima de un fraude filatélico (y quizá también en cocainómano). Claro que sí —me contestó con naturalidad—, espero que no te haya molestado. Le dije que no, que le comprendía, y se disculpó para ir al baño. ¿Le comprendía? No del todo, porque entonces yo no me había acercado nunca tanto a la desesperación, aunque tampoco me sentía inclinado a juzgar a mi amigo. Él había querido ser un triunfador y su ambición (una forma aguda y lesiva de tontería) le había secuestrado en aquel fracaso vergonzoso del que le libró, al final del verano, una enfermedad de esas que azotan a las clases más desfavorecidas. Asistimos todos a su entierro, antes de mi regreso a Stony Brook.

Al recordarlos más tarde en Long Island, me preguntaba por qué iba yo a escaparme de lo que ellos habían aceptado con entereza y sin rechistar. Ellos eran los mismos de siempre; el que había cambiado era yo, el traidor, el desertor, el que se había ido para ponerse a salvo. Me sentía

como un prófugo de mi destino, alguien que había rechazado la vida en blanco y negro que le correspondía. También pensaba que, si volvía a España, entonces sería un prófugo de mi destino de novelista (genial o mediocre, eso daba igual). ¿Debía traicionarme a mí mismo por lealtad a Escalona, al gran Ostolaza o a la memoria del difunto Tomás, que había intentado estafarme con sellos de correos? Me vi de regreso en Madrid, compartiendo el destino común; en la otra orilla del río que no me había atrevido a cruzar, al margen del torbellino de la vida, del ruido y la furia, de la herencia de la carne. Porque al fin y al cabo, ¿qué es más noble o levantado para el espíritu: sufrir los arañazos y coscorriones del fracaso o ponerse a salvo y soportar la desolación de no haberlo intentado?

A finales de agosto ya estaba de vuelta en Stony Brook y, en cuanto vino Natalia, que también consiguió otra beca de doctorado, nos mudamos los dos solos a Port Jefferson, en la vivienda de un cristalero rico que había convertido la parte de atrás de su casa en dos apartamentos diminutos. El de al lado lo ocupaba una pareja de estudiantes muy jóvenes, Amy y Andrew, con su gato Kiwi. Amy estudiaba español en mi departamento y Andrew hacía una tesis en filosofía, y había estudiado, ojo al parche, nada menos que con Jacques Derrida. Dos o tres veces por semana Andrew y yo jugábamos al ajedrez y durante una temporada nos dio por hacer una dieta de «frigorías». Con el sentido común que cabe esperar de un filósofo y un filólogo, dedujimos que el frío adelgazaba, porque tenía a la fuerza que consumir todas las calorías sobrantes, así que una de cada dos partidas la echábamos en calzoncillos en el jardín nevado con vistas a la bahía de Long Island, en la que alguna vez se helaba el agua más cercana a la orilla. No perdimos ni un gramo de peso, aunque nos hartamos de reír. Andy era divertidísimo, Amy era dulce y coqueta, y Kiwi era un botarate que se subía a los árboles y luego ya no sabía bajar y había que rescatarlo con una escalera. Por aquella diminuta casa pasó todo el departamento, desde Lou Charnon-Deutsch hasta Pedro Lastra, el poeta chileno; los cubanos Román de la Campa y Antonio Vera-León; el gran Elías Rivers, unos bolivianos errantes, mis amigas, los amigos de Natalia, y nuestros queridos Liria y Claudio, un matrimonio argentino con quienes compartíamos pobreza y alegría. Empecé a escribir mi tesis sobre la representación de la prostituta y la adúltera en la novela del XIX, mientras Natalia empezaba a investigar sobre la suya, que trataba de la copla de Rafael de León y la pintura de Julio Romero de Torres. Habrá quien piense que es un aburrimiento una tarde entregada a debatir sobre Guamán Poma de Ayala y la importancia del ladino, y a compararlo con el arribista del XIX y el XX, con una botella de *whisky* y una pila de libros alrededor de la cama, pero para nosotros era la felicidad, y el tiempo que pasamos juntos estuvo lleno de días felices.

¿Qué le pareció a Natalia mi Marilyn? Le gustó mucho, pero me hizo la misma pregunta que hasta hoy me siguen haciendo, en especial las mujeres: ¿de dónde saqué eso, ese lado femenino, ese conocimiento del dolor de una mujer, esa capacidad de observación y compasión? Respondí la verdad: me lo he inventado. Añadí lo que desde entonces he venido repitiendo siempre: que entré en contacto con la parte de mí que se siente desamparada y maltratada. No fue así. He tardado casi treinta años en darme cuenta de lo que sucedió. La respuesta estaba ante mis ojos, pero nunca había sido capaz de verla: Marilyn Monroe era mi madre.

Fue necesario que acudiera al Círculo de Bellas Artes y que recordáramos a Juan Blázquez, ese fantasma, mi semejante, para que me pusiera a escribir estas notas en el cuaderno de tapas

negras y entonces me saltara encima la verdad. Esa novela fue mi mayor esfuerzo por entender a mi madre, por ponerme en su lugar, por encontrar sentido a su infelicidad.

No lo conseguí y por eso le hago decir a Marilyn en la novela: yo no quiero que me comprendan, lo único que necesito es que me quieran.

Esa frase es el testimonio de mi fracaso con mi madre y de mi apoyo a ella: nunca comprendí a mi madre, pero la quise siempre, sin lograr ayudarla.

Un par de años después, por fin ABD, *All But Dissertation*, es decir, que solo me faltaba leer la tesis, fui a buscar trabajo a la convención anual de la MLA, la Modern Languages Association, en Chicago, donde conseguí una oferta para la Universidad de Missouri-Columbia. Tuve que ir a dar una conferencia, que era la última fase del proceso de selección, y hablé de la violencia literaria contra las mujeres en las novelas del XIX (con el sádico Flaubert a la cabeza, aunque comencé con el cuerpo de Melibea cayendo al vacío, y habría empezado con Safo muerta y desnuda en la Pecera, a los pies de «figuras centrales de las letras», si Azpeitia me lo hubiera contado antes). Me dieron el puesto. Me instalé en Columbia, en un apartamento más grande y con piscina comunitaria, y compré un Toyota que quizá solo había tenido dos propietarios anteriores; y Natalia se quedó en Long Island con el viejo Rabbit. Esa temporada volamos mucho los dos en aviones de hélice entre Saint Louis y Nueva York, aunque a ambos nos gustó volver a vivir solos durante largos periodos.

Con el tiempo llegué a conocer muy bien ese limbo sin inocencia de los aeropuertos. Me preguntaba qué pensamientos penetrarán, quieras que no, en las indefensas cabezas de quienes se encuentran detenidos, como alelados, en ese lugar o seno, esperando la redención, el vuelo con retraso a Tucson, el perdón de los pecados o la conexión con Dallas; ora vestidos de negocios (con traje, zapatos relucientes y dispositivos móviles), ora con indumentaria de camino (de chándal, deportivas, bolsa riñonera y botella de agua mineral). ¿Qué reproches no se harán? ¿Qué placeres echarán de menos, de qué dolor causado se culparán o de qué daño inminente sentirán miedo? Bueno: pues no. Parecían felices, hablando en general, si bien algunos individuos —la mayoría mujeres— mostraban señales de arrepentimiento, de frustración o de zozobra; miraban a ambos lados, cambiaban de dirección sin previo aviso, comprobaban a intervalos regulares el contenido de sus bolsillos y la ubicación de su equipaje de mano: echaban de menos otra vida, otros hijos no tan desapegados o desamparados; amores que no dolieran tanto, quizá un cuerpo diferente (que no atrajera sin remedio otra vez a una reencarnación del mismo novio presumido) o simplemente un sitio en el que llorar a solas con la luz apagada y sin que nadie les dirigiera una pregunta ni una súplica. Por pasillos y vestíbulos, en las innumerables tiendas y cafeterías con que los aeropuertos garantizan el derecho al consumo permanente, en escaleras mecánicas y salas de espera, miraba con curiosidad y aprensión a esas mujeres —y unos pocos hombres— que habrían preferido enfrentarse a la lluvia y al viento que a sí mismas, a un secuestro aéreo que a sus maridos o a sus hijos, y a cualquier catástrofe antes que al curso normal de los acontecimientos.

Todas ellas me recordaban a Carmen, a Lorena, a Natalia, a todas las mujeres con las que había estado, como si las hubiera encontrado en un pasillo, en tránsito, solas con su equipaje de mano, desorientadas y sin saber adónde dirigirse.

Creo que fui uno de los últimos profesores que se acostó con una estudiante, y sucedió en Missouri, y me metí en un lío. Vino de visita mi hermano Benito (que visitó siempre los múltiples hogares que tuve en Estados Unidos) y le llevé a una fiesta en la casa de una fraternidad, donde una de mis alumnas, Sue Ellen, se encandiló conmigo y se vino a tomar algo a casa. Se me metió en la cama, salvo que no era la cama, porque se la había cedido a Benito, sino un sofá cama que tenía en el salón y que había decidido vender. Ya no me acordaba de que el comprador brasileño iba a venir a recogerlo a la mañana siguiente. Me levanté temprano, como siempre, y me puse a trabajar mientras Sue Ellen seguía durmiendo, igual que Benito en la otra habitación. Sonó el timbre y apareció el brasileño con un amigo. La desperté y le dije que tenía que levantarse, porque habían venido a llevarse la cama. No puedes hacer esto, me dijo, no puedes quitarme la cama de debajo del cuerpo, eso no te lo consiento, ¿no me puedes echar de tu cama como si fuera una prostituta! ¡Eso jamás! Le expliqué que todo era una inocente casualidad y me asusté, recordando a Lorena y su advertencia de no follar en la calle. Se avino a levantarse y vestirse, quité las sábanas y los brasileños se llevaron el sofá cama. Me ofrecí a llevarla a donde quisiera y aceptó de muy mal humor.

—El jueves a las seis en el Booches —me dijo.

Era un bar, aunque de estudiantes, bastante tranquilo, con unas cuantas mesas de billar.

—No creo que pueda, ya te llamaré.

—No. El jueves. A las seis. Si no, te denuncio.

Accedí, creo que sobre todo porque me daba vergüenza que mi hermano viera los líos en los que me metía.

Estaba tan nervioso que Benito me llevó a un casino en un barco en el Missouri, donde pasamos buena parte de la noche jugando al *blackjack*. Por la mañana le dejé en el aeropuerto, porque se volvía a Madrid. El jueves, a las seis, tomaba un *whisky* en el Booches y apareció Sue Ellen. Ella, como todos los chalados, no tenía tiempo que perder en bebidas ni por supuesto hambre (hacían en Booches unas hamburguesas estupendas, que servían sin plato, sobre un papel de estraza). Me llevó a su apartamento, que era bastante caótico y apestaba a sándalo y marihuana, y a la cama. Luego me empezó a contar que alguien le estaba envenenando la ropa. ¿La ropa?, me asombré. ¡La ropa! Al parecer la rociaban con algo que le provocaba dolor de oídos, vértigos y sensación de náusea. Le pregunté quién y por qué haría algo semejante.

—Ellos. Es por la isla que le han robado a mi hermano.

—¿Tu hermano tiene una isla?

—En el Caribe, pero ahora la han invadido.

Ni siquiera pregunté quiénes habían invadido la isla. Infantes de marina, piratas, extraterrestres, qué más daba. Pasé bastante miedo y Sue Ellen me mantuvo como rehén durante un par de semanas, hasta que por suerte se cansó de mí y de mis limitadas prestaciones sexuales, y desapareció con sus faldas hechas con cortinas, su flauta travesera, su melena enmarañada y sus ojos saltones, no sé si en una furgoneta pintada de colores y con letreros de paz y amor (en brazos de algún surfista) o en una ambulancia psiquiátrica (en brazos de un celador).

Al volver de la MLA de ese año, en Washington, recibí en Columbia una llamada de mi hermano, preguntando si ya tenía billete para ir en Navidades. Le dije que sí y la fecha.

—Cambia el billete, vuelve cuanto antes —me dijo.

—¿Mañana?

—Si puedes, sí. —Mi hermano es de pocas palabras, pero siempre claro y contundente.

Iban a operar a papá. Era la segunda vez, los primeros *bypass* se los habían hecho cuando yo estaba en primero de carrera, y esta vez era urgente y mucho más peligroso.

—¿Cómo está mamá? —le pregunté.

—Por ahora bien, ya veremos. Cambia el billete.

Sobre el JFK descargaba una tormenta de nieve y estaba claro que el último vuelo que iba a despegar era el de Madrid, y por la megafonía ya ofrecían importantes cantidades de dinero por una plaza en ese avión, además del hotel y el billete (en primera clase) para el próximo vuelo. Admito que me lo pensé. Preferiría decir que el dinero y el lujo no significan nada para mí, pero nada más lejos de la verdad: me encantan, me tranquilizan y me provocan (como ciertas sustancias adictivas) una comprensión inmediata y cristalina (pero tal vez ilusoria) de la realidad. En otras circunstancias, habría aceptado, pero no tuve más remedio que negarme. Salimos con retraso, dando bandazos, atravesando nubes negras y rodeados de relámpagos, que cuando me desperté se habían convertido en el cielo azul y el ciego sol de la mezquina meseta castellana.

A mi padre le iba a operar en la Clínica La Luz un tal Ramiro Riquelme, que ya le había intervenido antes en el Hospital Alemán de Mirasierra. En aquella época este cirujano era algo conocido, como presidente del Colegio de Médicos, por sus opiniones clasistas, intransigentes y tan disparatadas que acabó siendo diputado con el partido de Fraga, el antiguo ministro de Franco. Era de trato áspero y distante, y siendo bastante bajito, era incapaz de no mirar por encima del hombro a todo el que le pusieran por delante. Tras la operación, me lo encontré por un pasillo. A mi padre aún no le habían llevado a la habitación o no le habían «subido a planta», como tanto les gusta decir a los que presumen de su mucha familiaridad con la rutina de los hospitales (que ya son ganas de presumir). Así que decidí abordar a Riquelme. Llevaba yo entonces una melena por debajo de los hombros, americanas verde guisante en las que asomaban libros de todos los bolsillos, camisas hawaianas, vaqueros y unos botines que no habrían desmerecido en cualquier reunión amistosa de rumberos catalanes. Le recordé quién era (de sobra me conocía) y, tras mirarme de arriba abajo, como hacía con todo el mundo, retrocedió complacido, con gesto de asombro, como si se hubiera encontrado por fin en presencia de lo que él se había inventado para sus discursos y entrevistas: su personaje de ficción más aplaudido, el joven disoluto, el echado a perder, el que estaba destruyendo a España. Me miró tan perplejo como se habría sentido Flaubert si le hubieran puesto cara a cara con Emma Bovary. Temí que intentara llevarme como ilustración para sus conferencias en anfiteatros, como enseñan los médicos a sus pacientes más pintorescos, o quizá que me propusiera fotografiarme medio desnudo en posturas sugerentes, como hacía Charcot con sus histéricas y esquizofrénicas más atractivas, o medirme el cráneo, las orejas y las mandíbulas, como Lombroso con sus criminales; pero en lugar de eso me dijo:

—Todo ha ido perfecto. Su corazón está mejor que nunca.

Sentí tanta alegría que Riquelme tuvo que impedir que le estrechara la mano, aunque logró transmitirle un agradecimiento del que todavía hoy me avergüenzo. Fui a la habitación y le dije a

mi madre que encargara champán para celebrarlo. Un pariente cardiólogo, el tío Miguel, que había estado con Riquelme en el quirófano, me miraba con estupor.

—He visto a Riquelme y me ha dicho que todo está bien —alegué.

—No es así, Rafael. Ha sufrido un infarto cerebral muy severo, tiene hemiplejía, con medio cuerpo paralizado, y daños graves en la cabeza —me informó el pariente cardiólogo, mirándome de arriba abajo, como su colega.

Recorrí pasillos y despachos, y conseguí interceptar a Riquelme, ya sin bata, esperando el ascensor para bajar al aparcamiento. Ya no le traté de usted cuando le pedí explicaciones.

—En lo que a mí respecta, la operación ha sido un éxito. En cuanto a su corazón, que es de lo que soy responsable. De lo demás no sé nada —declaró, como si hablara con una criatura inferior, y se metió en el ascensor.

Mientras se cerraban las puertas automáticas pude decir, con serenidad y sin levantar la voz:

—Que Dios te ampare, cabrón.

Me sentí indignado, pero también sorprendido al comprobar cuál era la catadura ética de los españoles de bien. Volví abatido a la habitación con la cama vacía que iba a ocupar mi padre y donde mi madre lloraba sentada en la silla más incómoda (que era la que siempre elegía ella en cualquier circunstancia) y el pariente cardiólogo, con traje y corbata, circunspecto, le ponía la mano en el hombro. Tenía en el anular una alianza de oro —que atestiguaba su condición de marido de la tía Mariví y su derecho a ser llamado tío Miguel— y en el puño de la camisa gemelos también de oro, lo mismo que el pasador de corbata y la estilográfica que asomaba de un bolsillo. Estaba esperando a que llegara yo para poder irse a su casa, así que en cuanto aparecí se levantó, me recomendó que mantuviera la calma y se despidió, no sin apoyar en mi hombro la misma mano fría y aurífera que había mantenido sobre mi indefensa madre. A mi padre iban a tardar todavía en subirlo a planta, así que nos fuimos a casa. Mi madre no quería descansar, no quería dormir, no quería cenar, no quería tomar nada y tampoco quería vivir.

—Era lo único que le daba miedo. Siempre lo decía. Prefería morirse —repetía una y otra vez.

A nosotros nunca nos había hablado de eso, solo mi madre sabía que el temor secreto de mi padre era quedarse tonto. Esa fue la expresión que uso mi madre: prefería morirse a «quedarse tonto». Recordé haber leído algo así en los diarios de Pavese: «siempre sucede lo más secretamente temido». También recordé la decisión de mi padre (y de los médicos) de desenchufar a Benitín cuando su espíritu liviano y elegante, y sus cien corbatas y sus veinte mocasines de Sebago, emigraron al reino vegetal.

—Lo importante es que está vivo, ya se recuperará —le decíamos todos a mamá, que negaba con la cabeza y seguía sentada en la misma incómoda y abnegada postura.

Se estableció en seguida una cadencia: mi madre se tranquilizaba, se sobreponía, y hablábamos de cualquier cosa, hasta que de pronto, como si acabara de acordarse, gemía en voz baja: «se ha quedado tonto», y rompía a llorar, se tranquilizaba otra vez, y vuelta a empezar. Nosotros la rodeábamos y entendíamos lo difícil que era para ella irse a la cama de matrimonio sola, mientras papá sufría solo lo que siempre había temido más en secreto. Mi madre, sin embargo, era una mujer con carácter, así que se convenció de que tenía que descansar para ir a ver a mi padre por la mañana.

Las primeras visitas en la Unidad de Cuidados Intensivos fueron desalentadoras. Estaba paralizado y no podía hablar, aunque intentó escribir algo con la mano derecha. La letra era infantil, irregular y casi ilegible, y que escribiera sin poder mirar al papel no ayudaba. Entre varios logramos descifrar una frase: «Me jodió el porteño», había escrito. Alguien recordó que el anestesista tenía acento argentino y comprendimos que tonto, lo que se dice tonto, no se había quedado. El pariente cardiólogo (o tío Miguel) nos dijo más tarde que la anestesia era la causa más probable del coágulo de sangre que se desplazó a través de un vaso arterial y causó un infarto en una zona extensa del cerebro. En aquel escrito, por otra parte, creímos reconocer el buen humor de mi padre y su inquebrantable voluntad de tomarse lo que viniera con alegría. En las operaciones de aquellos tiempos se partía el esternón —y alguna que otra costilla— para llegar al corazón y dejaban una cicatriz que atravesaba el tórax en vertical; mi padre ya tenía una de la primera operación, pero ahora, con la hemiplejía, la recuperación se volvió mucho más dolorosa y lenta, y tras ella vinieron muchas cosas que a todos nos enseñaron algo sobre nuestros padres y sobre nosotros mismos. Mi padre estaba inválido, no podía mover la parte derecha o, como él me dijo tiempo después, cuando pudo hablar y andar un poco, le parecía que con una mitad de su cuerpo tenía que llevar a cuestas a la otra mitad. Imaginé que me quería decir también, como Cervantes, que llevaba la vida sobre el deseo que tenía de vivir. Al final fue «subido a planta» y Benito y yo nos turnábamos para pasar con él noches en blanco, llevándole en brazos de la cama al sillón y del sillón a la cama, con un esfuerzo agotador. No se movía, hablaba poco y a veces sin demasiado sentido, pero seguía siendo la misma persona, el mismo de siempre, bastaba ver su mirada. Era lo que nosotros llamamos «mirada de enfermo», que no sé si la tienen todos o solo los enfermos de la familia: sin mover la cabeza, que tenía un poco inclinada hacia abajo, levantaba los ojos azulados hacia nosotros y sentíamos de inmediato que era él, papá, y que nos quería, y que se iba a poner bien. Era una mirada bondadosa, por eso seguía siendo el mismo de siempre.

Años después tuvimos que solicitar un funeral para nuestros padres y el sacerdote le preguntó a mi hermana Maite, encargada de aquella enojosa gestión, qué queríamos que dijera de ellos.

—Una sola cosa: que eran buenos, personas muy buenas —le respondió.

Luego nos preguntó si había hecho bien o se le había olvidado algo.

—Perfectamente: no hay nada más que decir —respondimos todos.

Veinte años después no hay feria del libro en la que no se acerque alguien a decirme, emocionado, que conoció a mi madre o a mi padre, y siempre me repiten lo mismo: era muy bueno, era muy buena.

También eran otras cosas, como todo el mundo: cultos, ingeniero o licenciada en Derecho, alegres o tristes, felices o infelices; pero su esencia era la bondad: lo que permanecía en aquella mirada de abajo arriba de mi padre enfermo.

Lo fueron con nosotros y con todos esos desconocidos que en una firma de libros se aproximan a mí solo para decirme: conocí a tu madre en Asturias, era muy buena persona; conocí a tu padre en Valencia, era muy buena persona.

Por eso, en la silla de ruedas, cuando no podía proyectar una obra, ni resolver una ecuación (estudió tres años de Exactas), la esencia de mi padre resplandecía aún más en sus ojos azules: era bueno, quería de verdad a los demás. Igual que mi madre, que tenía, con ojos oscuros y otoñales, la misma mirada intensa y bondadosa. De eso siempre estaremos orgullosos.

Volvió a casa en una silla de ruedas. Todos los días tenía que ir al hospital Gregorio Marañón a hacer ejercicios de rehabilitación. Era costumbre en aquella época que los médicos trabajaran en hospitales privados, como el de La Luz, y al mismo tiempo en públicos, a los que derivaban a los pacientes después de la operación. Llegar hasta allí era sencillo, enviaban una ambulancia que llegaba puntual al portal de casa por la mañana temprano. El regreso a casa, en cambio, era un infierno. No había horas asignadas para el transporte, sino un turno. Llegamos a esperar hasta tres horas, con mi padre agotado y nervioso, al borde de las lágrimas, en un pasillo de pesadilla en el que había todo tipo de amputados y paralizados, la mayoría en peor situación que mi padre y con dolores más agudos —no pocos con ambas piernas cortadas, o uno que no tenía ni piernas ni brazos, inmóvil y desesperado en un rincón como una planta decorativa o una gárgola amenazadora—. Había desmayos, comas repentinos, ataques de nervios y conatos de motines (sofocados con eficacia por guardias de seguridad, robustos celadores y algunas enfermeras decididas y oficiosas). Nosotros nos podíamos permitir llamar a un taxi preparado para transportar pacientes en silla de ruedas —eran unas furgonetas con rampa para subir al enfermo en su silla y anclarlo al suelo, a las que llamaban, no sé por qué «eurotaxis», como si en Europa los paralíticos abundaran más y se desplazaran siempre en taxi— y eso hicimos a partir del tercer

día, para que mi padre no añadiera penalidades innecesarias a las que ya padecía. Por eso afirmo que el dinero no solo tranquiliza, sino que allana los obstáculos y facilita las cosas.

Sufrió mucho y también nosotros, aunque yo durante poco tiempo, porque tenía que regresar a mi trabajo en Estados Unidos. El mes que pasé en Madrid me ayudó a imaginar las penalidades que cayeron sobre mi familia, mientras yo escribía cartas, llamaba por teléfono y sentía honda preocupación por ellos, pero seguía con mi vida apenas alterada.

Poco antes de mi regreso anticipado había acudido a la MLA, ese año en Washington, y cuando llegué me ofrecieron ir a dar charlas a algunas universidades, que era el paso siguiente para negociar un contrato. Y fui, en ningún momento me planteé cambiar mi vida y venirme a España. Y seguí con mi relación con Natalia, sin renunciar a las aventuras ocasionales que se me cruzaban por delante. La más inesperada, en el viaje a Washington, donde nos prestaron una casa y estuvimos juntos Liria (la mujer de Claudio) y Vicky (una madrileña muy joven casada con un italiano que se llamaba nada menos que Giovanni), que venían de Stony Brook, y yo, que iba desde Missouri y quedé con ellas en la puerta de la casa (propiedad de nuestra profesora de Stony Brook, Flora Klein-Andreu, nieta del inventor de las famosas pastillas para la tos, el doctor Andreu), donde cada uno disponíamos de una habitación. En mitad de la noche se abrió la puerta de la mía y apareció, vestida solo con unas bragas, Vicky, andando hacia mi cama como una sonámbula o muerta viviente. Hola, dijo. Hola, respondí como si aquella fuera una situación natural. ¿Puedo acostarme a tu lado?, preguntó. Aparté la sábana y la invité a tumbarse: sí, claro. ¿Ocurre algo?, pregunté cuando ya estuvo en la cama. No, nada, dijo. Ah, vale, dije. Le pasé una mano por el hombro y le acaricié la curva de la cadera. Ella estaba temblando. ¿Te encuentras bien?, le pregunté. Sí, sí, me aseguró. Le acaricié la espalda y seguía inmóvil, salvo por aquel temblor, que no era de frío —en aquella vivienda sobraba calefacción—, sino de miedo o de ansiedad o causado por los nervios. No parecía dispuesta a tocarme, pero esperaba impaciente que yo hiciera algo, lo que tuviera que hacer o lo que fuera costumbre, así que le dije: mira, puedes dormir aquí, si quieres, pero creo que es mejor que te vayas a tu cama. Sí, vale, respondió. Le di un beso en la mejilla, se levantó y se fue a su habitación con el mismo aspecto catatónico con el que había venido. A la mañana siguiente desayunamos juntos los tres, Liria, Vicky y yo, y nos fuimos andando al hotel donde tenían lugar las entrevistas de trabajo. Por la noche no hubo visita de Vicky y al día siguiente nos despedimos en el aeropuerto: ellas volvían a Nueva York y yo a Missouri. Cuando llegué llamó mi hermano, y adelanté mi vuelo de regreso. Volé a Nueva York y de allí, en el último avión que despegó en mitad de la tormenta de nieve, a Madrid.

Después de la operación de mi padre, en los difíciles días de la rehabilitación, un día le comenté a Natalia la inexplicable visita nocturna de Vicky. ¡Hay que fastidiarse con la mosquita muerta!, exclamó Natalia, y me explicó lo que le había sucedido a ella.

—Antes de aquel viaje vino un día a hablar conmigo, quería pedirme consejo. Ya sabes que es medio boba. Tú que tienes tanta experiencia, me dijo, y dejé pasar esa majadería por curiosidad, a ver por dónde salía. Me preguntó cuál era la forma infalible de que un hombre cayera en tus brazos. Los hombres, le respondí, son mecanismos simples: te metes en su cama y ya está. ¿Eso es todo?, me preguntó con asombro. Le aseguré que sí, que eso no fallaba.

—Pues falló —me reí yo.

—Ya me di cuenta de que no se trataba de su marido macarrónico, ese tal Giovanni, sino de otro tipo, así que no pregunté ni ella me dijo nada, pero ¿cómo puede pedirme consejo para tirarse a mi novio, la muy idiota? Parece el chiste del que va a comprar un revólver y le preguntan para qué lo quiere. Pues es para matar a su madre. Ah, muy bien, pero entonces ya no le puedo hacer descuento.

—Así que vino a mi cama teledirigida por ti. Ahora lo entiendo: más que un súcubo, parecía un robot. Como entrenadora de *geishas* y hetairas no tienes precio.

—¿Y tú por qué no te la tiraste, si nunca pones reparos?

—Por respeto a Giovanni —bromeé, puesto que ni yo mismo sabía la respuesta, igual que, desde la noche con la afligida Carolina, en la boda de Juan Blázquez, tampoco sabía por qué decía que sí a todo con tanta avidez.

Volvímos juntos a Nueva York Natalia y yo, y de allí me fui a Missouri a reanudar mi vida, aunque ligado por un hilo irrompible (nailon sería, o cuerda de escalada, o de acero, como la cuerda *mi* del violín) de cariño a lo que estaba sucediendo en casa de mis padres, al sufrimiento y el esfuerzo que hacían todos los demás: mi padre, mi madre y mis hermanos. Era consciente de que me había librado de gran parte de ese dolor, pero no me sentía culpable, lo que prueba, una vez más, que la inteligencia no sirve para tomar mejores decisiones, pero sí para encontrar justificaciones más convincentes para la decisión que más te convenga tomar. Cuando hablaba con mis hermanos, nunca les vi de mal humor, con quejas, impacientes o exasperados: todo iba bien, decían, aunque poco a poco; todo se iba arreglando.

Tiempo después recibí una llamada y no recuerdo qué hermano me informó —con neutralidad, sin dramatismo— de que papá estaba ingresado en el Gregorio Marañón, por un «episodio cardíaco leve», no tenía por qué preocuparme. Sin embargo, me dijeron, mamá también estaba ingresada en el mismo hospital, y tampoco era de gravedad, había tenido un accidente. En realidad, me aclararon, primero ingresó mamá. Al llevar de un lado a otro un pesado aguamanil de mármol, se había caído con el trasto en brazos, y la piedra le había arrancado dos dedos de la mano derecha, el anular y el meñique. Se los están intentando reimplantar, me dijeron con optimismo. Se llevaron a mamá en ambulancia, pero a los pocos minutos vino otro equipo de emergencias para llevarse a papá, que había sufrido una fuerte impresión. Todo se arreglaría, la situación estaba «bien encarrilada», me dijeron, utilizando una expresión característica del lenguaje familiar. Estas noticias me transmitieron la sensación de fatalidad y fealdad —si es que no son la misma cosa— que intentaba tomar asiento en nuestra casa. Casi daban ganas de creer en la Hipótesis de la Mudanza.

Mis padres estaban solos con Helena, la pequeña, que oyó un estrépito y corrió al dormitorio, donde encontró una situación difícil: mamá tumbada al pie de la cama sobre un charco de sangre y papá, muy nervioso, que lloraba acostado e inmóvil. Lo primero que hizo Helena, la pequeña, fue darle la vuelta a papá, para que no tuviera que ver, sin poder hacer nada, a mamá en el suelo. Luego llamó a Urgencias y recibió instrucciones: buscó una servilleta de tela limpia, recogió los dedos seccionados, hizo un nudo y lo puso en una caja con hielo —¡la pequeña!—, y con otra servilleta vendó la mano, sobre la que hizo presión, mientras mamá empalidecía y papá lloraba de cara a la pared. Todo eso hizo, la pequeña, que había dejado de serlo hacía mucho tiempo (aunque yo no me hubiera dado cuenta). Cuando llegaron los de Urgencias, Helena les entregó el triste paquete, y evacuaron a mi madre, y desde allí mismo pidieron por radio una ambulancia y

un desfibrilador para mi padre. Me di cuenta de que era yo el que se iba sintiendo cada vez más «descarrilado». A mi madre le reimplantaron los dos dedos, pero uno se gangrenó y tuvieron que amputárselo otra vez. La siguiente llamada, una semana después, me confirmó que en casa la respuesta iba a ser siempre la misma ante cualquier desventura: bondad y alegría.

—¿Cómo están? —pregunté nada más descolgar y reconocer la voz de Maite.

—Tranquilo, están muy bien. Papá ya está normal y mamá también. Un dedo, el anular, ha quedado más o menos; y el meñique lo han vuelto a amputar. Unos días más de hospital. Todo va bien encarrilado.

—¿Y de ánimo?

—Pesadísimos. Parecen novios. Tienen citas. Mamá está en la segunda planta y papá en la cuarta, y se llaman todo el rato, como dos tortolitos. Les ha dado por quedar dos veces al día entre las dos plantas, en la tercera. Papá se pone el batín nuevo y se baña en agua de colonia, y mamá lo mismo. A papá lo bajamos en ascensor y mamá sube andando. Luego hay que dejarles solos, porque al parecer tienen mucho que decirse, y se cogen de la mano, amartelados, y cantan canciones, y así todos los días. Inaguantable, te lo digo de verdad.

Y los dos nos reíamos, casi con lágrimas, recreando por teléfono aquel noviazgo tardío, ese amor intempestivo, en un pasillo de hospital, con vendas y ternura, con sondas y caricias, con memoria y esperanza.

Así nos habían educado: para ser felices, para encontrar algo con lo que reírnos y para defender la alegría.

Sé sin ninguna duda qué canción cantaban juntos entre dos plantas de hospital, no puede ser otra, su canción favorita (y la mía), que tantas veces les oí cantar a dúo, transfigurados en Lucha Villa y José Alfredo Jiménez:

*¿Me invitas una copa o te la invito?
Tenemos que charlar de nuestras cosas.
No vamos a llegar a emborracharnos,
no más nos tomaremos cuatro copas.*

Procuro no oírla, salvo que esté a solas: no quiero que nadie me vea llorar. Como decía Vallejo entre paréntesis: (Perdonen la tristeza).

Cada vez que colgaba el teléfono, veía el rostro de mi padre dormido en un sillón, con su barba blanca y su noble cabeza senatorial, y recordaba otros versos de César Vallejo:

*Mi padre duerme. Su semblante augusto
figura un apacible corazón;
está ahora tan dulce...
si hay algo en él de amargo, seré yo.*

Tras esta llamada, viajé en un avión de hélice a Portland, Maine, donde me habían reservado un coche de alquiler para llegar, no sin perderme varias veces por el camino, a un hotel en Waterville. A la mañana siguiente vino a buscarme una profesora de Colby College, Allison, una irlandesa simpática y animosa, con la que desayuné y a la que invité a acompañarme a la habitación para que yo pudiera ponerme la corbata y preparar mis papeles. Lo que hicimos, sin embargo, fue tomarnos tres vasos de Jameson cada uno, para ir a dar la conferencia en plena forma. Hablé de un capítulo de mi tesis en una charla que se llamaba «Una invención y un descubrimiento». Ambos se produjeron en 1905, cuando el doctor Freud inventó en Viena, en su despacho de Bergasse 19, el orgasmo vaginal, mientras los doctores Schaudinn y Hoffmann descubrieron en Berlín, en el Charité-Universitätsmedizin, el *Treponema pallidum* (que mi bisabuelo recibió, cuando aún no había sido descubierto, de Fortunata o de Mauricia la Dura en la plaza Mayor de Madrid). Antes de esa fecha nadie había creído jamás que existiera un orgasmo femenino que no fuera clitoridiano y nadie sabía con certeza qué causaba la sífilis. La construcción de Freud con respecto a la mujer —«esas criaturas sin pene» («*diese kleinen Wesen ohne Penis*») y sin complejo de Edipo— me servía para explicar la novela decimonónica con tanta elegancia como la enfermedad legendaria que las prostitutas de clase obrera propagaban en los círculos burgueses. La pseudociencia y la ciencia, Freud y Schaudinn, provocaron un acalorado debate entre el público. Cuando nos fuimos a comer con el decano, tenía la certeza de que me iban a ofrecer el puesto.

Volví a Missouri y llegó el día de la lectura de mi tesis, en Stony Brook, donde pasé cuatro o cinco días con Natalia, que ya llevaba la suya muy avanzada. Cenamos con mi directora de tesis (que era también la suya), Lou Charnon-Deutsch, y su marido, Dale Deutsch, visité a los amigos y disfruté de la contemplación del agua de la bahía congelada en la orilla. Mi trabajo analizaba la representación de la prostituta y la adúltera en la novela del XIX y, creo que con acierto, lo titulé *Mujeres por entregas*. Una vez doctor, me tomé un *whisky* en Port Jefferson a solas, y luego fui a casa a hacer una llamada, también a solas, antes de invitar a comer a Natalia, Lou, Dale y los miembros del tribunal en un restaurante portugués.

Durante aquellos años mi vida era muy sana: madrugaba mucho, corría una hora y media, fumaba sin parar, bebía una botella de *whisky* al día, leía dos libros también cada día, comía poco y cualquier cosa, escribía mucho y me acostaba con alguien unas cinco veces a la semana. Leía el periódico solo de vez en cuando y estaba suscrito a la *New York Review of Books*. Mi contacto con la actualidad era el mínimo posible, incluso con la actualidad literaria, porque siempre estaba ocupado con latinos o griegos, con franceses del XVIII o con ingleses del XIX, con Galdós o con Valera. Me relacionaba con personas parecidas que tenían sus propios intereses, así que nunca se buscaba un asunto de común conocimiento —el mínimo común múltiplo, lo más trivial que

pueda ser compartido, lo que desemboca fatalmente en hablar de fútbol o del tiempo, de la igualdad de género o de la dieta vegetariana—, sino que cada uno intentaba aprender algo de lo que sabían los demás —preferíamos, por así decir, el máximo común divisor, lo más interesante que cada uno pudiera compartir con los demás—: así aprendí bastante de Lacan (de Baxter, el psiquiatra), de Perón (del argentino Claudio), de la toma de Constantinopla (y también de las cruzadas, de Natalia, que estuvo leyendo a Runciman), de los teoremas de Gödel (de Rapaport) ..., de lo que les interesaba a mis amigos y conocidos, a los que a mi vez espero haberles entregado algo de interés. Seguí esta dieta saludable durante diez o doce años, en Estados Unidos y en España, hasta que tuve que trabajar en empresas y dejé de correr por las mañanas, y aunque fumaba y bebía lo mismo, lo hacía por motivos diferentes y con compañías distintas, y casi siempre por aburrimiento (que es lo que más daño hace a la salud). Dejé de estar rodeado de personas con intereses propios y las conversaciones pasaron a ser todas de mínimo común múltiplo. Recordaba entonces lo que contó Marilyn Monroe de su encuentro, años después, con su amiga Grace Kelly, ya convertida en princesa de Mónaco. Le preguntó cómo era esa gran vida con Rainiero. Es muy difícil para mí, muy aburrida, respondió Grace, no estoy acostumbrada: yo siempre he estado con hombres que tenían algo que hacer. Como directivo en una empresa, tiempo después, me sentí igual que Grace como princesa: rodeado de personas que no tenían nada que decir ni nada que hacer. Y así caí en lo más bajo: empecé a leer la prensa a diario (y años después fui jefe de Opinión en un periódico, *Público*, cuando los periódicos todavía eran de papel). Pero todo eso pertenece a otra vida y debe ser contado en otra parte.

Cuando viví en Long Island creo que el presidente era Clinton, del que nada sabía, salvo que una amiga mía, Luisa, ponía la radio —nadie tenía tele entonces y yo sigo sin ella— para oír su voz, porque aseguraba que oírle hablar la ponía muy caliente. Cuanto más oía a Bill Clinton, más le daba la razón: esa voz nasal, como de catarro o siesta prolongada, tenía mucho encanto. Luisa me contaba sus extraordinarias fantasías sexuales con Clinton, o más bien con la voz de Clinton, que según ella era igual que la de un revisor del tren a Nueva York (que ella cogía a diario para trabajar en la ONU). Un día, durante ese viaje en el chirriante y desvencijado Amtrak, de pronto oí a mis espaldas el habitual aviso: «*Change at Huntington*». ¡Era el célebre Bill Clinton! Y resultó ser un revisor gordo, sudoroso y con unas patillas de militar del XIX. Bajé en Huntington a esperar el tren a Penn Station y comprendí la excitación de Luisa, adormilada en el asiento, con los ojos cerrados, al oír de pronto al presidente de los Estados Unidos susurrando obscenidades a sus espaldas. Años después, en otra vida, una revista me pidió un relato erótico y escribí sobre un encuentro en un tren entre Luisa y Bill Clinton. Pues bien: salvo Clinton, no recuerdo a ningún otro presidente, vivía de espaldas a la actualidad (siempre enemiga de la cultura). Todo esto (la dieta sana, correr por las mañanas, el tabaco, el *whisky*, la lectura, las personas con asuntos propios, las conversaciones de máximo común divisor, etc.) sigue a mi alcance todavía, pero echo de menos la ausencia de internet y de teléfono móvil: he sido mucho más feliz sin ambas cosas, desconectado, y las detesto, pero no soy capaz de prescindir de ellas.

En aquellos tiempos, una llamada internacional era una cosa seria y cara. Yo llamaba a casa, a España, una vez a la semana, en un día y hora fijados de antemano. Si sonaba el teléfono, me sobresaltaba: en general solo se utilizaba para dar malas noticias. Consideré que el grado de doctor merecía el riesgo de asustar a mi familia, así que llamé, a solas, convencido de que a mis

padres les haría mucha más ilusión que a mí (aunque mi padre tenía un doctorado en ingeniería, así que tampoco esperaba que le impresionara demasiado).

—No pasa nada, tranquilos —saludé de la forma habitual al llamarnos por teléfono, que era ya como un santo y seña entre nosotros—. Nada, solo que eso del doctorado ya está, ha salido todo bien.

—Ah, muy bien, enhorabuena, te paso a mamá.

Pero se puso mi padre, emocionado. La buena noticia era que mi padre ya hablaba bastante bien, aunque todavía no mostraba la agilidad mental que siempre había tenido. La mala noticia fue la emoción excesiva, a la que los médicos le dieron pronto un nombre: «labilidad emocional». Cuanto más recuperaba la capacidad intelectual, más se manifestaba la reacción emocional desproporcionada. Todo le conmovía hasta la médula. La muerte de un presentador de la tele le arrancaba lágrimas y podía estar una semana buscando la forma de ayudar a un vecino al que hubieran mandado a la mili. No era nada extraño a su naturaleza: siempre había soportado mejor su propio sufrimiento que el de los demás. Lo llamativo era la escala a la que se producía su reacción.

Mi madre me felicitó, me tranquilizó, afirmó que todo iba bien, y me preguntó por mis entrevistas de trabajo.

—No se sabe nada, eso lleva tiempo, pero van saliendo bien —le dije.

Estoy seguro de que ella, como siempre, adivinó lo que me callaba: que tenía la certeza de que me harían una oferta en Maine. Y también adivinó más: que iba a aceptarla.

Mi madre nunca dejaba de decir lo que pensaba, pero tampoco juzgaba a nadie. Tenía una inteligencia tan aguda que era capaz de ponerte frente a tus contradicciones, sin juzgarte, y además transmitiéndote siempre su apoyo incondicional: ella te proponía otra opción, pero te garantizaba que, decidieras lo que decidieras, también estaba dispuesta a equivocarse a tu lado.

Los dos se parecían mucho en eso, pero ahora quizá pienso que mi padre intentaba compartir el dolor de los demás, mientras que mi madre, además del dolor, también intentaba compartir los errores de los demás. Mi padre siempre fue compasivo, sentía como propio el padecimiento de otros; mi madre era además capaz de sentir como propia la equivocación de otros. Se complementaban. Ambos tenían una visión parecida. Mi padre creía necesario sentir el dolor ajeno como si fuera parte del suyo, es decir, como si el dolor fuera un mismo destino compartido entre todos. Mi madre iba un poco más allá: abrazaba, además del sufrimiento, el error de los demás, sentía como propias las equivocaciones de los otros. Para ella, el error era nuestra patria común.

Hablábamos poco por teléfono —¡es conferencia!, aún pensábamos así—, pero mi madre nunca se olvidaba de nada que me pudiera interesar, así que preguntó:

—¿Cómo va tu O.M.? —En casa todos hablaban en broma y con cariño de mi obra maestra.

—Solo me queda pasarla a limpio —solía y suele ser mi respuesta o, si no: ya tengo el título, solo me falta rellenarlo.

Había pasado una larga temporada trabajando en la tesis, aunque no había dejado de tomar notas para mi O.M., ni de «acumular material», con la esperanza de que esos folios a máquina pusieran en funcionamiento la correspondiente glándula, que hasta entonces, en mis dos primeras novelas, había permanecido inactiva.

Hice pocos pero buenos amigos en Columbia, entre ellos Michael Ugarte, el gran especialista en literatura del exilio español. A Ugarte, lo conocí en la biblioteca, cuando estiré la mano hacia un libro y me encontré de pronto con alguien que se me adelantaba. Ambos nos disculpamos, cediéndole el libro al otro. Era el *Pistol & Revolver Handbook* de Lyman. Insistí: llévatelo tú, en realidad yo lo quería para una novela. Lo cierto es que habría sido un disparate pensar que Ugarte, con su aspecto de sabio chiflado y divertido, pudiera utilizar un manual de armas para ninguna otra cosa. ¡Yo también!, me dijo entusiasmado y en español, y nos fuimos a tomar un *whisky*, dejando el libro en la estantería, ya como amigos instantáneos. Michael sí, pero yo no estaba escribiendo una novela policíaca —ni de ningún otro género—, solo «acumulaba material», entre otras cosas dispares sobre un comisario Torrecilla que necesitaba llevar un arma. En cualquier caso, como no sabía qué iba a pasar en mi O.M., me parecía prudente ir entregándoles revólveres, machetes, cachiporras y navajas suizas a los personajes (a medida que se me fueran ocurriendo personajes), para que pudieran defenderse de la enrevesada trama argumental que en cualquier momento iba a caerles encima. Por eso necesitaba contar con un buen catálogo de armas de fuego de diferentes calibres, pero renuncié a él a cambio de un gran amigo. Su mujer Kathleen enseñaba literatura catalana en otra universidad lejana, así que Ugarte y yo íbamos juntos al cine y a beber, a veces con su hija Molly, y nos pasábamos libros el uno al otro como si fueran piedras preciosas. Natalia, liberada de cursos de doctorado y de carga lectiva, venía a pasar largas temporadas a Columbia, donde teníamos en casa un pequeño despacho que utilizábamos por turnos. Yo me levantaba, como de costumbre, a las cinco de la mañana, justo cuando ella terminaba de trabajar y se iba a la cama, que compartíamos solo a la hora de la siesta. A veces íbamos a Saint Louis o a Kansas City, pero sobre todo nos gustaba un merendero que había a pocos kilómetros, en la ribera del magnífico río Missouri, de aguas a veces de plomo y a veces de barro.

En la universidad vi un día humo saliendo por debajo de la puerta del despacho contiguo al mío y llamé con los nudillos. ¡Un momento, un momento!, me dijo alguien. Al cabo de un rato abrió. Me presenté al profesor de literatura francesa, James Stevens, un hombre de unos sesenta años, amable, con barba blanca bien recortada y unos ojos acuosos tras unas gafas con cristales de culo de vaso; vestía de traje, sin corbata, como si fuera un detenido, y no sé por qué me recordaba a un Humbert Humbert varado en aquella universidad del Medio Oeste —ese mar interior norteamericano, como lo llama Thomas Pynchon—, ocultándose de la policía y expiando en silencio pecados de los que nunca logrará sin embargo arrepentirse del todo. En la mesa tenía abierto un libro antiguo encuadernado en piel y sobre él se movía la cortina de la ventana recién abierta. Yo también fumo en el despacho, James, pero abro la ventana mientras estoy fumando, no cuando llaman a la puerta, porque entonces ya es demasiado tarde, le dije, y añadí sonriente:

salía humo por debajo. Me preguntó si acaso mi osadía juvenil me empujaba también a beber en el despacho. Tengo una botella de Jameson, confesé. Excelente licor, dijo, y abrió un archivador en el que había un vaso lleno de *whisky* a medias y otros dos vacíos. Llenó uno de la botella de Johnnie Walker que también tenía archivada y me lo ofreció. Toma asiento, dijo. Fumamos y bebimos juntos. Miré el libro abierto y leí el principio de un poema:

*Il est des jours abjects où, séduits par la joie
Sans honneur,
Les peuples au succès se livrent, triste proie
Du bonheur.^[3]*

—*Les châtiments*, ¿verdad? —dije.

Alzó las cejas, sorprendido.

—Cierto. Hugo siempre hace compañía, aunque con demasiado énfasis, como si fuera un pariente de tu mujer.

—Es curioso que la felicidad atrape una presa o un botín de guerra.

—¿Curioso? ¿No es inevitable? ¿No hace presa en nosotros la felicidad?

—Triste presa entonces, sí, igual que la de toda victoria.

Como tantos hombres resignados al abatimiento, James era muy gracioso, aunque de pocas palabras. El rito diario de pasar una hora, en su despacho o en el mío, bebiendo y fumando a escondidas —graves delitos en aquel pacato país—, se convirtió en uno de los mejores ratos de mi vida académica. Mis dos amigos, Michael, al que solía llamar Ugarte, y James, al que acabé llamando Jim, eran en el fondo parecidos, salvo que, mientras Ugarte era un entusiasta, Jim era un desalentado, el hombre que preferiría no hacerlo, como Bartleby. Ugarte repartía por el campus folletos en contra de la CIA, iba cada poco a encadenarse a las puertas de la Casa Blanca en defensa de alguna república caribeña, fumaba algún porro con los estudiantes (que le adoraban), bebía té y comía especialidades camboyanas o somalíes, daba botes en conciertos de *rock* y agitaba su melena blanca, que flameaba como una bandera de rebeldía, por cinestudios, coloquios contra la tortura, recitales de poesía del Kurdistán o sentadas a la puerta de un hogar del que fueran a ser desalojados inmigrantes mexicanos. Jim en cambio apenas salía de aquel despacho en el que bebía *whisky* y leía poesía francesa, y si lo hacía, nadie conseguía reconocerle, como si caminara de perfil; sus estudiantes le rehuían (cosa que él agradecía mucho). Si poseía una casa, un ser querido o una familia, parecía tener aún menos prisa que Odiseo por volver. Las pocas veces que acudía a un acto académico, solo bebía zumos y contestaba a cualquier pregunta con deliberada incoherencia, lo que disuadía muy pronto a todo interlocutor. Alguna vez, en presencia de una estudiante muy joven, le vi apretar los labios y llevarse una mano al pecho, como si tuviera allí un crucifijo al que encomendarse o pedir ayuda, o como si sufriera de *angor pectoris*, y eso me hizo pensar que le atormentaba algún pasado tal vez siniestro, pero con el tiempo abandoné esa idea tan novelesca (sobre todo cuando me contó que él era de Idaho y había aprendido francés en un curso por correspondencia) y llegué a la conclusión de que lo más probable es que Jim hubiera sido así desde pequeño. A mí, tanto Jim como Ugarte me hicieron la vida más alegre en Columbia, y a menudo los echo de menos.

Tal y como preveía me ofrecieron un contrato en Colby College, Waterville, Maine; y tal y como mi madre sabía, lo firmé sin pestañear. Me entregué a la victoria, triste presa de la

felicidad. En cuanto acabó el curso, volé a Madrid.

Aunque solo trayectos muy cortos, mi padre andaba con ayuda de un bastón y lo que llaman los fisioterapeutas «el paso del sembrador», describiendo un semicírculo para avanzar la pierna inútil y moviendo en derredor la mano como si esparciera a voleo semillas de trigo. El brazo izquierdo seguía inmóvil y en cabestrillo, y estaba muy delgado y algo demacrado, pero de buen humor. Mi madre tenía un aspecto estupendo, aunque un poco triste, y escondía demasiado la mano con el dedo amputado. Teníamos una silla de ruedas en la que, según es costumbre en las salas de rehabilitación, una de mis hermanas había escrito en grandes letras con rotulador permanente: «RAFAEL». Hasta en eso los hospitales se parecen a las guarderías: hay que llevar todas tus pertenencias marcadas con tu nombre, te tutean y te hablan como se habla a los niños, abusando de la primera persona del plural y de los diminutivos: nos vamos a tomar esta pastillita y luego descansamos otro ratito, etc. Íbamos desde casa con la silla hasta la plaza de Olavide a cenar tortilla de patatas y ensalada en una terraza o a tomar un *whisky* a media tarde, y lo pasábamos muy bien, como siempre. Nuestro trabajo, al que yo me incorporé —con la excelente disposición del que sabe que no es más que un empleo temporal—, consistía en el cuidado de mi padre (llevarle a rehabilitación, bañarle, moverle, vestirle, ayudarle a comer, entretenerle, etc.), en el cuidado de mi madre (hablar con ella, pasar tiempo a su lado, proponerle cosas que hacer fuera de casa, etc.) y en separarlos a ambos, para lo que era indispensable vencer la tenaz resistencia de mi madre. No quería apartarse de él bajo ningún concepto y consideraba que irse con alguno de nosotros a un concierto, de compras o a tomar algo era una deserción.

Una mañana bajé a mi padre con la silla en el ascensor, salvamos la salida del portal y la escalera de bajada y ganamos por fin la acera, con el inocente objetivo de acercarnos a la plaza de Olavide a tomar el aperitivo. Dimos la vuelta entera a la manzana, pero en cada una de las cuatro esquinas había aparcados dos coches taponando la salida. Quizá podía pasar una persona andando de medio lado entre los parachoques casi tocantes, tal vez incluso con una maleta o un carrito de la compra —siempre que la persona fuera capaz de izarlo a pulso por encima de su cintura—, pero de ningún modo una silla de ruedas. Dimos dos vueltas a la manzana y la situación no cambiaba, así que tuve que admitir que estábamos capturados, encerrados por una muralla de vehículos, sin escapatoria posible; y tuve que volver a subir a mi padre a casa, sin el rato en la plaza que tanto le agradaba. Para mí, tras años fuera, la malévola estupidez y la chulería de los conductores españoles eran sorprendentes (y lo siguen siendo), pero ese no era el único obstáculo que, en la situación de mis padres, presentaba la vida en una ciudad tan hostil y provinciana como Madrid; también estaban los trámites engorrosos, la incomodidad generalizada que los nativos soportaban con espíritu deportivo o quizá de sacrificio, la brutalidad de los modales o el deterioro imparable de cualquier espacio público. Hablé con mis hermanos y ellos, como confiaba, ya tenían el asunto «encarrilado»: estaban buscando una vivienda en una planta

baja, en un pequeño lugar habitable y cómodo, a ser posible con un patio o un jardín, cerca del mar y con clima benigno, para que papá y mamá pudieran vivir sin dificultades añadidas. No podía ser en otro sitio: la Operación Valencia era una idea excelente. Aunque ninguno lo mencionamos, quizá intentábamos conjurar con otra mudanza la fatalidad que habría caído sobre nosotros a causa de la Teoría de la Mudanza.

Hacia el final de aquel verano quedé con mis amigos del ajedrez en la terraza de Olavide, donde se presentaron con los niños, que eran lo que cabía esperar de sus progenitores: déspotas, pusilánimes y muy ruidosos. El mayor de Ostolaza vino disfrazado de Spiderman y el hijo de Macarena y Leandro Hogazo trajo consigo —utilizando a sus padres como transportistas— un camión de bomberos, un coche de policía y una ambulancia, todos provistos de sirenas. No sin petulancia, pedí vodka helado. Ellos bebían cubatas de *whisky* o de ron (los caballeros) y botellines (las señoras). Ostolaza me preguntó si seguía jugando al ajedrez. Le dije que sí, aunque menos que antes. Ostolaza y yo habíamos empezado a jugar juntos en el club Al Paso. Competíamos en tercera regional y, durante la temporada de liga, íbamos cada domingo al almacén sin calefacción, si nos tocaba en casa, o a la sede del adversario, que podía estar en cualquier punto de la comunidad de Madrid. Éramos cinco tableros y jugábamos en polideportivos, hogares de mayores, naves industriales, colegios, centros de juventud, sótanos en la junta de distrito, locales comerciales desocupados y en alguna ocasión en la sede de la ONCE, contra los temibles ciegos, que nos ganaban siempre a todos sin piedad, visto y no visto. El gran Ostolaza me contó que ahora jugaba en segunda y que había alcanzado un ELO de casi 1900, siempre en defensa de los colores del club Al Paso que habíamos fundado en la Autónoma, aunque tenía su sede en un almacén de cristalería de la calle Apodaca. Yo, en los años en que competí, jamás pasé de 1400 (y por ahí sigo, ahora que he vuelto a jugar en el Colmenarejo Chess Club). Ostolaza era ya director de un concesionario de Mercedes Benz y no echaba de menos los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso. Su mujer, Nati, había encontrado un empleo a tiempo parcial en una juguetería, lo que les permitía vivir con algo más de desahogo. Jaime Escalona seguía en el almacén, aunque en un puesto más alto, y vivía con Carmen (¡qué suave era la piel del interior de sus muslos!) en la misma ciudad dormitorio de las afueras (de Guadalajara sería), pero ahora, gracias al gran Ostolaza, habían conseguido un vehículo propio —que pagarían durante los próximos quince años— con el que, según dijeron con alegría, «nos plantamos en el centro en menos de dos horas». Macarena se había convertido en una filóloga casi profesional, daba clases en la Autónoma, y como los auténticos filólogos, de cualquier lectura era capaz de sacar conclusiones y teorías, pero ni la más pequeña alegría. Continuaba con su tesis, aunque, tras el embarazo y ahora con el niño, no sabía cuándo podría terminarla. Leandro Hogazo, el profesor titular, afirmó que un hijo era más importante que cualquier doctorado.

Spiderman intentaba sin éxito utilizar sus superpoderes para trepar a una acacia, pero a juzgar por los porrazos que se pegaba, las pilas de las ventosas empezaban a fallar; y su hermana pequeña, sentada en el suelo, jugaba a meterse puñados de arena en las bragas, mientras el hijo de Hogazo y Macarena hacía girar alrededor de ella todo su parque móvil con las sirenas

encendidas. Nati abrió una mochila de la que empezó a sacar zumos y bocadillos envueltos en papel de plata. Ostolaza llamó a los niños y les fue repartido a cada uno un bocadillo y un zumo en un pequeño tetrabrik con una pajita adherida. Los mayores pedimos otra ronda. Brindamos por el gordo Tomás, que ahora, una vez muerto, se había convertido en una gran persona, hasta el punto de que hubo gestos de dolor, ojos humedecidos y algunos brindis en vocativo: ¡Qué falta nos haces, Tomás! ¡Siempre tuviste un corazón demasiado grande, Tomás! ¡Dondequiera que estés, Tomás, aquí te seguimos queriendo!

Cuando nos despedimos, tras cuatro rondas, nos juramentamos para vernos muy a menudo durante el verano y nos intercambiamos los teléfonos para mantenernos en contacto permanente. Así de borrachos estábamos.

Esa noche, en la cama, sin pensar en lo que hacía, llamé a Carmen y la cité para el día siguiente a las ocho en el Café de Ruiz, que fue uno de esos nuevos cafés antiguos que se pusieron de moda en los ochenta y que entonces ya empezaba a ser un viejo café.

Carmen, mi Carmen, ese espejismo que reverberaba en mi recuerdo, llegó a las ocho y diez, con gesto de alarma, y antes de tomar asiento me preguntó qué había ocurrido. Nada, dije, solo quería verte. Llevaba tacones, ella sabría por qué. ¿Para qué quieres verme?, preguntó. Siéntate, le sugerí, podemos charlar un rato. Se sentó, pero me dijo: tengo poco tiempo, mañana nos vamos a Cuenca de vacaciones. Tomé otro *whisky* y ella un tercio de Mahou. Parecía tensa, de malhumor, como si mi compañía le impacientara, lo que yo atribuí a que, bajo las cenizas apagadas de nuestra antigua historia, latía un ascua encendida, y tuve el presentimiento de que, antes de que emprendiera el viaje a la provincia de Cuenca, esa misma tarde, acabaríamos en la cama. Para eso se había puesto los tacones, pensé. Se tenía que ir, me aseguró. Le pregunté cómo pensaba llegar a esas afueras tuyas y me dijo que tenía que coger un autobús en Moncloa. Le propuse acompañarla dando un paseo. Como quieras, dijo, fingiendo indiferencia, pero vamos yendo. Me llevó a galope tendido hasta que, en los soportales de la calle Princesa, se detuvo para sacar un cigarrillo del bolso, como si tuviera intención de fumar antes de meterse en el autobús que la llevaría a ese descampado en el que la obligaba a vivir el egoísmo de Jaime Escalona, pero no era más que una artimaña: lo que esperaba era que yo diera el primer paso. Así que me acerqué como si fuera a darle fuego y la besé. También la abracé y le levanté con una mano la falda por detrás, para tocarle el culo. Puede que le bajara un poco las bragas. Ella fingió que se resistía, pero no hice caso; como se suele decir, entre el sí y el no de una mujer no cabe la punta de un alfiler. Entonces perdió los nervios: empezó a darme puñetazos en la cara. Me hizo daño. Me aparté de ella. Tal vez el miedo encoja el corazón, pero agranda todo lo que se acerca al que lo siente: sus ojos eran como faros en llamas; su boca, deformada por el espanto, era un cráter; por el que empezaron a salir venablos. Siempre has sido un enfermo, afirmó. Añadió que no me iba a denunciar, con tal de no volver a verme en la vida. Me disculpé. La vi marcharse hacia la parada, casi corriendo, aunque había logrado encender el cigarrillo y de su cabeza salía un humo espeso y furioso. Aún recuerdo cómo retumbaban sus tacones en la acera, rumbo al autobús — desde el que debió de ver mis ojos espantados— que la alejó para siempre de mi vida.

Sentí pena de mí mismo; una pena de tamaño modesto y peso insoportable, pena sin resplandor, acurrucada en un rincón, pena sencilla, incolora, personal e intransferible. En ese momento comprendí al gordo Tomás: ya estaba a la misma distancia que él de la desesperación.

¿A partir de qué edad empieza uno a echarse de menos a sí mismo? A mí me pasó entonces y me daba vergüenza volver a casa de mis padres. Solo lo hice cuando calculé que ya estarían dormidos. «¡Qué pérdida mi alma!», me dije a mí mismo, y luego recité en voz baja los versos que venían a continuación:

—*Ángel muerto, despierta.
¿Dónde estás? Ilumina
con tu rayo el retorno.*^[4]

Así, con la absolución de mis hermanos, volví a cruzar el Atlántico para instalarme en Waterville como profesor del prestigioso Colby College, donde estudiaban los hijos de los ricos y poderosos. La universidad, de estilo arquitectónico imitando el georgiano, ocupaba la cima de una colina, Mayflower Hill, por encima de la pequeña población de Waterville, que para mí —aficionado a los sucesos— entonces solo era el lugar donde hacía unos meses un individuo (Mr. Bechard, de treinta y siete años, según *The New York Times*) con problemas mentales había asesinado a dos monjas y herido a otras dos, utilizando como armas una navaja, una estatua de la virgen y el bastón de una de las víctimas. Matar monjas golpeándolas con una virgen de alabastro me pareció una idea digna de consideración y máximo respeto. La colina era como una campana de cristal de la que los estudiantes nunca se atrevían a salir, sobre todo a Waterville, un pueblo muy pobre, si bien rodeado de unas afueras ricas, y en el que había bares peligrosos, con baile y concursos de Miss Camiseta Mojada los jueves, y competiciones nocturnas de derrapajes con camionetas (*pickup trucks* por supuesto) en los aparcamientos. Mi amigo Aitor, compañero de departamento, y yo éramos los únicos profesores que íbamos a tomar copas al pueblo. En Colby cobraba un buen sueldo y me compré un aparatoso Buick de segunda mano. Al matricularlo, me preguntó amablemente una funcionaria de tráfico:

—*Lobster or duck?*

Entendí las palabras, pero tardé un rato en comprender que tenía que elegir si en la matrícula prefería el dibujo de un pato o el de una langosta. Elegí langosta, claro está, y me pareció un ejemplo luminoso de lo que el capitalismo entiende por libertad de elección.

Con más dinero que de costumbre, seguí viviendo sin otro mobiliario en casa que una mesa y cuatro sillas, y un colchón individual en el suelo. Ni siquiera tenía estanterías, sino que apilaba los libros contra la pared. Ahorraba bastante, por primera vez en mi vida, sin saber para qué lo hacía. La primera llamada que recibí, en cuanto tuve instalado un teléfono, fue de Vicky, que daba clases en Bowdoin College, en Brunswick, a poco más de una hora por la I-95. ¿Quién le había dado mi teléfono? Natalia, quién si no. Quería venir a visitarme. Le pregunté por Giovanni, su marido, y me respondió que prefería venir sola. Si vienes, le dije, acabaremos acostándonos, pero no quiero tener una relación contigo. Me dijo que no iba a pasar nada e insistió en venir. Cuando llegué, yo estaba haciendo una tortilla de patatas mientras bebía un *whisky*. Ella pidió una cerveza. Saqué las patatas y la cebolla de la sartén y las metí en un bol con el huevo batido, y entonces me abrazó por detrás. La cocina era pequeña, así que follamos en el suelo del salón, que tenía moqueta. Dos veces. Me senté en una silla para encender un cigarrillo y la vi tendida en el suelo, a mis pies, desnuda, como si se hubiera dormido, y me recordó a la estatua del Círculo de Bellas Artes; y yo me vi, sentado en aquella habitación casi vacía, también desnudo, como uno de los borrosos autorretratos de Francis Bacon. No estaba dormida: cuajé la tortilla y nos la

comimos, tomamos café y unos *whiskies*, pasamos un día muy agradable y Vicky se fue por donde había venido, la I-95 en dirección sur, hacia su marido italiano y el resto de su vida, que entonces pensaba yo que no iba a volver a cruzarse con la mía.

Me equivocaba. Años después, en otra vida, cuando ya era un padre de familia, encontré trabajo en la sede madrileña de una universidad americana (Middlebury), en la calle Miguel Ángel, 8. Conseguí el puesto gracias a Aitor, que trabajaba allí, y que me contó que también trabajaban allí Vicky y Giovanni. Cuando me contrataron, le mencioné a la directora, María José, que además de Aitor, también les conocía a ellos. A los seis meses María José me llamó a su despacho. Era una persona estupenda, de la que sigo siendo amigo, y no utilizó ningún rodeo.

—Me dijiste que eras amigo de Vicky.

—Fuimos amigos, nos conocíamos, pero poco más.

—De acuerdo. Vicky ha venido a decirme que debería despedirte. No se trata de tu trabajo, eres el mejor profesor que tenemos. Lo que me dijo Vicky es que tu vida privada es inmoral. Me ha contado que tienes aventuras con casadas y que bebes a diario.

Pensé bien mi respuesta y dije:

—María José, mi vida privada es asunto mío. No voy a decirte nada sobre eso. Si la universidad no está contenta conmigo, me iré en cuanto me lo digas.

—Gracias, es justo lo que quería oír: que no tienes por qué dar explicaciones. Eso fue lo mismo que le dije a Vicky, porque me molestó mucho su... digamos denuncia. No quiero saber nada de eso, ni siquiera contado por ti, y mucho menos por ella. He decidido que te vas a hacer cargo de dos de los cursos que ahora está enseñando Vicky.

Y así pasé a ganar algo más de dinero y Vicky dejó de saludarme cuando la veía por los pasillos. Sin embargo, todavía no he llegado a entender a Vicky. Si le molestó lo que le dije (que no quería tener una relación con ella), ¿por qué vino? ¿Por qué se arrojó sobre mí? Y sobre todo ¿por qué más de diez años después fue a digamos denunciarme ante nuestra directora de departamento? ¿Quizá para quedarse con mis clases, como tal vez sospechaba María José? Puede que fuera tan torpe, igual que lo había sido en otra ocasión, a pesar de venir teledirigida por Natalia, pero me costaba creerlo. Así que no tengo más remedio que aceptar que en mí hay algo capaz de provocar en alguien como Vicky —un alma de cántaro— una animadversión sorda y duradera, tan profunda como para satisfacer un deseo de venganza diez años después.

Todavía me pregunto ahora cuál es esa arista de mi carácter, esa esquirla de hielo en mi corazón o esa agua mucho más fría que viene —cuando menos me lo espero— de la tubería profunda, y que podría hacer que se me parara el pulso de golpe.

Me encantaba el frío de Maine, las grandes nevadas, los bosques y los puertos pesqueros, con las jaulas de las langostas y el oleaje oceánico. También disfrutaba de la biblioteca de Colby, pero no encontré ninguna mujer mayor que yo que enderezara mis torcidos pasos. Natalia venía a verme, pero me dio la impresión de que dejaba pasar cada vez más tiempo entre visita y visita, aunque en apariencia nada hubiera cambiado cuando estábamos juntos. Pasaba muchos ratos con Aitor, que, siendo de Bilbao, no podía dejar de ser buen cocinero. Él vivía en el empobrecido centro del pueblo, en una casa grande, y cenábamos juntos dos o tres veces por semana, antes de salir a tomar copas en el Spotted Dog, en el Coyote o en el Silver Spur, todos bares oscuros, ruidosos y de mala reputación, donde no resultaba difícil, a poco que te esforzaras, recibir puñetazos, alcohol metílico, treponemas o retrovirus. Los estudiantes ni pisaban esos lugares, salvo un puñado de ellos que iban en busca del lado salvaje, chicos y chicas desnortados y ansiosos por echarse a perder, para lo cual algunas chicas como Selva, Mary Winn o Brenda contaron siempre con mi entusiasta colaboración. También tuve una relación intermitente y divertida con una profesora rusa, Tatiana, de San Petersburgo, rubia, con gélidos ojos azules, severa, presumida, y con mucha frecuencia malhumorada. De ella me gustaban sus largas piernas, su cursilería, que a mí me parecía soviética —recuerdo un bolsito pequeño con bordados que llevaba y una compra compulsiva de anillos, pendientes y gargantillas—, y que fuera tan interesada, ahorrativa y tacaña como cualquier descorchadora de un puticlub de carretera provincial.

En una fiesta en casa de Aitor conocí en el suelo, donde yo estaba tumbado con una botella de *whisky*, a una chica española que se acercó reptando hacia mí. Se llamaba Lola y era andaluza, morena, carnosa, jaranera y con grandes ojos color caramelo. No costaba ningún esfuerzo imaginarla dibujada en una lata de aceite de oliva. Tumbados sobre la alfombra de Aitor, charlamos de todo un poco, y le dije que era profesor de literatura, a lo que ella me respondió que conocía muy bien el mundo literario. Estuve trabajando como *au pair* con la familia de un poeta, igual te suena, se llamaba como tú, me dijo. ¿Reig?, pregunté. No, tonto: Rafael, aclaró. Rafael Alberti, añadió. Hostias, Alberti, comenté. Creía que una *au pair* cuidaba niños, dije. Sí, y limpiar un poco, era en casa de una sobrina suya, me aclaró: el poeta venía mucho. Me creí en la obligación de recitar algo de Alberti, a quien siempre he leído y admirado.

*¿Adónde el Paraíso,
sombra, tú que has estado?*

Pregunté con silencio. Al final nos fuimos Lola y yo a mi casa en mi coche, los dos bastante borrachos. Nos acostamos en mi pequeño colchón y fue la primera y única vez que he visto unas bragas de pana marrón. Bajo ellas latía, como cabía esperar, un espeso matorral (casi boscoso)

color azabache. A la mañana siguiente me desperté temprano y cogí la cafetera, que se me cayó de la mano. No podía mover la mano derecha, estaba como dormida, sin ningún dolor, pero incapaz de sujetar nada entre los dedos. Quizá por el ruido que hice al dejar caer cosas al suelo, apareció Lola con las bragas de pana otra vez puestas y mi camisa apenas abrochada. Semejante salto de cama debía de haberlo visto en las películas. Hizo ella café y desayunamos, y mi mano seguía inerte. Me pidió que la llevara a casa de Aitor, donde la esperaba su amiga, que se había quedado con mi amigo, y a la que Aitor y yo llamábamos la esquimal, porque tenía un abrigo de pieles blancas. Me vestí con la mano izquierda y conduje el coche, que por fortuna era automático, hasta el pueblo. Le pedí el teléfono para llamarla, pero me dijo que no, que ya me llamaría ella. Parecía asustada, pero apuntó mi teléfono. Todo aquel día y el siguiente mi mano siguió igual, y siempre sin ningún dolor. Lola no me llamó, tal y como esperaba. Fui a dar mis clases, pero comprobé que mi mano ni siquiera podía sujetar la tiza para escribir en la pizarra. Al tercer día acudí al médico, que me examinó y me envió a una clínica, donde pasé todo el día, desnudo o con un ridículo camisón, sometido a diversas pruebas misteriosas. La médica, que era joven y muy atractiva, me diagnosticó esclerosis múltiple. Me aseguró que todavía tenía por delante entre diez y quince años con «una aceptable calidad de vida». Debí mostrar tal desesperación que, no sabiendo qué decirme o cómo consolarme, me ofreció un tacto rectal; aunque el seguro médico de Colby no lo cubría hasta los treinta y cinco, ella me lo haría gratis sin el menor problema, dijo. Me pareció una oferta tentadora, que decliné, sin duda por debilidad de carácter. Me mandó a un neurólogo, con el que tenía cita dos días más tarde.

Me sentí solo, en un país extranjero, con la amenaza de una enfermedad grave e incurable y sin saber qué hacer. Hablé con mis padres y hermanos, porque era día de llamada, pero no dije nada. ¿Cómo iba a decirles lo que me pasaba, con todo lo que estaban pasando ellos? Me fui a casa de Aitor y le conté lo que sucedía. Sacó una botella de *whisky* y nos la fuimos bebiendo mientras él preparaba un bacalao al pilpil. Había estado esos días con muchas personas (la médico, las enfermeras, los especialistas que me hicieron pruebas) que mostraron una intensa preocupación por mí, pero que no me querían (ni tenían por qué). Aitor me quería (aunque tampoco tenía por qué) y se mostró despreocupado, y su compañía me levantó el ánimo. No tienes nada de eso, me aseguró. ¿Y si resulta que sí lo tengo?, preguntaba yo. Pues anda y qué, te vienes a Bilbao y en paz, allí se cura todo, aseguró. Terminamos la botella y no me dejó conducir solo hasta casa, me llevó en mi coche y volvió andando, media hora bajo una terrible nevada. Me explicó que necesitaba ejercicio y pensaba salir a pasear de todas formas.

El neurólogo, el doctor Taimanov, era ruso, con el fuerte acento que suelen tener los rusos en las películas norteamericanas, corpulento, con un imponente bigote de cosaco y unos ojos de hipnotizador o telépata que te convencían de cualquier cosa que estuviera diciendo. A mí me habría vendido un coche de segunda mano y una nevera al más astuto de los esquimales. Me obligó a hacer algunas piruetas y cabriolas (andar a la pata coja y marcha atrás, girar un brazo en dirección contraria al que giraba el otro, tocarme con los dedos de la mano diferentes partes del cuerpo, etc.), me miró los ojos, la boca y los oídos, y después me interrogó a fondo. Le conté todos los detalles —incluida mi sorpresa ante unas rústicas pero abrigadas bragas de pana marrón—, mientras él tomaba misteriosas notas en alfabeto cirílico. Me preguntó cuánto había bebido, de qué tamaño era mi cama (y confesé que era un pequeño colchón en el suelo), en qué postura dormimos, a qué hora nos despertamos y si mantuvimos actividad sexual otra vez por la mañana.

Me dio cita para unas pruebas en el hospital, un escáner cerebral o algo así, y también me dio otras instrucciones.

—*First of all, find the lady* —me dijo.

Quería que hablara con Lola y le hiciera unas preguntas que me apunté en un papel.

Llamé a Aitor y le pedí que, a través de la esquimal, consiguiera el teléfono de Lola. He utilizado muchas excusas disparatadas para llamar a chicas, pero era la primera vez que lo hacía por prescripción facultativa. No se mostró muy amistosa y me recordó que había dicho que ya me llamaría ella. Le expliqué que mi médico quería alguna información.

—¿Recuerdas si hablé en sueños? —pregunté.

—Qué va, pero despierto no parabas de hablar.

—Y tú ¿me mordiste la lengua?

—¿Yo? ¿A ti? ¡Vamos, anda!

—¿Tuve convulsiones durante la noche?

—¿Convulsiones? Será una broma, más quisiera yo. Tuve que hacerlo todo, eras un peso muerto, menuda tajada llevabas.

Poco a poco conseguí las respuestas al cuestionario del doctor Taimanov. Antes de colgar, Lola me pidió que no la volviera a llamar. Taimanov escuchó el resultado de mi interrogatorio y me dijo que el escáner (o lo que fuera) no indicaba nada parecido a la esclerosis.

—Lo que te pasa es muy sencillo, nosotros lo llamamos el síndrome del marinero. Aquí no saben nada de eso.

Al parecer los marineros rusos tienen por costumbre acostarse en un estado terminal de embriaguez. Sin darse cuenta, dejan un brazo fuera de la litera, colgando, que presiona un nervio de la articulación del codo. Anestesiados por el alcohol, no sienten ningún dolor, y cuando se despiertan el daño ya está hecho. Según Taimanov, mi situación era parecida a la de un marinero ruso en la litera de su acorazado o su submarino nuclear. Mi estrecho colchón, el volumen de mi carnosa acompañante y mi intoxicación etílica me habían llevado a dejar fuera un brazo y destrozarme un nervio sin darme cuenta. Me diagnosticó una neuropatía radial.

—Según mi apreciación, no has podido dañarte ni siquiera medio centímetro de nervio. Teniendo en cuenta que se recupera a un ritmo de menos de un milímetro cada día, calculo que todo estará resuelto el 22 de marzo. No tienes que hacer nada ni tomar medicación, se irá como ha venido, pero a su debido tiempo. Los americanos no tienen ni idea.

Agradecido, intenté abrazar al doctor Taimanov, que me tendió la mano. Fui a casa de Aitor y brindamos con *whisky*.

—Por el neurólogo ruso —propuse yo.

—¿Ruso? No lo creo, ese tipo a la fuerza tiene que ser de Bilbao.

Fue mejorando con lentitud y el 22 de marzo, tal y como había calculado Taimanov, me levanté y pude poner la cafetera como si nada hubiera pasado. Sin embargo, una y otra vez he vuelto a revivir esos días en los que estuve convencido de tener una enfermedad incurable y terrible, y he recordado lo que me pasó por la cabeza durante ese tiempo, solo en Maine y con la ridícula esperanza de contar con unos diez años de «aceptable calidad de vida».

Así empezaron a torcerse las cosas poco a poco, mientras yo era muy feliz entre la nieve, las estudiantes, los libros y las cenas en casa de Aitor. De allí salí una tarde, después de haber tomado dos cervezas. Creo que nunca me había sentado al volante con una cantidad tan pequeña

de alcohol en el cuerpo, pero me paró un patrullero casi a la puerta de mi casa. Me habían parado muchas veces, siempre borracho, y siempre había dicho que no había bebido, me habían hecho pruebas ridículas (hacer pasos en la acera, recitar el alfabeto al revés, cosas así) y me habían dejado seguir. Esta vez no había bebido nada y, cuando el polizonte me preguntó si había bebido, respondí: sí, pero solo dos cervezas. No llegué a completar la frase, en cuanto dije «sí» me obligó a salir del coche, me hizo poner las manos en la capota, me cacheó y me esposó. Luego me leyó mis derechos y me introdujo en el asiento de atrás, poniéndome la mano en la cabeza para que no me golpeará, tal y como ya había visto yo en las películas. Le pregunté qué pasaba con mi coche y si podía aparcarlo en mi casa, que estaba a veinte metros. Usted no puede conducir, lo recogerá una grúa. Me llevó a la comisaria, donde me hicieron soplar, y di positivo por el mínimo, y me fotografiaron de frente y de perfil. Me dijeron que debía pagar una fianza de doscientos dólares para salir y que podía hacer una llamada por teléfono.

—*Kaixo*, Reig, ¿ya estás en casa? —me preguntó Aitor.

—No, qué va, estoy en la comisaria. ¿Tienes doscientos dólares?

Me rescató de la mazmorra y me llevó a casa, donde nos reconfortamos con unos *whiskies*. Según Aitor, había sido una víctima del rencor social. El patrullero me conocía, me había parado varias veces sin poder detenerme —Aitor había sido testigo— y sin duda me detestaba, porque yo era un privilegiado profesor de Colby que llevaba una vida disipada, tal vez libertina desde su punto de vista, y le hervía la sangre cada vez que me veía salir del Spotted Dog con estudiantes traviesas, mientras él bebía café en un vaso de cartón dentro de su coche patrulla. Yo debía de formar parte de sus pesadillas, hasta que por fin pudo aplicarme un castigo ejemplar. Debía de verse como un justiciero, alguien que estaba limpiando el pueblo de manzanas podridas. Puede que fuera así. Al día siguiente, cuando llegué a la universidad, la foto de la policía, con fondo de escala métrica, estaba en el periódico local. Como guapo, estaba guapo: melenudo, despeinado, con barba de una semana y un bigote de narco colombiano, muy delgado y con una profunda mirada oscura. Me gusté tanto que, a partir de entonces, decidí dejarme bigote. Sin embargo, ni la foto ni el titular («Profesor de Colby detenido por DUI», es decir «*Driving Under the Influence*», por conducir «bajo la influencia» —del alcohol, *ça va sans dire*—; y en el artículo me llamaban Dr. Reig) produjeron una impresión positiva en mi director de departamento y en mis colegas (con excepción de Aitor). En cambio, para los estudiantes me había convertido en un héroe, un Robin Hood, su semejante, su hermano. Un par de semanas más tarde tuvo lugar el juicio en el caso del Estado de Maine vs. Rafael Reig. En el juzgado me reuní con la fiscal del distrito, que me explicó el procedimiento. Tenía tres posibilidades: declararme culpable, inocente o *nolo*. Entendí «*no law*» y pensé que era como declararme fuera de la ley, un auténtico forajido, pero ella me explicó que era latín: *nolo contendere*, es decir, que no me declaraba ni culpable ni inocente: no quería discutir. Me aconsejó declararme culpable, porque era más sencillo y más barato, y pagaría una pequeña multa y me retirarían el carnet durante un mes. Acepté. Era un juicio colectivo y en la sala las tres primeras filas estaban reservadas a acusados, todos por pequeños delitos o faltas: DUI, tráfico de pornografía, multas impagadas, consumo de drogas, hurto, blasfemia, exhibicionismo, ebriedad en templos y otros delitos muy norteamericanos y de menor cuantía. En el estrado, frente al juez, había tres jaulas de hierro y en cada una de ellas un prisionero sentado en una silla, con uniforme naranja y encadenado de pies y manos. Al lado de cada jaula hacía guardia un policía armado. Daban bastante miedo, aún recuerdo sus miradas

torvas y burlonas, sus manos enormes, sus ojos llameantes y sus sonrisas malévolas. Estos debían de ser violadores, descuartizadores, pirómanos, asesinos en serie o genocidas, y me habría gustado ver sus juicios, pero empezaron por los delitos menores y a mí me despacharon en dos minutos. Entre el público predominaban mis estudiantes, chicos y chicas bien vestidos que venían a apoyar a su profesor favorito, el Dr. Reig, siempre en el filo de la ley.

—Dr. Reig, ¿cómo se declara del delito que se le imputa? —preguntó el honorable juez.

—Culpable.

Un alguacil me acompañó a una oficina, donde entregué mi carnet y pagué la correspondiente multa.

Terminé el semestre, recuperé el carnet y acabé el primer borrador de mi tercera novela: *La fórmula Omega*. Había escrito mucho y muy a gusto en mi desamueblada y acogedora casa de Waterville y en mi despacho de la universidad, y me había salido una rara fantasía en la que en una serie de televisión los secundarios se alzan en armas contra los protagonistas y toman el poder. Comienza la represión y las grandes estrellas se exilian al otro lado de la pantalla, en la vida real, donde adoptan nuevas identidades. Sin embargo, los protagonistas exiliados comienzan a aparecer muertos en extrañas circunstancias, en Madrid, lo que requiere la intervención del cachazudo, calvo y calmado comisario Torrecilla. También hay un club de ajedrez al que se une Antonio Maroto, un muchacho melancólico, taxista, compositor de problemas de mate en tres, enamorado de su hermana mayor y con lesiones sentimentales que son incompatibles con la vida. El presidente del club, un psiquiatra y antiguo gran maestro, recibe instrucciones telepáticas de Bobby Fischer para cometer asesinatos y secuestros. Maroto y dos ayudantes suyos (una pareja en la que él es un yonqui autodestructivo y ella una chica de barrio con mucho carácter) secuestran a una princesa en el exilio y la mantienen retenida durante toda la novela, con el resultado de un enamoramiento fulminante de Maroto por la princesa. Tras muchas peripecias, la mayoría enloquecidas y cómicas, todo acaba en la consabida ensalada de tiros en la que mueren Maroto y el presidente del club. Como he dicho, una rara fantasía, pero rara no en el sentido en el que usaba Cervantes la palabra —escogida, insigne o excelente—, sino en el sentido más contemporáneo de extravagante, poco frecuente y disparatada. Tantos años después, me asombra que yo tuviera entonces una imaginación tan desatada y a la vez tan bien dirigida a la impugnación del sentido común, de la mecánica aceptación de las verdades del barquero (y de las del banquero). Me llevé un disquete y también una copia impresa del borrador de vuelta a España.

Sí, había decidido volver e incluso pensaba que, ante la incomparencia de mi voluntad, un sabio destino había ido amontonando dificultades para forzarme a regresar. La falsa alarma de la esclerosis múltiple, la detención y escarnio público, que condujo a la retirada de la oferta de renovación de contrato por parte de mi jefe de departamento, la ausencia de respuesta de otras universidades y la ruptura, ya previsible, con Natalia, no me dejaron más opción que volver a casa, aunque sí pude convencerme a mí mismo sin dificultad de que en realidad lo hacía para estar con mis padres en momentos difíciles. Hasta tal punto me convencí, que descubrí, en retrospectiva, que había estado ahorrando para eso.

Al acabar el curso vendí el coche, empaqueté mis cuatro cosas y me fui a Long Island para ayudar a Natalia a mudarse a Florida, donde había obtenido un puesto en la Universidad de Miami. Metimos todas las cosas en un capitoné de mudanzas alquilado, al que enganchamos el

coche a remolque. El viaje de Long Island a Miami fue muy divertido, tardamos tres o cuatro días, conduciendo en turnos de dos horas y con la siguiente regla: solo puede beber quien esté conduciendo. Parece raro, pero era la forma razonable de que siempre condujera el menos borracho: el que iba al volante bebía a discreción de la botella de Jack Daniel's, pero a las dos horas, cuando el *whiskey* de Tennessee empezaba a hacer efecto, tenía que cambiar de asiento y dejar de beber durante dos horas, pasadas las cuales, de nuevo sereno, se ponía al volante y relevaba al conductor bajo la influencia. Dormíamos en moteles de carretera, siempre que se pudiera aparcar y volver a salir sin dar marcha atrás (una operación delicada con un coche a remolque) y a menudo salíamos de la autopista para visitar alguna población (recuerdo Filadelfia y Charleston).

Durante el viaje Natalia me explicó su nuevo punto de vista: había llegado a la conclusión de que no necesitaba ni quería una relación estrecha con nadie. Ni siquiera conmigo, aunque era la única persona que conocía con quien tendría una relación. La cuestión es que no quería eso. Quería no contar con nadie ni que nadie contara con ella, y estar sola. Era egoísta, admitió, pero había aceptado su egoísmo, y su egoísmo se rebelaba contra mi presencia en su mundo, que no le gustaba compartir con nadie. Afirmó que no era el mejor momento, puesto que yo me había quedado sin trabajo y volvía a España con una mano delante y otra detrás, y también porque yo dependía más de ella que ella de mí. No sé si es así, dije. Sí que lo es, y lo sabes, dijo. Tenía razón.

Sin embargo, la creí solo a medias, porque entonces me vino el recuerdo de Natalia, una tarde que la encontré caminando aturdida por el pasillo de lácteos del supermercado, volviendo atrás, comprobando una y otra vez los precios de los yogures, metiendo la mano cada poco tiempo en el bolso, como cualquiera de las mujeres que circulan sonámbulas por los aeropuertos, buscándose a sí mismas y a la vez huyendo de sí mismas, en tránsito, indefensas en ese intervalo de transparencia que deja al descubierto su corazón inconsolable.

Allí, en ese espacio entre dos vidas, había encontrado a Carmen, a Lorena y a Natalia. Lo demás es silencio, lo demás es mi dolor: mi alma bajo el agua inmóvil y oscura del pozo sin cubo ni cuerda.

Todo fue tan razonable, sin embargo, que no vi forma de resistirme a su decisión. En cuanto estés instalada, me voy, dije. ¿Por qué?, preguntó ella: quédate el tiempo que habíamos pensado, no nos lo vamos a perder, ¿verdad? Me mostré conforme y así fue: aquellos casi dos meses de despedida en Miami fueron como una luna de miel, en la que volvimos a reírnos como locos y disfrutamos cada momento, mientras transcurría y más aún en diferido, cuando llegábamos a casa y comentábamos la fiesta en la que habíamos estado, la gente a la que habíamos conocido o la comida que nos habían dado. Incluso las partidas de ajedrez que jugué en el parque Máximo Gómez se las contaba en su apartamento de Coral Gables.

La prórroga se terminó y volé a Madrid. En el bolsillo de la camisa llevaba mis ahorros, unos ocho mil dólares, con los que decidí que pasaría un año con mis padres. ¿O quizá estuve ahorrando desde el principio con ese propósito?

Cuando llegué a Madrid, mis padres ya no estaban en casa: la Operación Valencia había sido un éxito.

Era y sigue siendo una casa en la playa de Piles, con porche, un patio interior y un huerto en la parte de atrás. Estuve un día o dos en Madrid, en la casa de mis padres, donde ahora vivían mi hermana Helena y mi hermano Benito, y fue tiempo suficiente para sentirme desgraciado y para convencerme de que había desperdiciado todas las oportunidades que había tenido. Fui con Benito en coche a Piles, al que mi padre, con su entusiasmo característico, llamaba «nuestro Hyannis Port». La habían reconstruido a su gusto y, si no era digna de los Kennedy, a mí me pareció magnífica. Mi padre andaba; despacio, distancias cortas, con mucho esfuerzo, pero andaba; y se había recuperado mucho de los efectos del infarto cerebral: hablaba bien y pensaba casi como siempre. La labilidad emocional en cambio había ido a peor, cualquier cosa le conmovía y le ponía al borde de las lágrimas, y solía obsesionarse con problemas sin importancia. Vivimos los tres juntos, mi madre, mi padre y yo, en aquella casa durante unos nueve meses (no llegué a cumplir el año que había prometido).

Para mí fue extraño volver a vivir con mis padres, pero con todos los papeles cambiados. Entre los tres, el padre a menudo era yo, aunque con un malhumor y una rigidez que mi padre nunca había tenido con nosotros. Mi madre también hacía de padre en ocasiones, mientras que mi padre se había vuelto cariñoso y desamparado, y también testarudo, como si fuera mi madre. En la familia también hubo permutaciones: a menudo Helena, la pequeña, se hacía responsable de mí, su hermano mayor; y Benito y Maite se comportaban como padres, mientras yo prolongaba mi *oisive jeunesse à tout asservie*. Seguía mi dieta saludable: bebía *whisky*, leía, corregía mi novela en la Olympia Traveller de Luxe, cocinaba la cena —mi madre se encargaba de la comida— y corría una hora y media entre naranjos o por la playa. Cada dos semanas iba un par de días a Madrid en autobús, donde salía por la noche, conocía chicas y veía a algunos amigos. Mi madre, con más de cincuenta, se había sacado el carnet de conducir y habían comprado un Ford Fiesta con el que podían ir al cardiólogo a Gandía, hacer la compra o salir a cenar fuera. Yo ya no volví a conducir nunca. Tenían problemas, pasaban malos ratos, a veces estaban abatidos, pero en general pienso que eran felices allí, que mi madre había conseguido un desafío a su altura (no era fácil vivir sola con mi padre en aquel pueblo), y para hacerle frente había tenido que recuperar toda su energía y su alegría. La amistad con Vicenta y Vicente, por otra parte, les dio una nueva vida. Vicenta trabajaba en un almacén de naranjas, durante la temporada, y además hacía horas en casas como limpiadora. Así fue como llegué a la casa de mis padres, contratada unas horas a la semana y, antes de que acabara la primera semana, mi madre y ella eran íntimas amigas. Cuando llegué yo, nos veíamos a diario y una o dos veces por semana cenábamos juntos, con una larga sobremesa con *gin-tonics* y unos cafés irlandeses que todavía le

sigo preparando a Vicenta. A menudo Vicenta me recuerda que ella sabe cosas de mí que yo no sé, porque se las ha contado mi madre; y tiene razón. También sabe cosas de mi madre que yo ignoro. Yo me hice muy amigo de Vicente, a quien siempre llamaba «señor Vicente». Vicente era solador y le gustaba tanto el trabajo en el huerto que decidió cuidar de él. Plantó un naranjo y un limonero, que siguen allí y dan fruto. Hacia las siete de la mañana venía a regar y me encontraba siempre escribiendo en el patio o en el comedor, pero hacía una pausa para ayudarme y aprender, y luego nos tomábamos juntos unos quintos. Cuando venía a regar por la tarde, nos tomábamos unos *vaquerets* de White Label. Por las noches, si no venían los Vicentes, encendíamos la chimenea y veíamos una película o nos sentábamos los tres a leer. Durante el día mi padre escribía unas memorias, de las que conservamos unas veinte páginas, mientras mi madre pintaba. Cada uno se instalaba en una habitación a un lado del patio, y se veían por la ventana y se saludaban. Y por supuesto el plan de mis hermanos, la Operación Valencia, había conseguido su objetivo fundamental y secreto: apartar a la abuela de mi madre. La ausencia de Lita cambió por completo la vida de mi madre. Lita, por su parte, juró que nunca pondría un pie en Piles, y puso a Dios por testigo (era aficionada a dramatizar y a expresarse como si fuera Scarlett O'Hara). Nosotros le agradecemos tanto esa decisión, que nunca permitimos que faltara a su palabra: no le ofrecimos llevarla en coche ni acompañarla en tren ni ejercimos la más mínima presión sobre ella. Estábamos encantados. Al principio no entendimos aquella postura —que tanto beneficio trajo—, hasta que Lita empezó a explicarnos que ella era la víctima y se sentía agraviada.

—Me han dejado aquí sola, tirada como a un perro —decía.

Le explicábamos que papá no podía seguir en Madrid, que en una casa de pueblo y junto al mar vivían con más comodidad.

—¿Y vuestra madre qué va a hacer allí sola con un señor que se ha quedado tonto?

Nunca la llamó «mi hija», solo «vuestra madre». Mi padre había pasado a ser «el señor que se ha quedado tonto».

—Papá está mucho mejor —alegábamos con razón.

—Ya, seguro, pero solo yo sé lo que está pasando vuestra madre. Cualquier día nos da un disgusto. Lo veo venir, me lo dice el corazón, vuestra madre va a hacer una barbaridad.

Nosotros sabíamos que no. Sabíamos que mi madre siempre se mantenía viva por una sola razón: por si la estábamos buscando, por si la necesitábamos, para mantenernos a todos con vida, unas veces a mí, otras a alguno de los demás, entonces a nuestro padre.

La dejamos por imposible, porque era incapaz de no decir algo ofensivo para nuestro padre y nuestra madre. Lo grave es que, «tirada como un perro», con la precaución de no morderse la lengua para no envenenarse, con las mismas ganas de hacer daño, Lita murió en 2019 con ciento tres años.

En uno de mis fines de semana en la ciudad, cené con los hermanos, porque era mi cumpleaños. Me regalaron unos zapatos e insistieron en que me los probara. Vale, dije, y me intenté quitar los que llevaba puestos, pero me lo impidieron. No puedes descalzarte en un restaurante, dijeron escandalizados. Debí haber sospechado algo, porque nunca ninguno hemos tenido el menor reparo en hacer lo que nos diera la gana en cualquier parte. Insistieron en que subiera a casa y me los probara allí. Respondí que tenía prisa, había quedado con una chica. Son cinco minutos, porfiaron, y al final subí a la casa de mis padres, donde tropecé con una situación

fantasmagórica que me tuvo desconcertado durante diez o quince minutos. No sabía lo que pasaba: allí estaba López, mi amigo de la infancia; cinco o seis antiguas novias, amigos del barrio, compañeros de universidad, Orejudo, Azpeitia y Becerra; amigos del ajedrez, personas que había conocido durante unas horas; en fin, mi vida entera, como dicen que la recuerdan los que están al borde de la muerte. O mejor dicho: ahí estaban todas las otras vidas que podría haber vivido, si me hubiera casado con una de aquellas novias, si hubiera seguido siendo amigo de López o de Enrique Moneo o de Javier Yagüe, si no hubiera dejado de ver a Pepa; y había también desconocidos, una chica joven y muy guapa que me saludó con una copa en la mano; Reig, tú me conoces, tú me has visto en bragas miles de veces, dijo, y venía acompañada de un chico que se rio (y que luego resultó ser un conocido editor). Más quisiera, admití, y entonces me explicó que era la hermana pequeña de Cristina Marcos, mi amiga actriz. Tú estabas mucho en casa con mi hermana, yo era esa pequeñaja que daba la lata paseando en bragas o en camisón, ¿te acuerdas?, dijo. No estoy seguro, tendrías que pasear un poco en bragas para que te reconociera, dije yo. De pronto caí en la cuenta de que era una fiesta sorpresa por mi cumpleaños. Mis hermanos habían cogido agendas viejas mías y habían llamado a todos los números cuyos nombres les sonaban de algo. Sería el aturdimiento, sería mi estado de ánimo, sería la edad que ya cumplía, pero el caso es que, de carnaval onírico y festivo que celebraba lo vivido, se transformó para mí en una fantasmagórica elegía que le decía adiós a una vida, una despedida melancólica de esa vida mía que —lo presentí en el pasillo, rodeado de fantasmas del pasado— estaba cada vez más cerca de su final. Me puse *whisky*. También estaba Laura, la chica con la que había quedado, a la que le di un beso. La casa de mis padres era muy grande, casi trescientos metros cuadrados, y tenía de punta a punta un pasillo en forma de ele. En un extremo estaba el dormitorio de mis padres; en el otro, la cocina, que tenía una habitación con baño que habría sido el cuarto de la chacha si alguna vez la hubiéramos tenido. Lo llamábamos el *cuartín*, y casi siempre lo ocupaba Lita (que vivía a doscientos metros). Me fui con Laura al dormitorio de mis padres y, al rato, salí a seguir saludando a viejos conocidos y fantasmas del pasado —entre los que no estaba Blázquez—, y me encontré con Amparo, una bibliotecaria con la que coqueteaba de vez en cuando. Me fui con Amparo al *cuartín*, y la dejé allí, con una copa, y volví a la habitación de mis padres a seguir con Laura. Solo mis hermanos estaban al tanto (y muertos de risa) de mi trasiego por el pasillo, de punta a punta de la casa, atendiendo en estéreo a Laura y a Amparo. Iba y venía de un lado a otro, no siempre con la misma ropa y a veces no con toda la ropa puesta. En una de estas —en otro intervalo—, me encontré en el pasillo con Elvira, una antigua conocida del colegio, que había sido novia de mi hermano Benito. Me detuve a hablar con ella, en una escena que en mi memoria se reproduce siempre a cámara lenta. En junio del año siguiente ya estábamos casados. Acabé aquella noche con Laura, después de que Amparo se marchara, y al día siguiente, tras un desayuno de jamón y *whisky*, volví en autobús a Piles. Pero seguí viendo a Elvira, hasta que decidimos irnos a vivir juntos.

Para entonces, mis ocho mil dólares se habían terminado hacía meses y daba clases de recuperación en una academia en Gandía, así que me trasladé a Madrid, donde Elvira y yo alquilamos un diminuto apartamento en la calle San Marcos, al lado de la plaza de Chueca. Era muy barato, no solo porque el edificio estaba apuntalado y con orden de derribo, sino porque dos pisos más arriba había un piso grande ocupado —me refiero a *okupado* con k—. Entonces la creencia popular mantenía que los okupas eran gente encantadora que sentía verdadera urgencia

por montar un centro cultural en los inmuebles de los que se apoderaban. Esta y otras experiencias me hicieron dudar de lo que la mayoría es capaz de tener por cierto. Aquellos okupas eran ruidosos, violentos (había sangre por las escaleras y gritos a cualquier hora) y unos auténticos marranos. Tiraban todo por el patio de luces, incluidas sus deposiciones en bolsas de plástico, ya que no tenían agua corriente. Nosotros solo podíamos tender la ropa protegida por grandes plásticos y cartones, para que no cayera encima lo que a los simpáticos okupas se les ocurriera lanzar por las ventanas.

Ya había acabado *La fórmula Omega* y la había enviado al premio de novela de la editorial Cambalache. Malvivíamos con lo que ganaba haciendo informes de lectura para editoriales. Conocía, a través de Antonio Orejudo, a Tote Fuentes, el director de Cambalache, y me aseguró que el premio era mío. Se lo dieron a otro. Me pidió un cuento para su famosa antología de *Nueve nuevos narradores*, pero me dijo que no había llegado a tiempo. Sin embargo, acabó publicando mi novela, con uno de esos contratos de edición que usaban los editores de vanguardia y solidarios, en el que se fijaba un anticipo de seiscientos euros, que sería pagado a la venta del ejemplar número 623.

Como ya he dicho, en la presentación de la antología fue la última vez que vi a Juan Blázquez. Me enteré de su muerte un mes después de que naciera nuestra hija.

Elvira y yo vivíamos con lo puesto, yo escribía a máquina en la única mesa de la casa y leía en la cama, y además de los informes empecé a trabajar en una oficina de mi hermano, como conserje, en un polígono industrial en Alcorcón. Allí lo pasé muy bien leyendo el BOE (con sus fascinantes inventarios de bienes a subastar, que parecían odas de Neruda) y repartiendo el correo, y comía siempre con las cinco secretarías, que eran encantadoras, con nuestros bocadillos traídos de casa y los botellines de un bar cercano, al que luego íbamos a tomar café y una copita de coñac. Poco después nos casamos, recuerdo bien que todo mi patrimonio se reducía a cinco mil pesetas en el banco, los derechos de dos novelas publicadas y unos cuantos libros de escaso valor, la mayor parte diccionarios. No importaba, yo siempre repetía: ahí tengo «la máquina de hacer dinero», y señalaba mi querida máquina de escribir portátil. Estuve muy a gusto en la calle San Marcos, leyendo en la cama, arrullado por el sonido de la lluvia fecal que descendía del piso okupado y se estampaba en los tendederos o en el suelo del patio de luces, que tenía dos o tres pantanosos metros de basura y heces acumuladas. Oía música, vallenatos y Mozart, bebía, fumaba y escribía informes de lectura y también traducciones a tanto la línea. La gestación de Elvira avanzaba, como en las novelas decimonónicas, «de forma inexorable», y con ella surgió en alguna parte de mí la insistente y silenciosa sospecha de que el final de una de mis vidas se acercaba, paso a paso, como en los cuentos de miedo: que ya había abierto la puerta, que ya estaba subiendo la escalera, que ya iba por el segundo piso... Solo era un ruido de fondo, bastaba con subir la música para que desapareciera, pero siempre volvía: ya estaba en el descansillo de la escalera de mi piso, ya llamaba a la puerta, ya cruzaba el vestíbulo...

Una vez casados nos mudamos a la calle de la Madera, a un apartamento más grande, y un cuñado de mi mujer me contrató para trabajar en una compañía telefónica, lo que resolvió mis problemas económicos. En Piles mis padres seguían felices y yo iba a menudo a verlos, a charlar con los Vicentes y a beber *vaquerets* a la orilla del mar. Apareció por fin *La fórmula Omega* y les llevé un par de ejemplares. En septiembre de 1998 cumplí treinta y cinco años, la edad de Garcilaso cuando su cabeza reventó de una pedrada.

El 1 de enero de 1999, poco después de las siete de la mañana, sonó el teléfono.

—Ven a casa ahora mismo —fue lo único que dijo mi hermano.

Así terminó para mí, para nosotros, la vida tal y como la conocíamos.

Mis padres —aunque mi madre no lo dijera con tantas palabras— esperaban más de mi carrera literaria: esa novela que estaba ahí, pero que yo no había logrado escribir. Esa O.M. Para ellos, ya siempre seré aquel que escribió tres novelas sin ninguna fortuna. Pero eso no tiene importancia. Lo que me habría gustado poder mostrarles no son mis obras completas, sino algo más valioso: que he logrado hacerme un alma, sacarla de ese pozo que no tiene polea ni pozal. No nacemos con ella, hacerse un alma es el propósito de toda vida que merezca ser vivida. Ser escritor, ingeniero, licenciada en Derecho, no es nada ni quiere decir que uno haya vivido. Llegar a ser bueno es la única aventura de la existencia, lo único para lo que vivimos.

Sin embargo, nadie es más digno de desprecio que el fariseo, el sepulcro blanqueado que edifica su bondad sobre la maldad ajena: Señor, yo no soy como aquellos que pecan, míralos, mientras yo rezo. Comprenderse solo sirve para quererse uno más a sí mismo. El que no se quiere a sí mismo, en cambio, ya no tiene más remedio que convertirse en otro, construir una persona mejor a la que poder querer, a partir de su propia maldad, no de la de los demás. Por eso nunca he querido comprenderme, solo necesito quererme; hacerme un alma para poder quererme un poco.

Lo que sí he logrado comprender es por qué no he podido escribir una obra maestra. No era cuestión de una glándula, se trataba de un alma. Ahora sé que ya nunca escribiré esa O.M. que ya nadie espera de mí, ni siquiera en mi casa. Y aunque no sin melancolía, puedo confesar que casi me alegro.

Si mis padres resucitaran mañana, ¿qué podría enseñarles para merecer su aprobación? ¿Una docena de novelas? ¿Los premios recibidos? ¿Las traducciones de mis libros a varios idiomas? ¿Mi condición de «figura central de las letras españolas»? ¿La victoriosa y triste presa de la felicidad?

Y esta es mi aflicción (para la que no hay consuelo) y mi dolor (para el que no hay paliativo), y es la pregunta que tras la muerte de mis padres tampoco logré responder, pero esta es una historia que pertenece a otra vida —la confesión no solicitada es póstuma—, y que debe contarse en otro momento.

Notas

[1] Según las normas de catalogación de la Biblioteca del Congreso, en los estantes PQ se colocan los libros de literatura en lengua francesa, italiana, española y portuguesa. Dichos estantes — siempre ubicados en una oscura esquina— son los barrios bajos de todas las bibliotecas universitarias de los Estados Unidos, concurridos lugares para turbulentos encuentros furtivos entre profesores y estudiantes del sur de Europa, salvo de Grecia. <<

[2] En Madrid se llamaba entonces barquero —el escalón inferior a camarero— al que recoge vasos vacíos en un cajón de plástico o en una palangana (el barco) y se encarga de otras tareas menores, nunca de servir copas o atender a los clientes. <<

[3] Poco más o menos viene a decir: Hay días abyectos en que seducidos por la alegría / sin honor, / los pueblos a la victoria se entregan, triste presa / de la felicidad. <<

[4] El principio de *Sobre los ángeles*, de Rafael Alberti, el poema «Paraíso perdido», siempre me ha producido una honda impresión. <<